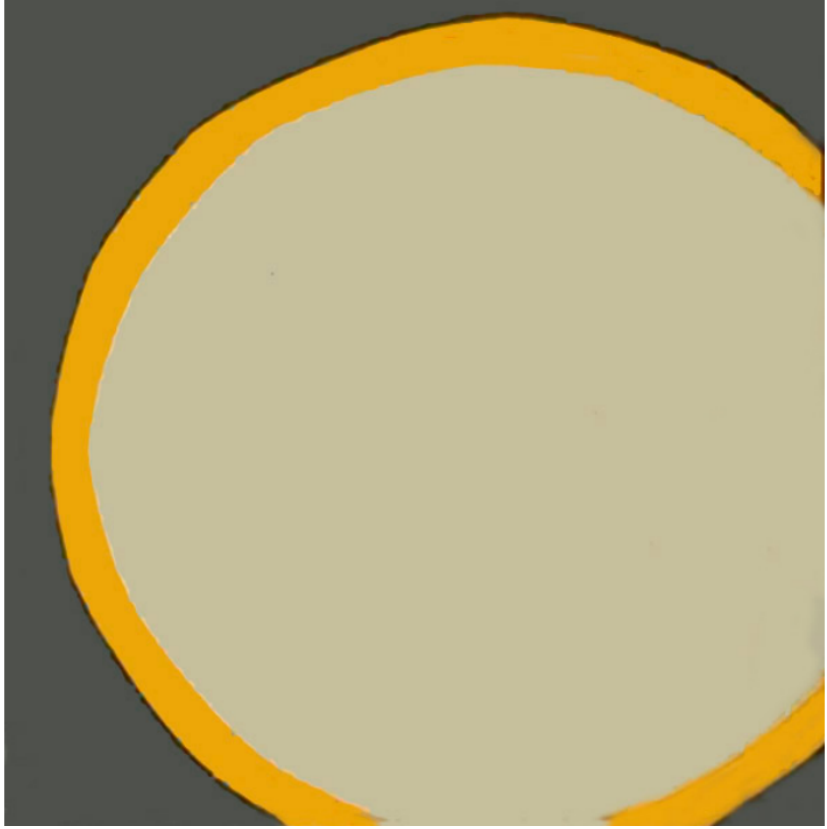
J. A. Giménez-Arnau

Luna llena



Juan y Marta hace apenas tres meses que se han casado. Él tiene 35 años y es Catedrático de Derecho Civil, además de un brillante Abogado con la segura herencia de la sólida clientela de su padre. Ella es una encantadora joven de 20 años.

Su vida ha sufrido muchos cambios y se sienten abrumados por las inseguridades, y las múltiples interpretaciones que cabe hacer de cada suceso que les acontece. Pero como dice el autor, con «la convicción de deber luchar, hora a hora, defendiendo un cariño que aún carece de raíz que le ate indisolublemente».

José Antonio Giménez-Arnau

Luna llena

Áncora & Delfín - 89

ePub r1.0
Titivillus 21.05.2023

Título original: *Luna llena*
José Antonio Giménez-Arnau, 1953
Diseñador de la cubierta: Erwin Bechtold

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

PARTE PRIMERA

JUAN

I

CUANDO pienso en los momentos de felicidad vividos, me parece increíble que dentro de mí haya llegado a forjarse esta decisión irrevocable. Porque Marta y yo no podremos seguir viviendo juntos. Será hoy, mañana, quizá dentro de semanas, pero acabará rompiéndose esta situación insostenible en que, apenas tres meses después de nuestro matrimonio, hemos llegado a encontrarnos.

El calificativo empleado es exacto: increíble. Ninguna otra palabra resume mejor ese propósito nacido de un cerebro que no se dejó embriagar por la sensualidad a que se entregaba sin reservas mi piel. Sería absurdo negar que físicamente fui muy feliz; nunca en mis treinta y cinco años sospeché que se pudiera llegar a ese límite. Sin embargo, Dios ha querido conservar en mi cabeza este oasis de frialdad que me permite comprender que un paraíso puramente terrenal tiene siempre próxima la hora en que el Ángel con la espada de fuego acaba por expulsarnos.

—Los estudiantes se dan cuenta de que está durmiendo —un codazo de Sánchez Marín, Catedrático de Procedimientos y Presidente del Tribunal, me remueve en mi sillón.

—Le juro que no dormía, don Anselmo —afirmo abriendo mis ojos que de todo deben decir menos de somnolencia.

—¡Pues lo parecía, demonio! Y con este calor y las tonterías que está diciendo ese asno todo se explicaría.

Sí. La tarde de septiembre con un calor pegajoso justificaría dormitar en este Tribunal al que aporto únicamente mi presencia física, ya que los exámenes míos, los de Civil, no empiezan hasta mañana. Mantengo los ojos bien abiertos pero persiste la misma abstracción de antes cuando, con mis párpados entornados, hice suponer a todos que dormía. ¡Qué más quisiera yo! Después de tanto suspirar por la perdida y añorada libertad, por primera vez me encuentro solo, y en los cuatro días que he de tardar en

reunirme con Marta sé que tendré que revisar mi vida en este último año. Será un análisis provechoso aún cuando adivino que el balance ha de ser negativo y lleno de negros presagios. Desde que esta mañana la vi subir al tren en el primer viaje que hace sola después de casada —a cualquier cosa se llama viaje: en dos horas se llega a la estación donde la espera el coche que debe conducirla a Tres Fuentes, la finca de sus padres—, desde esta mañana yo sabía que no podía tardar ni debía negarme a aceptar un detenido repaso de mi vida desde que, hace casi exactamente un año, yo, campeón de independientes, enemigo recalcitrante del matrimonio, comprendí que tenía que casarme con aquella muchacha que llena de risa y agua venía hacia mí en la pequeña playa mediterránea.

Bendije la idea de Martita —no sé por qué estúpida combinación Martita ha de ser mi suegra y Marta mi mujer— cuando anteayer me llamó diciendo que con aquel calor insoportable era una crueldad retener a mi mujer esa semana en que los exámenes me ataban a la Universidad prácticamente todo el día. Después de todo, el sábado yo podía tomar el rápido y llegar a Tres Fuentes a medianoche —no puedo evitar que la palabra medianoche me erice la piel— para pasar allí el puente que nos separa de la inauguración del curso el cinco de octubre. Marta, en cambio, no quería. ¿No quería? ¡Cualquiera sabe! Hasta se le saltaron las lágrimas cuando me besó en la estación. En medio de todo este desbarajuste de sensaciones e ideas no pude menos de sonreír cuando la vi apoyada en su ventanilla con su traje de sastre ojo de perdiz y su sombrero verde tirolés copiado de una revista de modas francesa. Parecía una niña jugando a gran señora. Y yo, ¿qué parecía yo? Un marido exteriormente satisfecho, pero por dentro lleno de sobresaltos, que veía partir a su joven esposa con veinte años recién cumplidos y en edad más de salir con discípulos míos como ese pretencioso estúpido de…

Pero no quiero hacerme mala sangre. Tengo cuatro días para pensar con frialdad. Debo comprometerme conmigo mismo a no poner pasión y a olvidar esta tibieza que queda aún en mi piel, recuerdo del último contacto una noche que me parece ya muy lejana. Si no, estoy perdido. Sería capaz de cualquier cosa. Hasta de coger el tren esta misma noche y presentarme allí de improviso y hacer un papel ridículo demostrando que no puedo permanecer

lejos de ella ni siquiera cinco minutos cuando dentro de mí mismo siento cada vez más firme esta convicción que me anuncia la imposibilidad de que nuestro matrimonio sea unión feliz y duradera.

—Alvarado, ¿quiere usted preguntar algo?

—No, gracias, Ibáñez.

—Está bien.

La voz de Ibáñez suena satisfecha al coronar la dura jornada con este último examinando.

—Puede usted retirarse.

Pretenden que exponga mi opinión conociendo que no soy hombre que en los exámenes deje hacer mangas y capirotes. Pero con gran sorpresa suya me abstengo esta vez de emitir juicio.

—Carezco de conocimientos suficientes para pronunciarme, querido colega. Además, no hay nadie que le gane a saber cánones en España. Mi voto es el suyo.

Sánchez Marín, que formó conmigo en muchos Tribunales, me mira con cierta indignación. No fueron raras las veces que se enfrentaron nuestros puntos de vista, siempre tendiendo a la benevolencia el suyo —*favorabilia sunt ampliando*—, rayando en lo implacable el mío, y la victoria no siempre correspondió al bondadoso y obstinado Decano.

Cuando ya cerca de las siete el bedel saca las notas, los estudiantes no pueden creer que en un Tribunal en que forma parte Juan Alvarado haya habido sólo dos suspensos dignos, además, de ser calificados de suicidios.

Percibo claramente el jubiloso asombro cuando salgo con mis dos compañeros. Piensan que el matrimonio me ha ablandado. ¡Que esperen a mañana! Mañana empiezo yo en Civil y convendrá que estos jovencitos sepan que los derechos reales no tienen nada que ver con mi vida íntima.

—Alvarado, ¿una horchatita?

—No, gracias, don Anselmo. En realidad tendría que ir en seguida a casa.

—Naturalmente —ríe con malicia el viejo profesor—. Olvidaba que está usted con la miel en los labios.

No puedo soportar ciertas alusiones y contesto con violencia injusta dado el cariño que, primero como estudiante y luego como

colega, recibí siempre de don Anselmo.

—En esta ocasión su perspicacia ha ido demasiado lejos. Mi mujer se fue esta mañana con sus padres.

—¿Entonces?

—Tengo un informe que preparar y me temo que con estas jornadas de exámenes no me quede demasiado tiempo libre.

Les estrecho la mano y camino hacia el Instituto para, apenas me pierden de vista, cambiar de dirección y dirigirme hacia la Arboleda, donde con tranquilidad y sin peligro de oficiosos acompañantes podré entregarme de lleno a mis amargos pensamientos.

II

Junto al río la anochecida regala un fresco que el calor de la jornada hace valorar con gratitud. Camino de prisa y poco a poco el ejercicio va serenando mis ideas y soy capaz de evadirme de mi calidad de intérprete para situarme en la de crítico. El planteamiento de nuestro matrimonio es muy sencillo y el pesimismo creciente que en mí se va cimentando no puede ser más lógico. Una unión matrimonial es siempre un difícil ensayo que requiere para su estabilidad algunos elementos indispensables. Pienso que fundamentalmente exige el amor. O a falta de éste un objetivo muy concreto de interés, de conveniencia, de ventaja material determinada que se consigue con la bendición en el altar.

¿Hubo algo de esto en nuestro caso? Marta tiene —tendrá, mejor dicho— algún dinero. Una cantidad respetable. Pero no la suficiente como para haber determinado en mí, de modo frío, mi casamiento con ella. Yo hace un año era un buen partido. Catedrático de Derecho Civil, brillante Abogado con la segura herencia de la sólida clientela de mi padre, no podía considerarme como un novio despreciable. Pero tampoco —¿a qué engañarnos?— ofrecía esos dotes materiales que pueden enloquecer a las familias hasta el punto de coaccionar a la hija y entregarla pensando en el negocio más que en el vínculo. Soy casi dieciséis años mayor que Marta. No es una cosa extraordinaria pero tampoco excesivamente normal. Además, pienso que sus años son años muy cortos, mientras que mis treinta y cinco fueron vividos intensamente. Ni el interés ni la edad,

por lo tanto, parecían propiciar un matrimonio que aparentemente tenía que ser el fruto de un gran amor. Y aquí —me lo he repetido miles de veces en estos últimos tres meses— viene el punto débil que hace peligrar el sustentamiento de esta boda reciente. ¿Me ama a mí Marta? Creo que no. Y juro que no pienso en ese Luis Salcedo que tuvo con ella un noviazgo de versos, paseos de calle y mensajes escritos en bolitas de papel que le tiraba al balcón entresuelo. Es cierto que ese sujeto me molesta extraordinariamente y que además he tenido la estúpida debilidad de hacérselo saber a Marta, la cual con coquetería femenina ya empezó a explotar este filón con el que temo va a seguir amargándome la vida. Deploro la existencia de esta aventura romántica en su vida, pero, pensándolo fríamente, no tengo yo derecho, con un pasado cargado de pasión y de amoríos, a rasgarme las vestiduras por algo que encuentro más bien pueril que ofensivo. Si yo creo que Marta no me quiere no es tampoco porque físicamente ella haya sido avara de sí misma en esta luna de miel en que con un ímpetu gozoso, lleno de curiosidad y de inquietud, recorrió siempre la mitad del camino para encontrarme en el amor. Ella no me quiere porque me teme. Vino al matrimonio con ilusión. Le encantaba ser la novia de un hombre mayor que ella, de un Catedrático hasta entonces terror de sus amigos. Pero cuando toda la superficialidad de los regalos, las fiestas de despedida, la boda, hubo de ser olvidada para entregarse a una solitaria intimidad, ella se encontró frente a un hombre a quien —ni siquiera estaba segura de ello— sólo creía poder complacer físicamente pero al que en las largas importantes horas que siguen o preceden al ejercicio del amor temía no llegar nunca a interesar. Ella también sufre, lo sé. Sufre ridículamente por el pecado —estoy seguro de que ella lo tiene por pecado— de su tierna juventud. Y cuando en algún momento me ha visto con un libro en las manos o abstraído en un pensamiento y ha pretendido entrar dentro de la intimidad de mi vida interior, se ha encontrado con murallas tan difíciles de saltar que pronto renunció a intentarlo.

¿Y yo? ¿Quiero yo a Marta? ¡Qué falso puede parecer este *no* que pronuncio con toda sinceridad cuando solamente su ausencia de pocas horas llena mi sangre de nostalgia y deja huérfanos mis dedos y hambrienta mi piel! ¿Se puede no amar a una mujer que nos hizo tan feliz, que enseñó —sí, enseñó— a quien se creía

experimentado profesor del amor, todo un campo inédito de sensaciones que surgen puramente de la simpatía y de la electricidad de dos epidermis? Si esto hubiera de ser eterno… Pero ¿cuánto durará esto? ¿Qué será del día en que, cada vez más raros los espacios en que lo físico impere, nuestros espíritus permanezcan aislados por esta diferencia de edad, por estas murallas de timidez o de amor propio que nos impidan llenar silencios crecientemente angustiosos y largos?

Y lo curioso es que yo no puedo arrepentirme de lo que hice. No se arrepentiría el náufrago que fuese arrastrado por una corriente al remolino que lo hunde. Su voluntad de existir era contraria a aquella dirección pero carecía de fuerzas para evitarla. Cada vez que me planteo el problema de si yo pude haber evitado esta boda me basta cerrar los ojos para ver de nuevo la escena de la playa mediterránea y comprender que incluso hoy, con la experiencia de estos trece meses, volvería a sufrir la derrota de mis convicciones y a perseguir mi unión con aquella muchacha que vi aparecer entre las aguas.

Miro estas del río y la evocación me acerca tanto al pasado que parece imposible haya transcurrido más de un año. Diego se empeñó en que fuese a pasar unos días con ellos. En realidad tenía perfecta razón. Apenas ganada mi cátedra de Derecho Civil volví de nuevo a Berlín para terminar un trabajo sobre Cuasicontratos. Total, que la familia que me había tenido de la Ceca a la Meca para redondear mi formación intelectual apenas si había podido gozar de mi triunfo. Luego llegó el curso y Diego, que vive a más de cien kilómetros, en la Azucarera que dirige, hubo de contentarse con pequeñas escapadas que nos dejaban a los dos con más hambre aún de conversación y de evocación que antes de la entrevista. Fui padrino de su segundo hijo —Magdalenita— y entonces me arrancó la promesa de pasar con ellos quince días en el Mediterráneo. La mañana misma en que llegué con la idea de olvidarme de aquella seriedad que ahora me imponía la rígida profesión de Catedrático, me encontré con que, junto a Diego e Irene, había todo un grupo de gentes de nuestra ciudad. Hasta reconocí alguna cara de estudiante que en aquel primer curso había entrevisto por los claustros de la Facultad. Se lo hice notar a Diego y mi hermano, riendo, me respondió que la toga y el birrete se me habían subido a la cabeza y

que en traje de baño no había catedráticos ni estudiantes. Quise protestar, pero entonces, como quince o veinte años antes, me hizo una presa de grecorromana y me tiró por la arena haciéndomela tocar con los hombros. Las carcajadas de los asistentes despertaron mi amor propio y perseguí a Diego. Lo tenía ya casi a mi merced cerca de la orilla cuando apareció ella.

—Marta, Marta, defiéndeme de este hombre —gritó Diego.

—Yo te protejo —sonrió la muchacha, la cara llena de gotas de agua salada que resbalaban por su piel tostada—. Nadie se atreverá ahora a tocarte.

Con un gesto familiar y limpísimo Diego se abrazó a ella. Yo, viendo las manos de mi hermano enlazando aquella cintura inverosímil, simétrica frontera entre las piernas maravillosas y el pleno busto virginal, sentí un doloroso estremecimiento.

—¿Qué te pasa, Juan? —me guiñó maliciosamente un ojo Diego —. ¿Qué opinas de mi protectora?

Traté de decir algo ingenioso, pensé luego en mencionar a Venus y al final sólo fui capaz de balbucear dos sílabas agresivas.

—No sé.

Me miró ella entonces con una cierta insolencia y, volviéndose a Diego, me señaló con un dedo.

—¿Quién es él?

—Pero, Marta, ¿no lo conoces? Es Juan Alvarado, Catedrático de Derecho Civil, Doctor en dos o tres Universidades extranjeras, enemigo del matrimonio, elocuente abogado y, además de todo eso, esto es lo único importante, hermano mío.

—¡Ah! Entonces él es… él.

Yo me crucé de brazos y con aire de malhumor, ahora fingido, inquirí a mi vez:

—Y esta Marta, ¿quién es? ¿La de la Biblia?

—Esta Marta es mi prima; mejor dicho, prima de Irene.

—Marta Valdés, para servir a usted y a Dios —dijo ella con una graciosa infantil inclinación.

—¿Y dónde la teníais guardada? —no pude menos de exclamar.

—En tu propia ciudad, descastado. Si no te hubieses pasado toda la vida correteando por el mundo te hubiese bastado pasearte por las calles para asistir a una de las metamorfosis más impresionantes que se han dado en los últimos años.

La miré en silencio y comprobé que en ella lo extraordinario era su físico, su vitalidad; aquel cuerpo esplendoroso que no hacía pareja con una cara de rasgos simplemente discretos, enaltecida únicamente por unos oscuros ojos verdes que aclaraban el largo pelo castaño flotando sobre sus hombros desnudos.

Volvimos en silencio y aquella tarde tuve una inteligente tentación. Llegué incluso a exponerla a Diego, quien, con sincero disgusto, protestó al oírme hablar de interrumpir mis vacaciones.

—Eres un egoísta, Juan. Al invitarte yo aquí no pensé en que este verano fuese un verano histórico en tu vida. Pretendí únicamente convivir contigo quince días. Te juro que durante meses acaricié esta idea. Ya sé que esto no ofrece mayores atractivos. Pero creía honradamente que Irene, mis hijos y sobre todo yo podríamos compensarte de la monotonía de estas dos semanas.

Dudé un segundo, pero comprendiendo que había herido involuntariamente a mi hermano, me creí en el caso de explicarle la verdad.

—Tanto o más que tú he acariciado yo la idea de estas vacaciones. Y si por la cabeza me pasó la tentación de abandonarte fue precisamente porque, por un segundo, tuve miedo de que, contra lo que tú opinas, éste pudiese ser un veraneo histórico.

—No te entiendo.

—¿No? Pues, mira, como única explicación te diré que por primera vez en mi vida se me asomó a la cabeza una de las palabras para mí más pavorosas que hay en el mundo.

—¿Quieres acabar de una vez?

Con un gran esfuerzo, mirando al suelo, lleno de vergüenza y de sinceridad silabeé la palabra clave:

—Ma-tri-mo-nio.

Por toda contestación me sentí entre los brazos de Diego, que tras estrecharme un momento me lanzaban al aire.

—¡Si eso fuese verdad, Juan! ¿Te das cuenta que a través del matrimonio podríamos ser parientes?

Vencida la tentación de la huida no quedaba nada que hacer. Busqué la compañía de Marta y todo fueron facilidades en el mundo que nos rodeaba, compuesto por mis parientes, los suyos y un montón de caras conocidas entre las que descollaba aquella vista en los claustros de la Universidad, propiedad de un estudiante que

andaba como loco de pensar que tuteaba al Catedrático de Derecho Civil, cosa de cierta importancia teniendo en cuenta mi reciente fama de cruel examinador. Fue precisamente Plácido Díaz quien por primera vez me habló de la existencia de Luis Salcedo. Volvíamos una noche de casa de Marta y al salir se emparejó casualmente conmigo. Martita nos había dado divinamente de comer y su hija había estado conmigo menos esquiva que otros días. Me sentía de buen humor y mi generosa disposición fue aprovechada por Plácido, que se permitió atacar el tema.

—No puedes imaginarte lo que me alegra de que os hayáis encontrado. Marta se lo merece y tú también vas a llevarte algo que vale la pena.

—¿No irá tu fantasía un poco de prisa? —me creí en él caso de decir tratando de frenar el impulso de mi joven amigo.

—¿De prisa? La trato desde chico, tengo un año más que ella solamente, y te aseguro que quien conoce su carácter ha podido ver desde el primer momento que tú le interesas de verdad. Esto está bien lejos de parecerse a los versitos de Salcedo.

No me atreví a preguntar directamente, pero confieso que la frase despertó en mí una punzante curiosidad. Opté por dejar viva la conversación en la esperanza de que él mismo siguiese su indiscreta confidencia.

—Cada cosa es distinta de las demás. Esto mismo tiene todas las probabilidades de ser un ingenuo y agradable episodio de verano.

—No, te digo que esto es otra cosa. Aparte que lo de Salcedo ya estaba liquidado.

—¿Duró mucho? —sentí que preguntaba contra mi propia voluntad.

—Un par de cursos. Él es del Norte y estudia oficial en la Facultad. ¿No se examinó aún contigo?

—No me suena. Pero a lo mejor me pasó desapercibido. Yo para nombres tengo muy poca memoria.

—Es un muchacho alto, bien parecido, gran esquiador, que le hacía versos a Marta. Buen amigo mío y buen chico. Te lo cuento, naturalmente, porque la cosa no tiene importancia.

—¡Qué importancia había de tener!

Plácido me había dado la noche y bendije al cielo al encontrarme en la puerta de Diego, quien, un poco más adelante

que nosotros, había recorrido el camino contando a Irene no sé qué divertidas historias. Cuando entramos, Diego, que no en balde es mi hermano, se dio cuenta de que algo raro había pasado en los cortos minutos de paseo.

—¿De qué hablaste con Plácido Díaz? No es mala persona, pero es uno de los botarates más definitivos que conozco.

—¡Qué sé yo! Cosas de estudiantes. Me figuro que está muy contento de pensar que tutea a un futuro profesor suyo.

Fingí un sueño terrible y me acosté en seguida para sufrir uno de los más largos insomnios de mi vida. No sé cuántas veces me repetí las mismas frases: «¡A mí qué me importa Luis Salcedo! ¡A mí qué me importa Marta Valdés! Si aún cuando me importase, este noviazgo pueril no tendría ningún valor, ¿qué demonios puede significar que Salcedo y Marta hayan sido o no hayan sido novios? Sobre todo, no importándome nada de ella. ¡Nada, absolutamente nada!»

A la mañana siguiente, aprovechando la primera ocasión en que Marta, apasionada nadadora, iba hacia el mar, corrí con ella hacia la orilla y sin exordio de ninguna clase le pregunté si quería casarse conmigo. No me contestó, y tras unos segundos prorrumpió en desesperados sollozos. Luego, rehuyéndome, se metió en el agua y tardó un gran rato en salir. Por fin, vino derecha hacia mí, que, esperándola, no me había movido. El llanto había desaparecido de sus ojos y su expresión estaba llena de un contento que yo, estúpido de mí, creí que nacía de su felicidad.

—¿De verdad quieres casarte conmigo, Juan? —me preguntó con infantil seriedad.

—Es lo único que yo quiero en el mundo, Marta. ¿Y tú? ¿Quieres tú casarte conmigo?

—Yo sí, Juan. Claro que sí.

Y delante de todos, con un gesto limpio, natural, apasionado, se abrazó a mí mojando mi piel seca con el agua que aún humedecía la suya.

III

Alzo los ojos del río cuya mansa agua llena de barro es tan distinta de aquella salada y transparente del Mediterráneo como la

realidad que me aprisiona lo es de las ilusiones que se fueron forjando a través de los diez meses de nuestro noviazgo.

Lentamente voy hacia casa de mis padres, donde comeré esta noche. No quiero hacerles esperar y ya casi es hora de sentarse a la mesa. Acorto por el Puente Viejo y sigo entre calles que me traen recuerdos de mi juventud. Los mismos olores, las mismas mujeres —en algunos casos literalmente las mismas—, los mismos soportales en los que viví episodios importantes de mi vida, desfilan rápidamente al paso ligero que me conduce a casa.

Beso a mamá y mi padre me tiende un escrito de demanda al que debe contestar. Esta prueba de confianza que me llena siempre de satisfacción es ahora recibida con desgana.

—Si no te importa, mañana lo leeré. Estuve examinando toda la tarde y tengo la cabeza hecha un lío.

Mamá, con su intuición femenina, debe comprender que algo me pasa porque me deja comer tranquilamente y silencia las dos o tres alusiones con que mi padre quiere lanzarme a temas profesionales. Sólo con el café me pregunta si no voy a telefonear a Marta. ¿Telefonearla? Es verdad. Me había olvidado de la Marta de ahora a fuerza de pensar en la Marta de hace un año.

—En el fondo también ella podía haber llamado —pretendo escudar mi olvido.

—Pero, Juan, los hombres sois tremendos. ¿Cómo quieres que la pobre hija te telefonee si sabe que estás examinando y que salís a horas imposibles?

Sumisamente voy al teléfono y pido la comunicación. Apenas unos minutos más tarde la campanilla hace vibrar mis nervios y corro al auricular.

—¿Qué hay, Juan? ¿Tanto calor como por aquí? —es Julio, mi suegro, quien ha cogido el teléfono.

—Horrible. ¿Qué tal Martita y Mauricio? —y sin esperar contestación voy a lo fundamental—. ¿Está levantada Marta?

—Aquí mismo la tienes.

Casi sin solución de continuidad la voz grave de mi suegro es sustituida por la aguda de Marta.

—¿Cómo estás, Juan? Te echo de menos muchísimo. Yo creo que no me vuelvo a separar nunca más de ti.

Todos los pensamientos perfectamente razonables de la jornada

son pulverizados con esta simple frase. Otra vez la sangre y la piel ponen vendas al cerebro, que pasa a segundo término.

—¿Lo dices de veras, Marta?

—Claro que sí. Además, me da un miedo terrible dormir sola. Mamá me ha prometido dormir conmigo, pero no sé qué hacer. Tengo un poco de vergüenza. Parecen cosas de niña.

—¿Ves cómo resulta que soy muy fácilmente reemplazable? —hay en mi voz un punto de celos que me hace arrepentirme de la frase apenas la he pronunciado.

—No digas eso, Juan. Yo te prometo que dormiré sola, aunque, eso sí, con la luz encendida. ¿Cuándo vienes?

—El sábado sin falta.

—¿De verdad?

—Sí, aunque tuviese que aprobar a todos.

Oigo reír a Marta al otro lado del teléfono y empiezo a sentir nacer en mí un malhumor por esta cobardía fisiológica que se rinde apenas algo tan remoto como su voz acaricia mis oídos.

—¿Llamarás mañana?

—Sí, Marta, a estas horas.

—Muchos besos a tus padres.

—Gracias —y luego, tras una pausa y con una voz llena de violencia por el esfuerzo que me cuesta poner fin a la conversación —: Muchos besos, Marta; hasta mañana.

Mamá insiste en que duerma en su casa. Le digo que es ridículo y que acabo de reprochar a Marta su vuelta a la infancia por el simple hecho de nuestra corta separación. Mamá es hábil y me hace observar lo feliz que la haría ocupando otra vez nuestro cuarto, el que yo compartí con Diego durante tantos años negándome a abandonarlo incluso cuando la muerte del tío Miguel hubiese permitido una instalación más cómoda.

—Está bien, mamá. No se hable más del asunto.

Asunción, que, como es natural, está presente en toda esta conversación, interviene con aire de suficiencia:

—Ya había bajado tu pijama y tu máquina de afeitar y tus cosas. Lo lógico era que durmieses aquí.

Miro con aire de malhumor a Asunción, la cual no parece concederme la menor importancia. Minutos después, fingiendo un cansancio que no existe, llego a mi habitación y la soledad, esa tan

añorada soledad, me invade y oprime con una sensación de angustia física. Trato de vencerla y sin éxito alguno abro dos o tres libros. Finalmente, también yo con la luz encendida, me pongo a esperar el sueño, que muy lentamente acaba por llegar hasta mí.

MARTA

I

En el fondo no es tan listo como se cree. ¡Dios mío, si me oyese! Nunca podría creer que esto lo digo casi con satisfacción. Su inteligencia es una de las cosas que nos separan y que nos habrá de dar muchos disgustos en nuestro matrimonio. Este matrimonio mío que, a Dios gracias, cada día tengo más la impresión de que va a ser muy largo y muy feliz. No es que me haga ilusiones de que se han acabado los días difíciles, pero hay algo que me consuela en los momentos duros que llevo vividos en estos últimos tres meses y medio: la seguridad de que Juan me está queriendo. ¿Lo sabrá él mismo? Pero ¡qué importa que lo sepa o no! Lo importante es que me quiere.

Desde la ventanilla —entre lágrimas, claro, porque separarme de él por primera vez no ha sido cosa fácil— casi me río de alegría cuando veo que mi plan, al mismo tiempo que el tren, empieza a marchar sobre ruedas. No había otro remedio. Porque lo del mes pasado no vuelve a repetirse. Esta vez va a saber que no se puede jugar impunemente con una mujer. Sobre todo ahora que tengo la ayuda de mamá. Fue ella la que, en el fondo, me alentó para decidir este plan que me ha costado grandes esfuerzos y grandes sacrificios. Porque las cuatro noches que le he robado…

Por segunda vez un muchacho joven e impertinente que desde el principio no deja de mirarme me roza con la rodilla. Mi primera intención es darle con el bolso en la cabeza. ¿Es que una señora no puede viajar sola? Pero de pronto una idea diabólica me pasa por la cabeza y muerta de risa empiezo a ponerla en práctica. En lugar de separarme, y hay espacio suficiente para hacerlo, ya que somos tres quienes vamos en el departamento de primera, espero a que el otro señor —con todo el pelo blanco y cara de buena persona— salga un momento al pasillo. Entonces, con voz misteriosa, me dirijo al impertinente compañero.

—Tenga usted mucho cuidado. Este señor es amigo de mis padres. Pero él baja en el apeadero de Tres Fuentes dentro de hora y media poco más o menos. Después…

—¿Aceptaría usted tomar una copa en el vagón restaurante? —su voz, que refleja toda la increíble sorpresa con que su vanidad ha advertido mi inmediata rendición, suena ronca al hacerme la pregunta.

—Una y varias… pero, cuidado. Mientras esté, él aquí, por favor, sea usted muy formal y apártese incluso de mi lado.

Rojo de emoción ha ocupado el asiento más alejado del mío, limitándose a una mirada que yo de cuando en cuando devuelvo pensando en la cara que va a poner cuando me vea descender en Tres Árboles. En apenas quince kilómetros empezó y terminó mi aventura. Si tengo el atrevimiento de contárselo a Juan… Pero estoy segura de que le indignaría. Él dice que es ridículo que se juegue con estas cosas. Yo traduzco que me quiere y está celosísimo de mí. Si no, que se lo pregunten a Salcedo.

Entorno mis ojos y, ayudada por el balanceo rítmico del tren, me entrego gozosa al recuerdo de este engaño con el que le pago a mi marido la herida que me hizo cuando el mes pasado, por segunda vez —la primera se calló, pero le sentó también a cuerno quemado —, no pude anunciarle que iba a ser padre de un hijo. Y como él por lo visto de soltero comprobó que es muy capaz de *tenerlos*, pues me echa a mí la culpa. ¡Qué cómodo! Aquella vez estuvimos casi una semana sin hablarnos, pero lo que es esta vez no iba a pasar lo mismo. Me da angustia y vergüenza al mismo tiempo pensar que he sido capaz de fingir todo esto. Ahora, que se lo tiene merecido por estar pendiente del calendario todo el día. Pretende que estas cosas él las sabe como profesor de Derecho Civil. Como si una fuese estúpida. Lo que pasa es que está harto de tener líos de soltero y sabe detalles que a un hombre no deberían importarle. Cuando yo le decía esto él se limitaba a hablarme de no sé qué artículo del Código Civil y hasta de Napoleón como si yo no supiera que Napoleón era un gran general que nada tuvo que ver con los abogados. En el fondo, sin embargo, confieso que me llenaba de emoción ver a Juan tan pendiente de mí y con tanta ansiedad por saber concretado nuestro amor en un hijo. Si supiese el muy bobo que mucho más aún me gustaría tenerlo a mí, porque además sé

que sería como él, pero pequeño, débil, inculto, necesitado de mi protección, que a Juan le es innecesaria…

Aún me horroriza pensar en aquella mañana de Niza —ya al final de nuestro viaje de novios—, cuando tuve que decirle —porque yo había acabado también por hablar del asunto con él admitiendo discutir nombres, padrinos y hasta el cura que le iba a bautizar— que todas nuestras esperanzas no tenían ningún sentido. Me miró indignado como si yo fuese la única culpable. Sí, sí. No importa nada que sus palabras fuesen amables, porque lo grave era cómo me miraba.

—No le des importancia —recuerdo casi textualmente sus palabras—. Ya hace cuarenta días tuvimos la misma decepción. Nuestra equivocación ha sido el hablar de ello. Pero no te preocupes. Es una ridiculez pensar que no vamos a tener hijos porque hayan pasado ya dos meses.

Nunca había oído palabras más hipócritas. Porque eran palabras de consuelo para mí. Él no tenía de qué tener miedo. ¿Cómo iba a tenerlo si el grandísimo fresco nada menos que la noche de bodas me había dicho que casi tiene un hijo con una italiana, una tal Pía, que será nombre de Papa, pero no de mujer? Las primeras lágrimas habían sido por eso, y al ver en Niza, dos meses más tarde, la expresión de desilusión de sus ojos, perdí los estribos y le dije todo lo que pensaba. Que recordaba muy bien —ya había tenido buen cuidado de decírmelo la primera noche— que él podía tener hijos. Quizá me pasé de la raya, porque acabé diciéndole que me daba asco. Él —grandísimo bruto— me atenazó las muñecas que casi me las deshace. Me llamó histérica y luego dio un portazo y se fue a la calle dejándome sola más de dos horas. Claro que lo pagó caro y estuvimos siete días casi sin hablarnos. Yo ya no podía más. Pensé que de verdad no me quería y una mañana —no me arrepiento de haber sido cobarde—, precisamente en la misma playa en que nos habíamos conocido, le pedí que me quisiera aunque nunca fuese capaz de darle un hijo. Entonces él, que a veces tiene reacciones estupendas, delante de todos los bañistas, como contestación, me dio un beso que duró no sé cuántos minutos.

No tengo más remedio que abrir los ojos porque ha tosido dos veces el joven de la rodilla y temo que si no le miro con languidez pueda inquietarse y volver a las andadas. Devuelve mi sonrisa con

otra llena de misteriosas promesas que, sin duda, deberán hacerse efectivas luego en el restaurante. Apenas —gritan sus ojos doblemente hambrientos— falta ya media hora.

Media hora que yo dedico, otra vez los ojos cerrados, a la complacencia que me produce este ingenuo engaño de que he hecho objeto a Juan. Después de todo no va a saberlo nunca. Porque, eso sí, de saberlo no me lo perdonaría. El mismo día —con exactitud de reloj— que me correspondía, fingí un dolor de cabeza e hice una vaga alusión que Juan con una aparente y cordial indiferencia pagó con palabras de consuelo.

—Te he dicho, Marta, que no te preocupes. No podemos vivir con la obsesión constante de los hijos. Si vienen, bien venidos serán, y si no…

Yo a duras penas podía contener la risa, porque esta vez, Dios sabe por qué, es de verdad cuando yo creo que tengo el hijo. Pero lo que no estaba dispuesta era a verme examinada cada cinco minutos con unos ojos llenos de ansiedad que inquirían si todavía subsistía la esperanza, si notaba los primeros síntomas de mareo y todas esas horribles preguntas que tiene una que sufrir y que yo hacía un mes había minuciosamente conocido. Me sequé unas lágrimas imaginarias y le dije que iba a hacer una novena a la Virgen.

—Estás fomentando un complejo propio de un matrimonio que lleva diez años esperando hijos —afirmó con gran violencia.

—Está bien, Juan. No volveré a hablarte de esto.

Estas cuatro noches me dio mucha pena. Mucha pena y, ¿para qué engañarme?, muchas ganas de romper el embuste, echarme en sus brazos y decirle que todo había sido mentira, que la verdad era que, dentro de mí, de un modo indefinido y vago, sentía esa misma sensación que nos invade en una casa vacía cuando de pronto, sin oír ningún ruido, sin percibir ningún detalle exterior, uno se da cuenta de que no se encuentra solo. Pero tuve fuerzas y hoy, al meterme en el tren, había ganado cuatro días más, y si Dios quiere dentro de otros cuatro todos habremos salido de dudas…

¿Tres Árboles ya? Reconozco que soy mala, porque solamente con una gran capacidad de desvergüenza se puede pedir, como yo acabo de hacer, a mi joven pretendiente si no tendría la amabilidad de bajarme las maletas.

—¿Usted se queda en Tres Fuentes?

—Yo sí. Pero, tranquilícese. El señor —y señalo al anciano compañero— puede acompañarle al restaurante.

Nunca en su vida creo que ese joven pretencioso haya tenido más ganas de pegar a una mujer.

II

A veces mamá parece tonta. Claro que ella no sabe —por lo menos nunca hemos hablado de ello— que Méndez es un fresco. Cuando he visto que era él quien me esperaba en la estación me he llevado un disgusto. Carlos es uno de esos hombres a quien todo ha salido bien en la vida. Tiene una casa maravillosa a tres kilómetros de la nuestra. Creo que no pudo acabar sus estudios y se ha limitado a divertirse, parece que con gran éxito. Acostumbrado a ello, debe pensar que todo el monte es orégano, y ya un día, de soltera, tuve que pararle los pies. Lo más indignante es que Lucía, su pobre mujer, a pesar de andar siempre a su alrededor, está totalmente en la higuera. Ya sus palabras al recibirme me ponen sobre aviso.

—Estás completa, Marta. Sólo te faltaba el matrimonio.

Una frase impertinente que no se dice a una muchacha que no lleva aún cuatro meses de casada. Y sobre todo con esa intención. Claro que va bien servido. Con gran energía coloco mi maletín de mano en el asiento de delante junto al suyo y luego, mientras él mete mis maletas en el portaequipaje, me siento en la parte de atrás.

—Pero ¿estás loca, Marta? ¿No vas a venir delante conmigo?

—No.

Parece tomar la cosa a broma y, llevándose la mano a la gorra, me dice con ademán de chofer solícito:

—Señora, ¿a dónde la llevo?

—A Tres Fuentes y de prisa.

En mala hora lo dije, porque es un bárbaro y me pone el corazón en un puño conduciendo por estos caminos de tercera a más de cien. Ahora que me muerdo los labios y no consigue ni una sola protesta de mí. Todavía pretende quedarse con nosotros, pero mi madre, que tiene unas despachaderas estupendas, le invita a tomar una copa… mañana por la noche.

—Martita, ¿hasta mañana por la noche? —replica Carlos con

aire de espantado.

—¿Pero usted no se da cuenta de que no veo a mi hija puede decirse que desde hace cuatro meses?

Finge un gesto de desencanto y nos deja. Por fin estamos solas. Papá salió al campo y Mauricio también. Esa es la razón de que no hayan venido a buscarme. Por un lado me alegra tener ocasión de hablar con mamá. Me parece mentira poder confiarme a ella sin el peligro de ser sorprendida, como estos días de atrás cuando por teléfono le pedía consejos siempre con el temor de ver entrar insospechadamente a Juan. Su sonrisa protectora y sabia quita los últimos temores a esta decisión que yo intuitivamente formé y que ella aprobó desde el principio. Porque fue mamá quien habló con el médico, le explicó mi caso, y yo, una mañana en que Juan había ido a la Audiencia, me tuve que limitar a ir personalmente a llevar la botellita para el análisis que emplea nada menos que cinco días. ¡Malditas conejas! Ya podían ser más rápidas.

—¿Cómo te sientes, Marta?

—Me horroriza pensar que esta vez la desilusión sería sólo mía y no podría compartirla con él.

Mi madre sonríe y me tranquiliza diciendo que no está lejano el día en que la desilusión estará del otro lado y que el calendario me dará los sustos contrarios a los de ahora. Podrá ser así, pero yo no lo creo. ¡Me entusiasma tanto la perspectiva de, ahora en que Juan está seguro de que tampoco nuestro amor supo forjar un hijo, poderle anunciar que va a ser padre!

—Me tienes que contar muchas cosas, Marta. Tres meses y medio no es mucho, pero ya puedes empezar a saber qué va a ser de tu matrimonio.

—¿Mi matrimonio? El mejor del mundo. Es una de las sorpresas que le reservo a Juan.

—¿Es que él no lo sabe todavía?

¿Saberlo? Me dan tentaciones de decirle a mamá que Juan cree todo lo contrario. Empieza por suponer que yo no le quiero. Juraría que está convencido —¿será presuntuoso?— de que fui a sus brazos únicamente porque era un buen partido. Catedrático, Abogado con clientela, no mal parecido, ¿qué más se puede pedir? Ahora, hay algo que no va a saber en una larga temporada. ¡Me daría tanta vergüenza decirle que la misma mañana en que le vi en la playa

junto a Diego sentí en la sangre una cosa nueva completamente distinta de aquel enamoramiento cerebral que yo tuve por Luis Salcedo! Pero no quiero hacer confidencias a mamá. En primer lugar no le iba a gustar que yo le dijese que creo que Juan piensa que ella me forzó al matrimonio. Sé que reaccionaría en Hurtado —mamá presume mucho de sangre— y que insultaría a mi marido diciéndole que es él quien ha hecho el buen negocio. Mamá nota que me estoy entregando a mis propios pensamientos y no quiere cruzarse en mi camino. Me pregunta si quiero reposar un poco y yo le digo que no. El día es de un calor enorme y subo a ponerme un traje de baño para ir junto al Arroyo a bañarme en el rincón del jardín al que yo solía acudir las temporadas de mi noviazgo en que me refugiaba en Tres Fuentes después de feroces discusiones con Juan. Mamá llegó a creer que el matrimonio no se haría. Nos peleábamos demasiado, y lo curioso era que en cuanto estábamos separados no podíamos vivir el uno sin el otro. Él me escribía unas cartas —las tengo todas arriba en mi *secretaire* de soltera— que decían exactamente lo contrario de aquellas palabras que le oía cuando estábamos juntos. Sus cartas respiraban serenidad, ternura. Sus palabras, cuando me tenía al lado, venían llenas de una violencia incomprensible en quien tanto decía quererme.

Nado en el agua fresca que viene de la Sierra y siento otra vez la misma tristeza de entonces. La tristeza de no tenerlo junto a mí, que no disminuye al pensar que yo he fabricado esta ausencia y que él nada tiene que ver con ella. ¡Si, además, después de todo esto mis esperanzas debieran derrumbarse otra vez! Un estremecimiento me recorre y salgo del agua helada para tenderme en la hierba donde el caliente sol de septiembre no tarda en devolverme el optimismo. Me prometo decirle, ahora que tanto le echo de menos, me prometo hacerle saber que sus dudas son totalmente infundadas, que nadie lo ha querido nunca como yo lo quiero. Pero mi propósito es un propósito tímido lleno de miedo porque adivino que también esta vez mi voz se anudará llena de vergüenza y de temor al ridículo al tratar de decirle esta verdad que él necesita —yo lo sé— para poder empezar a ser verdaderamente feliz. Una hoja cae del árbol y al apoyarse sobre mis hombros me hace estremecer. Mi primer pensamiento es que tenía su mano junto a mí, esa mano que suavemente me acaricia en los momentos que se borran todas las

diferencias entre nosotros. Esos momentos imperfectos aún porque necesitan fundamentalmente de la carne, tan distintos a los que yo he soñado en que nuestro amor sería capaz de andar solo sin necesidad de caricias. Ni siquiera de hijos.

III

Cuando, después de la larga siesta, mamá me ve salir camino del embarcadero, me mira extrañada. Se limita a comentar mi conducta mientras me sonríe con aire irónico.

—¿Vas a pasear en barca? —pregunta adivinando mis intenciones.

—Sí.

—¿Otra vez sola?

—De cuando en cuando la soledad es necesaria.

¿Seré hipócrita? ¡La que le armé yo a Juan en Ginebra porque dijo algo parecido! Claro que la situación era distinta. ¿Se puede tolerar que apenas al mes de casado le diga a una el marido que echa de menos la soledad? Hay que reconocer que no me lo dijo así espontáneamente, sino respondiendo a las preguntas que yo le hice. Me juró que no echaba de menos a nadie, y al ver mi cara de sorpresa se limitó a decir que quizá le faltaba un poco de soledad. ¡El disgusto que yo me tomé! Como que fui al cuarto del hotel y me encerré y me negué a abrirle pidiéndole que me dejase un rato tranquila. Dos horas más tarde apareció con una cara muy triste y me dio mucha pena. Entonces le dije claramente que pensaba que había hecho un gran disparate eligiéndome a mí para casarse. Luego le pedí —con toda sinceridad en esta ocasión— que cuando necesitase soledad me prometiese tomársela. Hicimos las paces y le hice llevarme al Lago a pasear en barca. Supongo que mi subconsciente ya estaba preparando la revancha del mal rato que Juan me había dado, pero, con gran sorpresa mía, vi que él nada tenía que envidiar a aquel remero que yo hábilmente pensaba haberle recordado. No pude evitar la curiosidad de preguntarle dónde había aprendido a remar, y me habló de un compañero suyo al que nunca le había oído nombrar antes. Entonces decidí cambiar de táctica, y mintiendo descaradamente le dije que yo no sabía remar y que había subido en barca poquísimas veces, dos o tres a lo

sumo. Creo no conseguí interesarle demasiado y que las palabras que pronunció fueron por seguirme la corriente.

—¿Hace de eso mucho tiempo? —se limitó a decir con aire de desinterés.

—Pues dos o tres años —le dije yo haciendo referencia a una época a la que él tiene un odio especial.

Entonces, —no cabe duda de que Juan como abogado debe ser terrible— me desarmó completamente por el camino que menos podía esperar.

—¿Y esquiar? ¿Tampoco sabes esquiar?

Estas palabras, sabiendo que Luis Salcedo fue campeón de esquí tres años seguidos, me dejaron sin saber qué decir; pero como no estaba dispuesta a que, por segunda vez aquel mismo día, fuese la suya la última palabra, no encontrando ninguna que decir, con un gesto completamente infantil me tiré encima de él y casi vuelvo la barca. Caímos los dos dentro de ella y allí quedé atada entre sus brazos, que me abrazaban sin dejarme mover. Al principio hice grandes esfuerzos, pero luego me quedé subyugada, porque precisamente frente a nuestras cabezas un sol de rojo intensísimo se escondía detrás de las más altas montañas.

Después de aquello es curioso que yo sea capaz de afirmar aquellas mismas palabras de Juan, que tanto me hirieron. Comprendo ahora que la soledad pueda ser necesaria. Me basta alejarme de casa unos metros, dejando a la barca ir a favor de la corriente, para sentirme mucho más cerca de él. Busco imitar la misma posición en que caí dentro de la embarcación, en el Lago Lemán, e inmediatamente me siento más tranquila, más dueña de mí. Cierro los ojos, y mis pensamientos parecen detenerse. Siento una serena felicidad que no acierto a comprender en un momento en que me encuentro lejos de él. Y de pronto veo clara la contestación. En mi carne, muy dentro de ella, una levísima caricia parece responder a mis palabras. ¿Cómo puedo hablar de estar lejos de él, si Juan está aquí conmigo, en medio de mí? Sé lo peligroso de hundirme tan de lleno en una esperanza, pero no tengo fuerzas para saltar fuera de ella y me dejo invadir por esta certeza, mientras que mis sentidos se concentran en ese latido indefinible, inconcreto, que siento en el fondo de mí misma. Después de todo, ¿qué mal hay en conceder un minuto a la ilusión?

El minuto ha sido largo, y cuando llego a casa, ya bien de noche, todos se preguntan dónde anduve. Explico que remando, y mi padre protesta de que en las horas que él pasa en casa lejos de campos, arados y animales, no le dedique un poco de compañía. Calmo con un beso sus protestas y corro a traerle un regalo que no estaba a mano en el equipaje el día en que nos vimos rápidamente a nuestro regreso del viaje de novios. Es un anteojo adaptable a fusil que entusiasma al viejo cazador. Mauricio y él lo ensayan a través de la ventana en la noche serena y sé que de madrugada estarán listos para comprobar su eficacia.

Luego, en el escenario familiar —papá con sus solitarios, mamá con su punto, Mauricio con sus sellos— se habla de todo. Es otra vez como antes… ¡pero tan distinto! Nada cambió, las paredes son iguales, iguales las gentes, las palabras, y, sin embargo, todo suena de otro modo.

Todo, no. Que de pronto ha bastado ese timbre metálico del teléfono para sentir la sangre batir como cuando en los días próximos de nuestro noviazgo por el hilo eléctrico llegaban la paz y el amor. Papá, que está al lado, coge el auricular y habla primero con Juan. Oigo que me reclama, y esta vez —no me importa quién me oiga— estoy dispuesta a decirle toda la verdad. Tiene que saber que yo le quiero. No tengo derecho a mantener con mi coquetería del pasado unos celos que le hieren profundamente. Tomo el teléfono y voy a hablar, pero el sonido de su voz me detiene. Su voz querida, pero dominante y un punto atemorizadora, corta mis buenos propósitos. Iba a hablarle de amor y me limito a decirle, con frase convencional, que lo echo mucho de menos y que no me volveré a separar más de él. ¡Era tan distinto lo que yo hubiese querido haber dicho! A pesar de todo él, emocionado, me pregunta si lo digo en serio, y entonces mi vieja enemiga, la vergüenza, me hace convertir la frase importante en una puerilidad absurda. Le digo que cómo no voy a notar su ausencia con el miedo que tengo de dormir sola. Le cuento que casi dudé en dormir con mamá, y él con la aspereza familiar de su voz acusa el golpe diciéndome que eso demuestra lo fácilmente que se le puede reemplazar. No sé ya qué decir. Acabo prometiéndole que dormiré sola aunque con la luz encendida. Luego me promete llamar mañana, y cortamos.

Casi instantáneamente, llena de malhumor, me despido de mis

padres, y en mi cuarto, como castigo a mi poca habilidad, aun estando muerta de miedo apago la luz esperando un sueño que estoy segura tardará mucho en venir.

PARTE SEGUNDA

JUAN

I

CUANDO el despertador anuncia las ocho, hace mucho tiempo que yo espero ese timbre que debe poner en marcha el mecanismo de mi cuerpo. Me tiro de la cama y empiezo a afeitarme cuidadosamente. Hace ya mucho calor y el día se anuncia más severo aún que el de ayer. Quiero atribuir a la temperatura el cansancio físico acumulado en una noche poblada de nostalgias y recuerdos cuando no de negros presagios. Me siento malhumorado y en condiciones poco apropiadas para juzgar a nadie. Milagro será que todo esto no lo paguen los que van a examinarse dentro de un rato.

El agua fría de la ducha me devuelve un poco de calma y me proporciona la suficiente energía para el diálogo matinal en ese desayuno otra vez, como hace meses, compartido con mis padres. En seguida, rechazando la sugestión de utilizar el automóvil, me dirijo a pie a la Universidad, donde, con mi ya clásica puntualidad, me encuentro minutos antes de las nueve y media, hora anunciada para empezar los exámenes de Civil primer curso. En la sala de profesores hay un sobre a mi nombre y lo tomo con indiferencia. Sé de antemano que debe contener la lista de los examinandos, incapaz de producirme la menor curiosidad. Sin embargo, mis dedos acaban observando que el sobre es más abultado que en otras ocasiones y me decido a abrirlo. A la esperada lista de alumnos que se examinan de Civil acompaña una instancia favorablemente resuelta en la que, de acuerdo con el certificado médico exhibido, se decide que el examinando no es considerado como no presentado en mayo, lo que le privaría de derecho a calificación distinta del simple aprobado. Sonrío para mis adentros. Mal día eligió el ambicioso estudiante para venir en busca de notas extraordinarias en un examen que debe celebrar ante mí. Sólo para colocar una cruz roja junto a su nombre en la lista que contiene la de todos los alumnos a

quienes debo examinar, miro el apellido de quien firma el expediente. Y mi indiferencia es borrada automáticamente por once simples letras que prestan a aquel papel un valor nuevo y anuncian que el día va a ser más interesante de lo que en un principio prometía.

Es nada menos que Luis Salcedo el estudiante no presentado. Recuerdo que a fines de mayo brilló por su ausencia en los exámenes, cosa que me pareció lógica y hasta de buen gusto. ¡Para qué enfrentarse conmigo pocos días antes de mi boda! Supuse que había trasladado o pensaba trasladar su matrícula a otra Universidad y ahí paró todo. Ahora veo lo equivocado que estaba. Salcedo enfermo en mayo, reflexiono. Me apresuro a buscar el certificado médico y leo un diagnóstico más sincero de lo que pudiera haber supuesto: *Bautista Madero, Doctor en Medicina, del Colegio Médico de esta capital, certifico que don Luis Salcedo Miranda, de 20 años de edad, se halla en este momento sometido a una depresión nerviosa que le impide de modo terminante presentarse a los exámenes del tercer curso de Derecho de esta Facultad. Y para que conste expido el presente certificado a 17 de mayo de…*

17 de mayo. Ese mismo día fue mi petición. Tampoco en ella conseguí salirme con la mía. Había suplicado a Martita que la cosa se hiciese en la más estricta intimidad. Ella, Julio su marido, Marta y Mauricio, Diego e Irene con Juanito y Magdalena, mis padres y yo. ¿A qué más? Y hasta había obtenido una vaga promesa de que esta vez, como compensación a las muchas concesiones por mí dolorosamente otorgadas, se me haría caso. Era demasiado feliz aquel día, pues de otro modo creo que me hubiese ido. Más de cuarenta personas —todas ellas *íntimas*, naturalmente— parientes de parientes o íntimos amigos de parientes o parientes de íntimos amigos… Sí, es difícil olvidar aquel 17 de mayo.

No sé por qué en estos minutos que con regularidad matemática proporciona siempre la tardanza de Ibáñez me pongo a reconstruir la historia de aquel certificado médico. Por la mañana *El Correo* publicaba la noticia en sitio preferente de los *Ecos de sociedad*. *«Por el prestigioso abogado y colaborador de "El Correo" don Juan Alvarado Rivas y para su hijo primogénito el ilustre*

jurisconsulto y catedrático de esta Universidad don Juan Alvarado Mora será pedida a los señores de Valdés la mano de su bellísima hija Marta. La boda se celebrará a mediados del próximo mes de junio.» No es difícil suponer que la noticia fuera leída entre tazas de café, apuntes y libros por algún mozalbete que se sentía infinitamente, deprimido. ¿No sería demasiado haberle exigido concurrir a examinarse pocas horas después? Por otra parte ni siquiera faltaba una ley que prometía al buen estudiante un paréntesis de luto y de dolor sin perjuicio ninguno de su expediente académico. Todo menos enfrentarse el 25 o 26 de mayo con el *ilustre jurisconsulto* que con su realismo volatilizó aquel idilio construido sobre versos y bolitas de papel.

Miro entre la lista de los examinandos y veo que el de Luis Salcedo es el segundo nombre. Quiere decir que me quedan pocos minutos para enfrentarme a él. Recuerdo las palabras de Plácido Díaz: «Es un muchacho alto, bien parecido, gran esquiador…» ¿Me bastará esto para reconocerle?

En aquel momento entra Ibáñez —siempre tarde y siempre de prisa—, que se excusa de no haber encontrado a tiempo un taxi y haber tenido que esperar el tranvía que no acababa de llegar. Impacientemente me levanto y me dirijo hacia la puerta seguido de don Anselmo, nuestro respetado compañero de Tribunal. Al abrirse la puerta de la Secretaría un frío silencioso se extiende por los pasillos, segundos antes poblados de comentarios y conversaciones. Entre una fila de jóvenes muchachos, ojerosos, demacrados, casi todos ellos con pocas horas de sueño en la víspera del examen, nos dirigimos a mi aula. Apenas cuatro o cinco entran en ella. Me sorprende el número teniendo en cuenta que en mi lista figuran quince examinandos. Me pregunto si se habrá popularizado el sistema de Italia, donde solamente asiste el alumno que actúa por un pacto inmemorial entre los compañeros. Un señor Barranco es el primero de la lista. Digo «señor» porque quien se acerca al pupitre frente a nuestra mesa ha pasado cumplidamente los cuarenta años y trae en la cara todo el espanto que debe ser producto de mi corta pero intensa fama. Tengo que hacer un esfuerzo para concentrarme en el examen minucioso que le hago. Nada de farsas de diez minutos en que la buena o mala suerte pueden falsear el juicio. Examino a fondo. Pero esta vez sus contestaciones me llegan muy

vagamente. Creo que contesta vulgar pero acertadamente. Se sabe un texto malo y famoso y ello debe ser lo suficiente para que pueda aprobar. Mis ojos en tanto recorren los otros cuatro alumnos preguntándome quién podrá ser Salcedo. Aquel del fondo, bajito, con gafas, no tiene aspecto ni de esquiador ni de poeta. A este otro de la derecha, gordo y basto, tampoco le veo enamorando a Marta; y aquellos dos…

—¿Ustedes quieren preguntar algo? —digo en un tono que parece dar por supuesta la negativa.

Don Anselmo e Ibáñez deniegan con un gesto y yo invito a retirarse a Barranco. Me froto las manos debajo de la mesa como tratando de darme ánimo para este encuentro que está a punto de producirse.

—Don Luis Salcedo Miranda.

El bedel, apoyado en la puerta, tras unos segundos de espera, se asoma al exterior y grita de nuevo el nombre.

—Don Luis Salcedo Miranda… Don Luis Salcedo Miranda…

Con esto no contaba yo, pero, en el fondo, me satisface. Ahora ya no hay depresión, ya no hay factores emocionales, ahora hay simplemente miedo a enfrentarse conmigo. Y con una alegría pueril, quizá de quien consiguió la victoria sin necesidad de combate, examino a seis más que concurren a la convocatoria. Apenas son las doce y aún tendré tiempo de tomarme una copa con los amigos festejando este humor espléndido que poseo hace unos cuartos de hora.

—Ha terminado la primera vuelta de Civil Primero —oigo la voz de don Anselmo que frena mis precipitados optimismos—. Esta tarde a las cuatro empezará la primera vuelta de Civil Segundo. Quedan convocados para segunda vuelta en el día de mañana Civil Primero y Segundo.

No se discuten mis puntos de vista. Aparte de Barranco hay dos casos claros de aprobados, como hay otros tres evidentes suspensos. Sólo queda la duda del séptimo, que se encuentra equidistante de la vida o la muerte. Yo en la duda me incliné siempre por la severidad. Dentro de mí me oigo repetir que hay que acabar con estos títulos puramente teóricos obtenidos desgastando unos pantalones en los bancos universitarios. Sin embargo…

—El caso de Zapata —digo con voz cansada— es un caso

diferente. Se acercan mucho las probabilidades negativas a las positivas. Sabe muy poco aunque quizá ha estudiado mucho.

He preparado todo para que las palabras en las que confío sean pronunciadas evitándome por lo menos el tener que ser yo quien defienda este caso. Que don Anselmo se ocupe de él. Y tampoco esta vez falla.

—*Favorabilia sunt ampliando*.

Tres suspensos, cuatro aprobados y a la calle. Esta tarde, Civil Segundo. ¿Y mañana? ¿Será capaz de presentarse mañana Luis Salcedo?

II

Bastó la mera hipótesis de encontrar mañana a Salcedo para que la copa, minutos antes tan codiciada, la beba lleno de irritabilidad, rápidamente observada por los contertulios y torpemente disfrazada por mí como un efecto lógico de calor y exámenes. Manolo Garrido, que, como en los viejos días de estudiantes, tiene la habilidad de templar mi humor, comienza su trabajo.

—Pero ¿es que no has suspendido a nadie?

—Tres.

—¿Cuántos examinaste?

—Siete.

—Comprendo que el porcentaje no sea satisfactorio. No has llegado ni al cincuenta por ciento. Decididamente el matrimonio acaba con nosotros. Yo también te confieso que no soy el mismo de antes cuando informo. Soy un fiscal casado y tú eres un catedrático casado. A propósito, ¿cómo está Marta?

—Se fue ayer a Tres Fuentes.

—Acabáramos —ríe Malendo, el comandante jurídico que tiene la virtud de ponerme nervioso—. Eso lo explica todo.

—¿Explica qué?

Garrido prorrumpe en una carcajada que salva la situación. Acabo riendo también yo y bebo la copa de jerez que tengo delante con toda la poca tranquilidad de que soy capaz.

—¿Es la primera vez que os habéis separado después del matrimonio? —me pregunta Anselmo Ruiz, el aviador, con un tono de voz tan cordial que impide resentirse por lo que yo estimo

excesiva familiaridad en la pregunta.

—Sí, en realidad creo que es la primera vez.

Ruiz sonríe y luego, tras mirarme a los ojos y leer en los míos que puede seguir por el resbaladizo terreno del tema, me señala al resto de la peña matutina y comenta en un tono medio de envidia, medio de piedad:

—Mira, ahí tenéis uno que no ha aterrizado aún fuera del campo.

—¿Cómo? —no puedo menos de preguntar ante la comparación extraña.

—Nosotros llamamos aterrizaje fuera del campo a la primera cana al aire después del matrimonio. Es casi, casi —y sus ojos miran extasiados al infinito— como una nueva virginidad.

No digo nada, pero me siento nervioso creyéndome objeto de la burla de todos los demás. Pido otra copa, y Garrido, que me quiere y me conoce bien, me echa un capote.

—Juan, siempre que me guardes el secreto, no quiero que Marta me arranque los ojos, el día que quieras volar ya sabes que yo soy un marido veterano.

Se cambia por fin de conversación eligiendo temas que afectan menos directamente a mi persona, y cuando la hora de almorzar se acerca me brindo a acompañar a Garrido. Él sabe que nuestros caminos son distintos y adivina que quiero decirle algo. Yo mismo sé que algo quiero decirle. Pero ¿qué es? ¿Cómo un deseo puede surgir tan rápidamente sin que nosotros mismos nos apercibamos de la intensidad de su crecimiento? ¿Cómo mientras uno habla de determinadas cosas puede estar fabricando un plan en razón de hechos que nos acosan y nos atormentan? ¿Qué importa que estemos hablando de política, de toros, del absurdo de mantener ese paseo con una inmensa platabanda que apenas deja circular los coches, si, en el fondo, dentro de mí solamente dos ideas, la huida de Luis Salcedo y el aterrizaje fuera de campo se están combinando en mi cabeza? Es muy posible que si esta mañana, en lugar de la cobarde actitud de Salcedo, él me hubiese enfrentado con dignidad, yo ahora tuviera cosas concretas que decir a Garrido. Pero, afortunadamente…

—Manolo, ¿qué haces estas noches?

—Vengo siempre por el Casino y antes me encuentras en casa de

mis padres. ¿Ganas de juerga?

—No, ninguna —afirmo con el más honrado de los convencimientos—. Ganas, ninguna. Pero a lo mejor… a lo mejor una de estas noches te telefoneo. Tú sabes que algunas veces la juerga es realmente necesaria.

Garrido me da un golpe en la espalda y se encoge de hombros como si no entendiese. Pero yo sé que, a pesar de los años pasados, él no olvida que lo que digo es verdad; que a mí la juerga muchas veces me fue necesaria.

III

—¿Tampoco hoy nos acepta la horchatita? —don Anselmo sabe que no, que no la acepto, pero pregunta para darme, con esa bondadosa intuición suya de siempre, un medio rápido de quedarme solo.

—No, don Anselmo. Ya sabe usted que ando loco con ese informe.

—Mañana tendrá usted más tiempo. La segunda vuelta de Civil será más rápida y por la tarde en Procedimientos acabaremos en un par de horas. El sábado por la mañana creo que dejamos liquidarlo todo.

Sigo el mismo itinerario de ayer camino del río. Salimos notablemente antes a pesar de que examiné a doce. Normalmente nunca hubiese podido terminar antes de cuatro horas. Sin embargo, hoy examiné con rapidez y con la más injusta de las benevolencias. Tres se suspendieron diciendo tales dislates que hasta el propio don Anselmo tuvo que envainar su intervención, comprendiendo que no podía pedir más de lo que yo estaba dando.

Siento una sorda irritación contra mí mismo. Es innoble, indigno, que el apellido de un mequetrefe haya podido alterar mis nervios en esta forma. ¿Si esto no son celos, qué son? Trato de protestar interiormente contra esta afirmación, pero mis argumentos no tienen la menor eficacia. ¿Celos retrospectivos de un idilio poético? ¿Poético? Regular de poético. No fue obstáculo la poesía para que ellos dos se besaran. Y esto no me lo contó Plácido Díaz, esto me lo contó la propia Marta.

Es una fortuna que haya anochecido, porque la gente hubiese

podido pensar que estoy loco. En este momento me he sorprendido gesticulando por la calle. Meto las manos en los bolsillos del pantalón y aprieto unas monedas hasta que siento doloridos los dedos. Y con más comedimiento exterior —por otra parte ya estoy llegando a la Arboleda, discreta siempre de luz y de público— no puedo evitar que siga dentro de mi cabeza el diálogo entre el Juan Alvarado jurisconsulto, técnico, que admite como hecho perfectamente normal el que una muchacha de veinte años antes de casarse haya besado un novio, y este otro Juan Alvarado que acabo de descubrir hace pocos días y que me va recordando el dolor que yo sentí cuando lo supe de sus propios labios. ¡Y buena ocasión la elegida! Claro que yo hice todo lo posible por producir aquella revelación, pero…

Unos novios se levantan y dejan libre un banco junto al pretil del río. Me siento en él. Quien pase a estas horas y vea un hombre solo pensará en alguien a quien, como dice la gente, le dieron esquinazo o en un misántropo taciturno. ¡Si supiesen qué equivocados están! Yo no estoy allí. Yo he dado un salto y desde septiembre caí en el mes de junio. Ese mes que iba a coronar nuestro extraño noviazgo de diez meses. Durante ellos la familia fue lo suficientemente bondadosa como para alterar los planes normales —ellos pasan casi todos los inviernos en su finca— y traer con frecuencia a Marta a la ciudad. No sé si en definitiva hicieron bien, porque nuestras relaciones fueron siempre más apasionadas, mejor entendidas, más fáciles cuando nos encontrábamos lejos. Mis cartas, apagada la turbación que la presencia de Marta siempre me producía, le llevaban mensajes claros del sereno amor que yo quería tenerle. Nuestros coloquios directos no debían probarle más que el voraz deseo que yo sentía por ella.

Martita, vigilante, discreta, venía siempre en el momento oportuno a calmar nuestras ansiedades.

—Es una niña, Juan. Pero ese es un mal que el tiempo cura. Yo sé bien la lección porque Julio también me lleva a mí casi veinte años.

¿También? Era una prueba que nuestro caso no era tan excepcional y podía resultar perfectamente. Además de sus frases, que a mí me calmaban, porque tenía muchas ganas de calmarme, y a Marta la animaban alumbrándole un camino que iba recorriendo

medio a oscuras, Martita tenía, justo es reconocerlo, la medida exacta de cuándo el grado de saturación se acercaba, y entonces, a veces con sólo veinticuatro horas de aviso, se iba a Tres Fuentes para con cuarenta y ocho horas de ausencia calmar todas las inquietudes, porque tras ellas ya otra vez era la serenidad y no el deseo lo que dominaba dentro de mí.

Naturalmente, fue Martita quien nos convenció de que era un disparate casarnos antes de los exámenes. Yo no tuve más remedio que acceder, como accedí a la espectacularidad de mi boda, precisamente la contraria de la por mí planeada.

—Es absurda una ceremonia ruidosa. Nos casamos tranquilamente por la mañana, tomamos el automóvil, y a otra cosa.

Marta se mordió los labios la primera vez que me oyó esta frase, y dos lagrimones se asomaron a sus ojos. Martita en cambio —¡qué necios podemos ser los hombres!— pareció estar de mi lado.

—Tenéis muchísimo tiempo por delante, pero si esa es tu idea, no te prives del gusto.

A mí me sorprendió tanta facilidad. Sin embargo, estaba decidido a presentar una batalla sin cuartel defendiendo mi propósito de hacer una boda sencilla. ¿Qué necesidad dar tres cuartos al pregonero para que todo el mundo se entere que un profesor de Derecho Civil se casa? ¿O es que las bendiciones por la mañana no valen? ¿No era preferible todo ese dinero de invitados, traje blanco y demás zarandajas dedicarlo a ampliar nuestro viaje de luna de miel o convertirlo en una joya o en un abrigo de pieles para Marta? La cosa no tenía discusión, y como no tenía discusión no estaba dispuesto a transigir.

Martita no habló de la boda hasta el mes de abril. Pero apenas pasado el Domingo de Pascua, un día, con la más ingenua de las expresiones, me hizo la advertencia.

—Bueno, lo de la boda convendría concretarlo. Porque si decides que Marta se case de blanco, el tiempo se nos va a echar encima. Estas cosas no se improvisan.

—¿De blanco? Habíamos quedado en una ceremonia sencilla por la mañana.

—Bueno, bueno. Yo me limitaba a advertirte.

Esta vez, con sorpresa mía, Marta no hizo ningún signo exterior

de protesta. Sus ojos permanecieron calmos y creí que realmente mis argumentos la habían convencido. Lo creí por poco tiempo porque aquella noche, al llegar a casa mamá —nada menos que mamá convertida en su abogado—, con un tono de energía que reservaba para rarísimas ocasiones, me lanzó la filípica.

—Juan, si tú te propones ser feliz en el matrimonio, debes saber que en él hay un constante y mutuo juego de concesiones.

—¿A qué viene todo esto?

—Viene a lo absurdo de tu intransigencia respecto a la ceremonia de la boda. No, no… —con un gesto enérgico del brazo me impidió interrumpirla—. Ahora voy a hablar yo. Es perfectamente humano y es legítimo y te diré que es hasta lógico que Marta desee casarse con marcha nupcial, con traje blanco y con todos sus parientes y amigos en la iglesia. Es muy posible que si no lo desease tú no la hubieses elegido para ser tu mujer.

—No pretendo hacer una boda clandestina. Pero…

—Pretendes quitar a tu mujer la primera ilusión de casada. Nada más que eso. Como madre tuya me limito a advertirte que en esta primera discrepancia seria que se plantea es Marta quien tiene toda la razón.

¿Discrepancia seria? ¡Pero si los ojos de Marta parecían incluso acordes con mi resolución cuando yo la manifesté hacía unas horas a Martita! ¿Qué confabulación femenina era esta que me colocaba como acusadora nada menos que a mamá, cuyos argumentos tenían evidentemente una fuerza dialéctica muchísimo mayor que si hubiesen sido pronunciados por mi novia o por mi futura suegra?

—Pero, mamá…

—Es inútil seguir discutiendo, Juan. Tienes dos caminos. Uno, hacer tu santa voluntad, aunque con ello nos des un serio disgusto tanto a Marta como a mí.

—¿Cuál es el segundo? —interrumpí.

—Que cojas el teléfono y le digas a Marta que puede irse con su madre a encargar el traje que habían elegido.

—¿Irse? ¿A dónde? ¿A dónde tiene que irse para casarse de blanco? —clamé, no sólo vencido, sino también desconcertado.

—A un modisto decente como no existe en esta ciudad.

Me dejé caer en un sillón y obtuve de la generosidad de mamá una pequeña transacción. Muy pequeña. Fue ella quien telefoneó a

Martita diciéndole que yo estaba encantado de que Marta se casase de blanco.

Como ahora nadie me oye, puedo confesar que bendije esa intervención cuando la vi llegar a la iglesia. El traje era… pero el traje de novia no puede describirlo un hombre. Un hombre puede describirlo sólo en función de la mujer que lo viste. En el caso de Marta es difícil comprender cómo toda aquella cantidad de raso blanco —blanco de nube— que flotaba en su cuerpo, ajustado muy estrechamente sólo en la cintura, era capaz de proporcionar una sensación de paganía y virginidad al mismo tiempo. Era una virgen quien entraba en el templo, pero no una virgen prisionera de esa tela blanca que debería resumir la pureza, sino exaltada por ella en una punzante promesa que erizaba mi sensibilidad hambrienta. Seguía su rostro siendo el rostro normalmente agraciado de una muchacha moderna. Pero sus ojos, aquellos ojos verdes oscuros, resplandecían haciendo palidecer el blanco del velo que dejaba escapar de su prisión unos rizos castaños, vencedores de la ordenada albura del vestido con su irrespetuosa y sensual aparición.

Sí. Vestida de blanco, con marcha nupcial y luego con un *cocktail* inmenso en el que estaban todas las gentes conocidas de la sociedad. Pero ¿qué importaba? ¿Qué importaba, si podía ya empezar de veras nuestro amor y yo tenía la convicción de que no habría amor hasta que el espíritu dominase la carne, como dominaba en aquellas ausencias de nuestro noviazgo, cuando Marta se alejaba de mí? Ahora no iba a alejarse más, ahora el camino para apagar el deseo era distinto al de la ausencia. Era simplemente la satisfacción del hambre físico que, saciado, nos permitiría a los dos hablar como en las cartas que nos escribíamos cuando la piel no tenía más mordaza que la distancia.

Aquella noche la pasamos en nuestro piso instalado encima del de mis padres. Teóricamente habíamos salido para el Norte, camino de París y Suiza.

La realidad es que yo quería dar a aquella casa nueva en que íbamos a formar el hogar las primicias de nuestro amor, el comienzo de un cariño que si aún no existía tenía forzosamente que producirse. Cuando llegamos, ya estaban los portales cerrados. Yo abrí con mi llave y con gran esfuerzo conseguí meter todo aquel raso y todo aquel tul dentro del ascensor. Luego toqué un botón

junto al número dos. Abrí. Ella, tratando de dominar sus nervios, encontró fuerzas para bromear.

—¿No me entras en brazos?

—Marta, esa es una costumbre americana…

—¿No será que peso demasiado? —sonrió con coquetería.

Y en mis brazos entró, como había entrado a la iglesia vestida de blanco, mientras Mendelssohn desde el órgano nos lanzaba su marcha nupcial. ¿Será la proporción de las concesiones en el matrimonio, me pregunté, la que hasta ahora vengo sufriendo? En el comedor nos esperaba una comida fría, suculenta, pantagruélica. Se diría que íbamos a aguantar un sitio. Al pasar frente a uno de los armarios me vi y me encontré ridículo con mi plastrón y mi chaqué, que me daban un inconfundible y odioso aspecto de recién casado. Me volví, y Marta había desaparecido. Preparé unas copas y abrí una botella con gran cuidado. Siempre odié el ruido bélico al descorchar el *champagne*. Pocos segundos después, con su traje que al faltarle la larga cola y el velo era solamente una túnica, Marta se acercaba hacia mí. El blanco del vestido era distinto de antes. Era frío color de nieve. Un blanco que me hizo estremecer. Sin embargo, más aún que del traje, temblé ante su primera frase. Eran las primeras palabras que iban a decirse en nuestro matrimonio, en nuestra casa, en nuestra intimidad. Pero Dios la ayudó. Dijo algo que yo encontré perfecto.

—Juan, con tantas emociones tengo un hambre horrible. ¿No es feísimo tener hambre en estos momentos?

—No, Marta. Es admirable.

Y servida por mí, Marta fue demostrando que no había exageración; alguna en su anuncio y que estaba dispuesta a compensar el largo ayuno a que los nervios la obligaron las últimas jornadas. Su apetito estimulaba el mío y hacía mucho tiempo que no tenía mayor placer en el simple hecho de comer. De cuando en cuando, en metódicas proporciones —quería que el alcohol fuese estimulante y nunca anestésico—, colocaba pequeñas cantidades de *champagne* en su copa, que ella con graciosos mohines ingería puntualmente.

—Papá me riñe siempre por hacer esto —y se frotó enérgicamente la nariz—, pero a mí el *champagne* siempre me produce cosquillas.

Por fin, saciado el apetito, nos encontramos en el embarazoso instante en que nada había ya que decir y todo estaba por empezar. Mi neurasténica manía del orden se manifestó incluso en aquel momento. Recuerdo con la sinceridad que rió Marta cuando me vio tratar de recoger los platos y llevarlos a la cocina.

—Pero ¿estás loco? Si te viesen tus alumnos te perdían el respeto. Ese es un oficio femenino.

Y me arrebató de la mano los platos, dándome un beso en la mejilla al que ni siquiera pude responder. Sentado en uno de los sillones del comedor la vi entrar y salir poniendo orden riguroso y dejando preparado un surtido de fuentes casi intactas para la hipótesis de que el apetito pudiera renovarse. Había en su actitud una perfecta naturalidad. No podía estar ensayando todo esto y me parecía prodigiosa esa espontaneidad tan lejos del aturdimiento que yo había temido como de una actitud cínica que hubiese detestado. Ordenado todo, preparado de nuevo el próximo banquete que habíamos de celebrar sin hora fija, una botella de *champagne* puesta a helar —la otra medio vacía la encontré inteligentemente colocada en mi mesilla de noche—, Marta se dirigió hacia mí con una sonrisa en la que ahora se filtraba la emoción.

—Juan, no tardes mucho. Yo tengo miedo de estar sola… Nunca me había atrevido a contártelo de novia, pero por la noche tengo siempre un miedo terrible.

—¿Quieres que vaya contigo ya?

—No. Eso tampoco —contestó presurosa—. Quiero que vengas exactamente dentro de diez minutos.

Animosa, con aquel ritmo perfecto que su cuerpo imponía al caminar, la vi desaparecer del comedor. El reloj empezó perezosamente el recorrido del intervalo marcado. Por fin, con puntualidad de enamorado —segundos antes de la hora—, entré en el cuarto. Una luz discreta alumbraba los hombros de Marta, sólo medio cubiertos por su rizada cabellera castaña. Instantes más tarde estaba junto a ella. Y el primer beso de casados —no sé por qué me pareció totalmente distinto de aquellos otros conseguidos en el noviazgo— inició la ceremonia de nuestra unión.

De pronto mis ojos, junto al tocador, divisaron el traje blanco de desposada. Era curioso. Ahora no tenía el blanco de nube que apreció en la ceremonia de la tarde o el frío color de nieve que

descubrí en el comedor. Mis ojos lo veían ahora con un blanco quirúrgico de intacta venda que estuviera allí pronta para restañar las heridas del amor.

IV

No sé cuánto tiempo llevan junto a mí, pero la decisión violenta y agresiva ha debido ser producto de su larga espera. Una voz, cuyo tono no casa con la fórmula tradicional de cortesía, pide autorización para compartir conmigo el banco, sacándome bruscamente de mi abstracción.

—¿No le importa correrse un poco? Así cabríamos los tres.

Antes de que conteste ya se ha sentado el hombre junto a mí, colocando a la mujer al otro extremo. Automáticamente me levanto y miento la excusa inevitable.

—¡No faltaba más! Precisamente me iba ahora.

Ni siquiera me dan las gracias y mis oídos, mejor que mis ojos, perciben cómo tranquilamente, sin esperar siquiera a que yo me haya alejado, se funden en un íntimo beso en que labios y brazos se hacen la competencia.

Miro el reloj y veo que tengo aún tiempo de dar la vuelta y volver por el Puente Nuevo. El recuerdo que hasta ahora me ha acompañado me quita toda tentación de telefonear a Garrido, como por un momento pensé esta tarde en los exámenes. Por si alguna duda me cupiese, ese vulgar abrazo de los novios de la Arboleda me ha recordado, por contraste, lo dulce e incomparable de las caricias de Marta. No cabe duda de que es una mujer físicamente dotada. No me refiero solamente al atractivo de su cuerpo, a la hermosura de sus ojos y de su pelo, sino a su capacidad de comportarse con naturalidad y perfección en todo lo vital. Ella supo destruir todos los miedos con que cualquier marido consciente concurre a la noche de su boda conocedor del peligro que esos cortos minutos pueden tener para la vida futura.

Me pregunto ahora si el acierto de las frases con que Marta fue esmaltando toda aquella noche —con la deplorable excepción final — estaban preparadas. Pero en ese caso me tendría que confesar que durante los meses de mi noviazgo no me había dado cuenta de la capacidad de ficción de Marta y de la extraordinaria actriz que

hubiese podido hacer.

Aguardaba yo angustiosamente su primera reacción, cuando oí palabras perfectamente inesperadas.

—Quiero que tus primeros besos de marido me los des en los ojos. Y lo quiero así porque sé que mis ojos te gustan mucho.

—¿Los primeros besos? —dije sin darme cuenta que ella sabía lo que decía.

—Sí, Juan. Sólo ahora eres tú mi marido y yo tu mujer. El acta de matrimonio es un pasaporte. Pero se puede tener pasaporte y no viajar.

Besé sus ojos, que me recibieron con dos pequeñas lágrimas que bebí lleno de un confuso orgullo por haberlas producido.

—Y ahora, aunque me llames borracha, me gustaría que me dieses un poco de *champagne*.

Acabamos la botella, que repartí en proporciones iguales casi llenando nuestras copas. Bebimos, y ella entonces, robándome mi almohada que colocó detrás de su espalda, se sentó en la cama y me pidió que le hablase un poco de mi vida.

—Juan, hay miles de cosas de tu vida que nunca me has contado. Yo, de novia, no me atreví a preguntártelas porque además estaba segura de que no las hubiera entendido. De pronto ahora me encuentro llena de una enorme curiosidad y al propio tiempo con una ciencia que ha invadido toda mi sangre. Empieza a contarme algo. Yo sé que me has sido muy infiel. No te hagas pues el ingenuo.

—¿Serte infiel? ¿Se puede ser infiel a algo que aún no existe?

—Claro que sí. Cuando una cosa va a existir en el mundo del amor, debe ser presentida. No creas que yo te perdono el que no supieses que iba a meterme en tu vida.

Rió, pero había en su risa un fondo de tristeza como había en sus palabras una sincera afirmación.

—Vamos, vamos. Empieza a contar tus recuerdos. Y confiemos en que no me digas que tienes un par de hijos vivos por ahí…

Su sugestión me puso en camino. Yo creía honradamente que ella deseaba conocer a fondo mi pasado, con un poco de esa curiosidad de recién casada que, en poco tiempo, desea doctorarse en la complicada ciencia de la sensualidad. Y puesto que hablaba de hijos con toda naturalidad, le conté el gran susto mío meses antes de mis oposiciones, en aquella temporada que pasé en Roma

perfilando una serie de temas de Derecho Civil. Era en vísperas de Semana Santa y a mí me faltaba poco tiempo para irme a España. Tenía proyectado un viaje a Suiza, donde aprovecharía la última nieve olvidándome de las próximas oposiciones y de todos los códigos que en el mundo han sido. Dos días antes de ir, me telefoneó Pía. Necesitaba verme urgentemente. ¿Algo grave? Sí y no. Prefería no hablar por teléfono. Tuve el presentimiento de lo que se trataba y ella me lo confirmó en un bar inglés de la Piazza di Spagna. La cosa tenía poca gracia. Yo tenía una verdadera ternura por Pía pero no podía en modo alguno pensarse en un matrimonio, primero, porque yo no estaba enamorado y, segundo, porque de su difunto marido tenía ella dos hijos a los que la unión de su madre con un extranjero significaría automáticamente una serie de perjuicios, salvo que Pía se decidiese a abandonarlos. «¿Qué hago?» Me limité a decirle que yo no podía contestar más que por mí. Que comprendía que era absurdo obligarla a tener un hijo en una sociedad que la hubiese inmediatamente descalificado, y le propuse una solución concreta. Que ella hiciese un viaje largo, cosa nada anormal en su género de vida. Yo me comprometía a hacerme cargo del hijo. Pía me oyó hablar y me confesó con una sonrisa triste que, en medio de todo, había esperado mucho menos de mí. Hablaba sinceramente y comprendí que estaba sorprendida de que mi consejo no hubiese sido el tajante y decisivo que los hombres suelen dar en estos casos. Prometió pensarlo y quedamos citados a mi regreso quince días más tarde. Suiza no me otorgó ningún alivio y durante dos semanas la idea del hijo inesperado no me abandonó un momento. De vuelta en Roma, telefoneé en seguida y horas más tarde me encontraba de nuevo frente a ella. Estaba pálida y dijo que había estado enferma. «Sí, sí —rió—; muy enferma.» Y ante una interrogación que mis ojos plantearon, se limitó a hacer un gesto afirmativo que, por absurdo que parezca, me llenó de una profunda tristeza. Le pregunté qué día había sido. El seis de abril, oí que me contestaba. Y mi tristeza aumentó todavía más porque Pía no sabía que treinta y dos años antes, ese mismo día seis de abril, yo había venido al mundo.

Pero ¿qué era eso? Marta, entregada a un llanto histérico, no oía mis últimas palabras. Traté de acercarme a ella para consolarla y me rechazó ferozmente. Luchaba con la energía de sus veinte años y

de sus músculos ágiles y duros.

—¿Qué es eso, Marta, qué tienes?

—¡Déjame! ¡Vete! Te odio.

—Pero tú me pediste que te hablase de mi pasado. Hubiese sido ridículo que yo viniese a jactarme de aventuras pasadas.

—¿Cómo puedes quererme? —entre sollozos, que poco a poco iban suavizándose, Marta fue permitiendo que mis manos acariciasen sus hombros—. ¡Un hijo! De modo que si me descuido me vienes al matrimonio con un hijo. Y a lo mejor con un hijo con tu propio apellido, que hubiese dado el timo a cualquiera. Para eso serviréis vosotros los abogados…

Reí, mientras mis manos seguían insinuándose en medio de una resistencia que paulatinamente disminuía.

—¿Por qué me pediste que te hablase de mi vida de antes?

—Porque tenía, tengo, una enorme curiosidad. Pero nunca sospeché que el nombre de esa mujer, de esa Pía, pudiese hacerme tanto daño. ¿Cuántas de esas habrás tenido? No, no. Por favor, no contestes. No quiero saber nada más de tu pasado.

Hizo una pausa y luego, con un aire vengativo que nunca había visto en ella, me dijo recreándose en sus palabras:

—Sólo lamento no haber sabido esto antes de casarnos. No haberlo sabido uno o dos años antes.

—¿Por qué, Marta?

—Para poder yo también contarte alguna bella historia digna de las tuyas.

Mis besos cubrieron los insultos que de nuevo empezaban a brotar de su boca; la lucha fue cediendo en violencia; sus brazos hostiles, poco a poco se doblaron y, no mucho después, Marta parecía haberme perdonado.

V

Marta ha estado odiosa por teléfono. Desde luego no la telefoneo mañana. Este es el tipo de cosas que me dan más pesimismo pensando en el mañana.

Porque Marta parece adivinar mis estados de espíritu y está impertinente o agresiva o irónica precisamente en los momentos en que no tengo ninguna capacidad de defensa. Esta noche, después

del largo paseo de la Arboleda que me tenía sumido en una triste nostalgia del pasado, después de la paliza física que representa un día entero examinado con este calor tremendo, después de los nervios de esta mañana ante la perspectiva de examinar a Salcedo, después de todo esto, tenía la esperanza de que Marta hubiese —y ella con una sola palabra lo podía perfectamente— aplacado mi espíritu. Pero fue al contrario. Apenas adivinó el humor en que me encontraba, empezó a decirme que no dramatizase; que después de todo cuatro días de separación no eran un siglo, y, para colmo, me aseguró que lo había pasado divinamente bañándose todo el día en el Arroyo con los Méndez, un matrimonio vecino que tiene —sobre todo él— una verdadera debilidad por Marta. La frase final colmó el límite de mi paciencia. «Ha sido un día estupendo. No me divertía tanto desde cuando era soltera.» Marta no es tonta. Marta sabe lo que dice y ha querido herirme. No sé si he hecho bien o mal en contestarle como le contesté, pero ¿qué otra cosa se podía pretender de mí? «Es una lástima que hayas hecho la tontería de casarte», dije colgando el aparato.

Mamá no comentó nada, pero se limitó a mirarme. Mi padre hizo como que no me había oído, aunque el teléfono estaba a su lado. Les di un beso y me vine a la cama. Aquí estoy dando vueltas hace no sé cuántas horas sin poder conciliar el sueño. También es una idea el haberme venido a instalar aquí, precisamente en esta habitación, pudiendo haber elegido la que fue mía primero y luego del tío Miguel. Porque ésta cae justamente debajo de nuestro dormitorio y llevo no sé cuántos minutos pintando en el techo una especie de croquis en el que aparecen los muebles en su exacta posición. Es como ir preparando el escenario para que luego salgan los personajes. Pero ¿qué sentido tiene todo ello si el único que actúa esta noche soy yo? Ella estará ahora —no, quizá ya no porque han dado las dos—, o habrá estado hasta hace poco, gozando del fresco en la terraza de la casa de campo, mientras Carlos Méndez repite los invariables juegos de cartas —hay que confesar que con una gran perfección de profesional— o imita un número increíble de animales. Y respecto a la actitud de él con Marta no son fantasmas míos. He observado que Lucía en varias ocasiones le ha organizado más de una gresca por esa estúpida y bobalicona forma de admiración en que se coloca apenas tiene cerca a mi mujer.

Claro que sus motivos tendrá. Porque un hombre, por necio que sea, no pone esa cara, si no es porque ha recibido alguna palabra de simpatía o de esperanza.

Y lo que me produce mayor indignación es el pensar que a estas horas Marta estará durmiendo profundamente. A lo mejor mi frase hasta la ha hecho llorar. Sí, es muy probable; pero Martita le habrá hablado de mis nervios, del calor de la ciudad, de mis exámenes, y a los cinco minutos seguro que ni se acordaba de mis palabras. En cambio a mí por dentro me está royendo y royendo esta frase suya: «… desde cuando era soltera».

Y todo, ¿a cuenta de qué? ¿Qué le he podido hacer yo desde ayer? Porque lo único que podía haberla molestado —mis propósitos respecto a Salcedo— ella no los sabía. Y si lo intuyó por telepatía habría que echarse a temblar porque ello querría decir… ¡Al diablo todo! Al diablo Salcedo y Carlos Méndez y, si me apuran, hasta ella, su madre y toda su respetable familia.

Empiezo a decir artículos de memoria. Es una fórmula que no me falla generalmente. Pero hoy creo que me podría recitar el Código Civil entero sin obtener ningún resultado. Todavía cuando uno está cerca del otro estas maldades pueden perdonarse porque tan próximo como el arma está el bálsamo. Pero cuando faltan tres días para volver a encontrarse —bueno, en realidad son cuarenta y ocho horas— no es humano el dejarlo a uno con este amargor en la boca.

Claro que no puede sorprenderme si la misma primera noche de bodas tuve ya noción de su capacidad vengativa. Injustamente vengativa, además. Porque yo no pretendí nunca contarle mis historias ni mis aventuras. Fue ella quien me insistió y me hizo creer poco menos que conociéndolas tendría una mayor facilidad para comprenderme, para llegar a quererme totalmente. No tardé en saber lo que me iba a costar la historia de Pía. Si es que lo sé todavía. Cosa que empiezo a dudar en vista que cada día sube el precio de aquella insensata confidencia.

Le costó poco decidir cuál había de ser su venganza. Después de haber firmado con amor la paz de nuestra primera disputa conyugal, Marta parecía totalmente tranquila. Me confesó que sin grandes sacrificios sería capaz otra vez de comer algo, y envueltos en nuestras batas con aire más natural que horas antes, cuando ella

vestía su túnica blanca y yo mi chaqué, volvimos al comedor y comimos como si en cuarenta y ocho horas no hubiese entrado un solo bocado en nuestro cuerpo. El *champagne* estaba helado, y tras un discreto examen de la cara de Marta creí que todo estaba olvidado. Después de terminar de comer, demostrando que conocía mis gustos o mis rarezas, se levantó y puso en orden el comedor. Luego, cogiéndome de una mano mientras ocupaba la otra en transportar la botella de *champagne*, aún bien llena de líquido, me arrastró de nuevo hacia nuestro cuarto.

—¿No empiezas a arrepentirte de haberte casado con una niña histérica y llorona como yo?

—¿Qué dices, Marta? Supongo que eso es coquetería porque necesariamente tienes que darte cuenta hasta qué punto soy feliz.

—Eres demasiado bueno. En el fondo la escena que te he hecho no tenía realmente ninguna justificación.

Empezó a alarmarme aquel conformismo que era a mis ojos mucho más peligroso que su rebeldía anterior. Pero no tuve tiempo de hacer razonamientos porque ella seguía hablando.

—No pude contener las lágrimas, pero ahora me doy cuenta de lo injusta que fui. Al fin y al cabo eres un hombre hecho y derecho —la frase no me gustó nada— y no se te puede pedir que tengas un pasado intacto como el de una Hermana de la Caridad. ¿Con qué derecho podría exigir esto yo que siendo una niña tengo también cosas de qué arrepentirme?

Un estremecimiento me recorrió. Quise disimularlo, pero creo que mi mano entre las suyas denunció mi temblor.

—No pienses más en ello —estaba dispuesto a una retirada denigrante antes de enfrentar unos hechos que en aquel momento no me apetecían para nada.

—No, Juan. No pienso en lo tuyo, pienso en lo mío. Quizá en proporción lo mío haya sido peor.

No había nada que hacer. Marta estaba decidida, no sé si por honrada convicción —cada vez lo dudo más— o por necesidad de herirme, a darme detalles de sus amoríos con Salcedo.

—Marta, por favor, dejemos eso. Sé que fuiste novia de Salcedo. Es evidente que en ese noviazgo, que se prolongó durante varios meses, habrá habido una serie de efusiones… llamémoslas así, que son lógicas y razonables aunque su recuerdo sea poco grato

precisamente en este momento.

—Sí, Juan. Hubo caricias y hubo besos.

—Ya me lo habías dicho, Marta. Te ruego que cambies de conversación.

—Sí, pongamos punto final. Pero yo no quería dejar de decirte esto. Porque, además, te lo repito a ti como lo dije al confesor, sus caricias me turbaron siempre.

La hubiese estrangulado. Pero ¿no buscaba ella mi cólera? Observé que iba a seguir hablando, y de un modo brutal, bien distinto del empleado poco antes, tapé sus labios con mi boca y la traté con la violencia y rudeza que puede reservarse para un cariño que se paga después de meses de abstinencia. Ella, silenciosa, me siguió y me obedeció, pero en sus ojos, que poco a poco iban plegándose a mis caricias, no acabó nunca de apagarse un deje de triunfadora ironía que no era la última vez que iba a ver en su expresión.

Me levanto de la cama porque realmente no hay quien duerma con este calor. Me asomo a la calle familiar, donde en mis años de estudiante solía espiar parejas en ese baile de la esquina que ya debe haber cerrado. De pronto, mi sangre se revuelca. El teléfono ha sonado. Pobre Marta, yo insultándola en mi monólogo y ella que por fin se decide a llamarme en la madrugada para que no durmamos separados por la hostilidad.

A grandes zancadas recorro la distancia que me separa del teléfono y con ansiedad busco su voz.

—¿Casa del doctor Novales?

—Vaya usted a hacer…

Cuelgo el teléfono y, avergonzado de mi grosería, vuelvo despacio a proseguir mi insomnio.

MARTA

I

CUANDO al despertar veo que son las diez pasadas bendigo al cielo que no me dejó pegar los ojos hasta bien entrada la madrugada. Así el día será corto y sólo dos noches me separarán del momento de volver a estar junto a Juan resueltas ya todas las dudas.

Mamá esta vez me acompaña al Arroyo porque, si cabe, todavía hace más calor que ayer. La veo andando delante de mí, con una bolsa enorme llena de cosas innecesarias que siempre lleva al río o a la playa, y me admiro contemplando su figura. Nadie diría que esta mujer de cuerpo juvenil y leve pudiese ser madre de dos hijos y casi casi abuela. Bueno, abuela… De esto he decidido no volver a pensar en todo el día. Después de todo mañana por la noche, Dios mediante, volverá Mauricio de la ciudad con el análisis y se acabarán los fantasmas.

Mamá ha traído un libro probablemente para tranquilizarme en el caso de que como ayer necesite de la soledad. No sería difícil. Porque sigo de malhumor por mi estúpida actitud en el teléfono. Es ridículo que solamente tenga valor para decir a Juan cosas desagradables. Sobre todo cuando lo sé obsesionado por mí, convencido de que no le quiero, es inhábil y estúpido no saber decirle algo que es absolutamente cierto. En fin, veremos si esta noche tengo más atrevimiento y soy capaz de no mandarlo a la cama con el mal gusto de boca de anoche.

Nos sentamos un momento a tomar el sol y mamá va preguntándome mi opinión sobre distintos lugares que he visitado en el viaje. La verdad es que lo que mis palabras dicen no es siempre lo que yo pienso.

—¿Estuvisteis en el Louvre?

—Naturalmente, mamá.

—¿Qué te pareció la Mona Lisa?

—Pues, mira, me sorprendió muchísimo menos de lo que creía. Fue como tropezar con una vieja amiga. ¡La había visto tantas veces ya en Madrid y en reproducciones!

¿Cómo voy a decirte, mamá, que delante de la Mona Lisa, Juan empezó a besarme aprovechando la soledad, que no sé si se debía a la caída de la tarde o al calor de la jornada de julio? Nos sorprendió el guarda y Juan creyó arreglarlo todo dando unos billetes. Éste los tomó y le dijo que la Gioconda parecía tener cierta atracción sobre los enamorados. Yo pasé una vergüenza horrible. Pero es curioso que ahora, al recordarlo, sienta un placer especial.

—¿Subisteis a lo alto de la Torre Eiffel?

—Sí, comimos allí.

Comimos y Juan desde arriba me iba explicando todo París. Él lo conoce divinamente. Ha estado allí año y medio y me da la impresión que la *Rive gauche* le es demasiado familiar.

—Lo que fue un disparate fue instalaros en el *Ritz*. Debió costaros un sentido.

—Juan decía que íbamos a estar sólo dos semanas en París. No quería hacer economías. Además, decía que vivir quince días sobre la Place Vendôme valía cualquier sacrificio.

Mucho le gustaba a él esa plaza que ahora nos gusta a los dos. Recuerdo la noche en que casi nos venía estrecha y apenas podíamos dar con el hotel. Fue un disparate la cantidad de *champagne* que bebimos. Me recordaba la noche de bodas, en que yo bebí una cantidad sin notar la menor molestia. Ahora comprendo que la emoción era más fuerte que el alcohol. En cambio, en París, engañada con aquella primera experiencia, apenas podía caminar.

Mamá ha ido espaciando las preguntas y ahora, con el pretexto del calor, me deja, lanzándose al agua. Yo quedo sola, literalmente achicharrada por un sol implacable que, sin embargo, me ayuda a no pensar. No quiero darle más vueltas a la cabeza. Lo importante es que el tiempo pase para acercarme a él. Sí; aunque al llegar tenga que contarle lo estúpido y, sobre todo, lo inútil de mi engaño, si es que los análisis no dan resultado positivo.

Veo volver a mamá y entonces me levanto para ir yo hacia el agua. Está helada. El contraste con el sol la hace más fría aún. ¡Qué distinta de esa templada del Mediterráneo! Mis propósitos son vanos. Otra vez, arrastrada por una leve asociación de ideas, me

encuentro junto a Juan. Vuelvo a la época en que aparentaba estar harta de oír hablar de él. Mi parentesco con Irene, la mujer de Diego, me hacía vivir entre diarios comentarios sobre aquel muchacho fantasma, que aparecía dos o tres meses por la ciudad para luego volver a Madrid o al extranjero a proseguir sus estudios. La primera vez que le vi yo no tenía aún doce años. Fue en la boda de Irene y Diego. Llevaba la cola del traje de Irene. Me habían enroscado las trenzas junto a los oídos y, según decían todos, estaba de lo más mona. Al terminar la ceremonia, cuando en la sacristía se procedía a la firma del acta, pregunté quién era aquel muchacho delgado y alto con cara de malhumor que estaba junto al novio. La tía Plácida me dio un pellizco y me dijo que callase. Era el cuñado de Irene. El célebre Juan. Pero fue inútil la precaución porque hasta él habían llegado mis palabras. Con gran sorpresa —cada vez que lo pienso aún me tiemblan las piernas— se me acercó y con cara terrible, cogiéndome de la cintura y levantándome a su altura, me dijo: «Yo soy el hombre que va a darle un beso a la mujer más guapa de toda esta boda», y me besó una mejilla. Aquel beso y el sentirme llamada mujer por primera vez en la vida tenían fuerza suficiente para alimentar un recuerdo que se prolongó años enteros. Yo tardé en contárselo. Pero un día por fin me decidí.

—¿Yo a ti un beso? —me dijo—. Estás loca. Yo nunca te besé hasta el día de la playa.

Lo hubiese matado. O sea que ni se acordaba de mí. Menos mal que eso no lo supe hasta después de casados. Cuando al salir una mañana de un largo baño lo vi persiguiendo a Diego, dudé si sería él. ¡Es tan distinto un hombre vestido de chaqué en una ceremonia religiosa a otro desnudo con un simple pantalón de baño, que corre como un loco por la playa! En aquel momento Diego me llamó pidiendo auxilio. Vi que estaba de broma y me constituí en su defensora. Juan y yo nos quedamos mirándonos. Había envejecido, hube de confesarme. Tenía las sienes casi blancas, pero esto le daba un aire novelesco. Me molestó mucho que cuando Diego le preguntó qué opinaba de mí él se encogiese de hombros y dijese que no lo sabía. Entonces haciendo como si no lo hubiese visto en mi vida, intervine yo:

—¿Y él, quién es?

Diego dijo —como si me fuese desconocido— que aquél era su

hermano el Catedrático. Juan se dignó preguntar que quién era yo, pero observé que sus ojos eran más expresivos que las pocas palabras que pronunciaba. Durante quince días no nos separamos. Yo nada podía contra un sentimiento que reaparecía ahora con la misma fuerza que hace ocho años habían despertado sus labios sobre mi cara. Una noche mamá me preguntó si me había dicho algo concreto. Yo no entendí bien y entonces mamá me explicó que aquello no podía prolongarse indefinidamente. Le contesté que después de todo Juan iba a quedarse sólo dos o tres días más y le supliqué que no me amargase aquellos momentos deliciosos con los que a nadie podía ofender. Mamá sonrió y se limitó a preguntarme si estaba preparada a contestar en el caso de que él llegase a hacerme alguna proposición. ¿Proposición? Y casi me eché a temblar cuando mi madre me dijo que no era imposible que un buen día ese hombre me dijese que me quería. Medité y de pronto me di cuenta que en aquellos largos días de no separarnos Juan y yo habíamos hablado de mil cosas, infantiles unas, profundas las otras, pero que en realidad él nunca había hecho la menor alusión a nada que rozase con el amor. Lo más, lo más, alguna vez había jugueteado con mis manos con un aire tan inocente que me impedía poner fin a las ingenuas caricias.

Desde que hablé con mamá ya no tuve la misma tranquilidad frente a Juan. La gente —mi propia madre— estaban pendientes de saber si yo conseguiría enamorarlo. Era una especie de examen lo que antes había sido un maravilloso pasatiempo. Sentía los ojos de los demás clavados en mí, aunque no me mirasen. Las frases de Juan me llegaban envueltas en dobles sentidos y pasé dos o tres días desgraciados, privada de obtener un placer que antes me llegaba por el camino de la simple compañía de un hombre sobre cuyo futuro nunca se me había ocurrido hacer el menor cálculo.

Menos mal que dos días después de la conversación con mamá, una mañana en que, como de costumbre, llegaba a la playa en horas inexistentes para él —Juan es un trasnochador habitual y en cuanto puede se levanta a las mil—, con gran sorpresa mía lo vi ya en la playa. No quise modificar mis costumbres y salí corriendo a la orilla para mi largo baño en el que solía nadar hasta una roca alejada como unos quinientos metros. Él vino hacia mí y me alcanzó con facilidad. Comprendí que mi madre tenía razón y por un momento

pensé que me caería redonda. Juan iba a decirme que me quería. ¿Podría aguantar esta emoción? Pero sus palabras fueron otras.

—Marta —le oí decir con una concreción que me horrorizó—, ¿quieres casarte conmigo?

Aquello era distinto de lo que yo esperaba. Distinto y mucho menos bonito. No había dicho que me quería, me había preguntado si aceptaría casarme con él, y los nervios, impulsados por esta decepción, me hicieron romper en un llanto que le dejó desconcertado y vacilante. Trató de consolarme, pero, escapándome, me lancé al agua y nadé alejándome con rapidez. En la roca, serenados los nervios con el esfuerzo, comprendí lo estúpida que era. Esto era vieja influencia de versos y amores de estudiantes. ¿Se podía exigir más a un hombre hecho y derecho que me pedía ser su mujer? De lejos lo distinguía en el mismo sitio que le había dejado y adivinaba que allí estaría todo el tiempo que fuese necesario. Nadé hacia él y avergonzada, ya a su lado en la arena, le pregunté si lo que había oído era verdad, si realmente quería casarse conmigo. Él entonces me dijo una cosa bonita: me dijo que eso era lo único que él quería. «Pero ¿y tú?», insistió. Y aquí creo que mi contestación fue poco académica.

—Claro que sí, Juan —me apresuré a decirle sin rebozo.

Un pedazo de corteza cae junto a mi cabeza y corta el hilo de mis pensamientos. Una carcajada desde la orilla me sacude. Es Carlos Méndez, protegido esta vez por Lucía, que han venido a interrumpir nuestra soledad.

—Sal del agua —me grita imperativamente Carlos—. Mira qué *cocktail* te está esperando.

El calor es demasiado fuerte para rechazar la tentación. Y pocos segundos después bebo aquella mezcla helada que inmediatamente hace que la sangre corra más de prisa por mis venas. No sé cómo se las arregla Carlos, pero acaba convenciéndome de tomar otra copa. Mamá y Lucía, que acaban de recoger las cosas, van ya hacia casa. Méndez, con un aire malo en la cara, los ojos llenos de intención y de deseo, levanta su vaso y propone un brindis extraño.

—Por la mujer más importante del mundo.

Cometo la torpeza de hacer un gesto de protesta, y él, que lleva su plan bien trazado, me rectifica en seguida:

—Cuidado, Marta. No eres tú.

—Entonces —digo con cierto azoramiento—, puedes beber por ella.

—¿No te importa saber quién es?

—¿Cómo no va a importarme? ¿Quién es la mujer más importante del mundo?

—Beatriz Fonseca.

Mi vaso tiembla en mi mano, y para evitar que este hombre siniestro pueda comprender demasiado lo que dentro de mí pasa, vacío de un golpe el vaso antes de dirigirme rápidamente hacia casa.

II

Durante todo el almuerzo el nombre de esa mujer ha quemado mis oídos. He estado ausente de cuanto se ha dicho en la mesa y me figuro que para estas horas ya habrá habido comentarios respecto a mi salud. Siempre mejor que lo atribuyan a eso que no que piensen en preocupaciones de mi nuevo estado. No cabe duda que Carlos Méndez sabe tirar bien sus flechas. Ha tocado el único punto que yo me he propuesto no tratar nunca con Juan. ¿Con qué derecho podría yo preguntarle sobre algo que está tan lejos en el pasado? Por eso la maldad de este hombre que ha venido a remover en el pozo lo más amargo y menos bueno de mí. Beatriz es una mujer de la que nadie habla mal. Incluso cuando aceptó su matrimonio con Anglada —una de las grandes fortunas de la Provincia— todo fueron simpatías hacia quien se sabía que no tenía ninguna apetencia de dinero. Fue un asunto que apasionó a nuestra ciudad porque todo el mundo tenía cierta curiosidad por saber en qué acabarían las largas y extrañas relaciones entre Juan y Beatriz. Cierto que eran relaciones más bien estrambóticas. No hace aún seis años del matrimonio de Beatriz y yo por entonces aún no había cumplido los dieciséis. Pero me acuerdo muy bien de comentarios oídos algunas veces, y otros escuchados incluso detrás de las puertas de casa de Irene, donde eran harto frecuentes, habida cuenta del parentesco de Diego y Juan. Pero entre las mil conversaciones y comentarios oídos, una cosa no había de borrarse de mi cabeza. Hablaba una compañera de Irene, a su vez íntima amiga de Beatriz. Se comentaba cuál había sido la actuación de

Juan, que llevaba varios meses en el extranjero.

—Hasta las piedras saben —afirmó aquella muchacha con aire de quien sabe lo que dice— que Beatriz se casa con Anglada porque Juan lo permite. Ella le escribió diciéndole que si él pensaba volver un día, ella esperaría siempre. Cuando a los dos meses no tuvo contestación ninguna se comprometió, pero podéis estar seguras de que Beatriz, que fundamentalmente es una mujer honrada y por lo tanto nunca sería capaz de engañar al que sea su marido ni con el pensamiento, sólo ha querido de verdad a un hombre en la vida y ese hombre es Juan Alvarado.

Cien veces he tenido la esperanza de que Juan en sus momentos de abandono me hablase de este asunto. ¡Lo que daría por saber si yo significo para él más de lo que un día fue Beatriz! Me creo tan poca cosa al lado de esa mujer, para mi gusto la más hermosa de toda nuestra ciudad, que no puedo comprender cómo Juan la dejó a ella para venir a cargar conmigo, que soy un saco de malas cualidades. ¡A pesar de todo me gustaría tanto oírle decir que nunca la quiso a ella como a mí me quiere!

Una vez, precisamente la misma noche de bodas, le tiré de la lengua y creí que me iba a hablar de ella. Porque me atrevo a provocar ciertos temas, pero su nombre he jurado que nunca saldrá de mis labios. Y cuando le dije que me contase de cosas pasadas y él empezó a hablar, creí que iba a ser de ella. El muy bárbaro me contó en cambio esa inmoralidad del hijo de Pía que luego fue la causa fundamental de nuestra gran disputa el día en que supo que seguíamos sin esperar uno nosotros.

Por lo que al aspecto material se refiere estoy tranquila. Hace casi seis años que Beatriz y Juan no se han visto. Eso lo sé porque antes de que yo soñase en casarme con él todo el mundo espió con morbosa delectación la llegada de Juan para ver qué reacción iba a ser la suya al encontrarla. Un buen día, en la calle Ancha precisamente, cuando más gente había, se dieron de bruces Beatriz y Anglada con Juan. Éste se quitó el sombrero y fue hacia ellos. Mil ojos vieron la escena en la que los tres intérpretes, con toda naturalidad, se saludaban después del largo paréntesis para luego recibir el matrimonio con aparente gratitud los augurios que formulaba el recién llegado. Esta es la única vez en que Beatriz y Juan han vuelto a hablar desde que ella se casó.

Pero ¡qué me importa a mí que no se vean! ¿No cambiaría yo una aventura fugaz de Juan por el convencimiento de que soy la única que está en su corazón? ¿Si me dijesen que esta noche se iba de juerga Juan, sentiría yo más dolor que si me asegurasen que en su cartera había una vieja fotografía de Beatriz? Tengo que ser sincera y confesarme que preferiría cien veces verlo entregado a la aventura casual de piel para afuera que no atado a la servidumbre de un cariño que se interfiere con el mío.

Llevo dos horas sola en la habitación tratando de engañarme a mí y engañar a todos fingiendo una siesta que sé que nunca llegará a existir. Y de; pronto, impulsada por mis músculos tan rápidos como mis pensamientos, me encuentro de pie pronta para vestirme. Es cierto que nunca hablé con Juan de Beatriz. Pero ¿por qué no hacer que Carlos Méndez me hable de ella? ¿No sería yo capaz? Creo que sí. De todos modos voy a probarlo.

III

El sol me abrasa las espaldas estos tres kilómetros que recorro en bicicleta con una velocidad pareja a mi agitación. En la revuelta, antes de llegar a Los Pinos, que es la finca de Carlos, saco del bolsillo el clavo de que me he provisto en casa y consigo perforar la llanta de la bicicleta. Una vez que todo tiene el aire de un percance casual me acerco caminando hasta casa de Lucía y Carlos. En el frontón junto a la terraza está él, indiferente a la temperatura, jugando con uno de sus criados. Su cara, al verme, refleja la más increíble de las sorpresas.

—¿Qué es esto, Marta? ¿Qué milagro es éste?

—Los milagros que traen hacia ti no los hace Dios, los hace el diablo —contesto con un malhumor que no tiene nada de fingido—. Acabo de pinchar la bicicleta y, francamente, con este sol me creí incapaz de volver andando a Tres Fuentes. ¿Me puedes llevar tú?

Ya está junto a mí, sudoroso, seguro de sí mismo, de su fortaleza física, de sus éxitos, de su riqueza. Me mira con gula y entrevé no sé qué de falso en todas mis palabras. No quiere creer que no haya un poco de voluntad en este paso hacia él.

—Espera un segundo, me ducho y soy contigo dentro de cinco minutos. Pedro, dele un poco de té helado a la señora.

Bebo con ansia la refrescante bebida y no sé si me arrepiento del paso que he dado. No he acabado de beber el té cuando veo aparecer el coche de Carlos.

—No me atrevo a pedirte que nos acompañe Lucía.

—Lucía duerme como un ángel —ríe contento Carlos—. Además, estas precauciones serían ridiculas tratándose de viejos vecinos.

Arranca el automóvil, que toma en dirección opuesta a Tres Fuentes. Yo no digo nada, le dejo que durante unos kilómetros camine y solamente cuando estamos en la carretera principal finjo no entender qué propósitos encierra establecer tan extraño itinerario.

—Carlos, a lo mejor no me acordé de decirte que adonde iba es a Tres Fuentes.

—Y a Tres Fuentes vamos. Pero en lugar de por ese camino polvoriento de tres kilómetros yo te llevaré por la carretera general hasta situarte en tu casa por un camino mucho más agradable. Supongo que no te importará la gasolina que yo pueda gastar en estos veinte kilómetros de más.

Por toda contestación hago referencia al incidente de la mañana, importándome poco que pueda suponer qué es lo que me ha llevado a su casa.

—Te aseguro que dudé mucho antes de decidirme a entrar con la bicicleta pinchada. Después de lo de esta mañana me había prometido dirigirte la palabra lo menos posible.

—¿Lo de esta mañana? —no tiene un momento de duda ni pretende desconocer el sentido de mis palabras—. ¿La alusión mía a Beatriz Fonseca?

—De Anglada —subrayo yo.

—Naturalmente. Naturalmente, Beatriz Fonseca de Anglada. Y ya ves, para los escépticos una prueba de que quien espera lo tiene todo ganado. Porque hace seis años solamente toda la ciudad hubiese bautizado a Beatriz como Beatriz Fonseca de Alvarado.

Podría matar a este hombre. Pero en seguida me doy cuenta de que precisamente lo que yo quisiera es oír hablar de Beatriz. ¿Qué más puedo pretender? Conviene explotar el éxito, saber encauzar esta conversación que tan bien se ha situado, y tras una pausa, haciendo como que no me doy cuenta que Carlos, tan enamorado de la velocidad, lleva el coche a veinte por hora, hago un

comentario que estoy segura ha de producir buenos resultados.

—Nada más agradable para mí que también tú abundes en la opinión de que Juan es un hombre que ha tenido mucho éxito.

—¿Éxito en este caso? Por el resultado no se diría.

—¿Qué tiene que ver el resultado?

—Claro que tiene. ¿Tú crees que habría que felicitar a Romeo si Julieta en lugar de envenenarse se hubiese casado con cualquier conocido propietario de Verona?

—Cuando Beatriz decidió casarse —trato de conservar mi calma — era libre de hacerlo.

—¿Tú crees que Juan se alegró de que Beatriz se casase?

Esto es lo que yo quisiera saber. Eso es lo que vine a preguntar. ¿Se alegró Juan de que Beatriz se casase? O mejor, con más sinceridad aún, ¿pudo dormir la noche en que supo que ella se había casado?

—Yo creo que ni se alegró ni se dejó de alegrar. Se limitó a desearle la mayor suerte.

—Me alegro de que pienses así. Me alegro por ti y, si así es, lo siento por mí.

—¿Qué quieres decir?

—Marta, no tengas la obsesión de aclarar todas las cosas. ¡Es tan agradable hablar a medias palabras!

—¿Llamas tú medias palabras el decir a una mujer recién casada que estás esperando su infelicidad conyugal para ver si ella puede conseguirte algo? —le digo con una dureza que a mí misma me espanta.

—Tu planteamiento —sonríe él con cinismo— es excesivamente sincero. Si te parece, en lugar de decir que yo estoy esperando tu desgracia para aprovecharme de ella, podríamos decir que yo estoy siempre dispuesto a consolarte el día que lo pudieses necesitar.

Guardo silencio porque comprendo que sería ridículo abofetear a este hombre en un encuentro del que soy absolutamente culpable. Creo además que una reacción de violencia sería para él más deseable en cuanto llevaría aparejada con toda posibilidad una futura obligación de presentarle mis excusas.

—¿Por este nuevo itinerario que tú has inventado para ir a Tres Fuentes, falta mucho?

—¿No conoces el Molino? Estás olvidando demasiado los

escenarios de tu infancia.

Es verdad. Me ha llevado por detrás del Molino y apenas estamos a un kilómetro de la parte de atrás de Tres Fuentes. Quiere entrar, pero yo le pido que me deje junto al jardín. Prefiero caminar. Él me da la mano con una cara jovial de quien piensa que no ha perdido el tiempo. Yo trato de contestarle con naturalidad para que no pueda ver en mí la menor violencia.

—Hoy es un día bueno, Marta —me dice a modo de despedida.

—¿Por qué?

—Porque esta noche te veré por tercera vez. ¿Te parece poco?

Hago como que no le entiendo, y mientras me interno en el jardín por la vieja senda, tantas veces recorrida en mi niñez, oigo el coche que se aleja. Con pasos lentos, repasando las frases dichas y oídas, vuelvo pausadamente hacia la casa, donde nadie se dio cuenta de mi ausencia.

IV

De nuevo me encuentro en mi habitación y debo admitir que este paréntesis no ha servido nada para calmar mi inquietud. Por lo visto lo que en mí era pura intuición, es un secreto a voces para los demás. La golosa cara de Carlos hace unos minutos me demostraba lo mucho que él fía en que nuestro matrimonio no vaya adelante por causa precisamente del recuerdo de Beatriz. Como si mi conducta dependiese de la actitud de mi marido. Como si fuese buena o mala según obtuviese o no el amor de Juan.

Y ¿no habrá algo de eso? Siento un estremecimiento que me recorre mientras la pregunta torna a formularse. ¿No habrá algo de eso? ¿Te quedarías tú cruzada de brazos si supieses que Juan no tenía por ti más que el elemental apetito que tu cuerpo pudiera proporcionarle? Trato de eludir el tema y pienso que todos, incluso yo con mis años juveniles, han tenido aventuras sentimentales que no les han impedido luego ser perfectamente libres de un gran amor en el matrimonio.

¿No es ese mi caso con Luis Salcedo? No solamente frente a mí misma, sino que con frecuencia en conversaciones con Juan, he aludido a Luis como para tranquilizar su conciencia, para mostrarle que también yo fui capaz de una aventura sentimental, lo cual me

permite no obstante ser ahora suya en cuerpo y alma. No sé si él ha sabido interpretar esta alusión mía. Creo que piensa —quizá en alguna ocasión tiene razón— que yo planteo siempre estas alusiones con el ánimo de herirle, de encender en él los celos. ¡Si supiese la poca materia que para dar celos a nadie existe en este idilio infantil que durante dos cursos nos engañó a Luis y a mí! Bueno, supongo que a él también. Aunque al principio el hombre parecía convencido de su amor y tenía reacciones propias de esos intérpretes de novela romántica a los que con frecuencia aludía en sus versos. Porque me hacía versos. Unos versos de los cuales conservo algunos. Pensé quemarlos y de pronto algún día pensé que quizá en un momento determinado los necesitaría para jugar con Juan la farsa de la conservación de la poesía que yo había inspirado. Pero las escasas veces que yo he planteado el caso de Luis no me ha servido en absoluto para que Juan pudiese pensar que esto lo eximía de culpa en relación con su enamoramiento de Beatriz, sino que por el contrario provocó una cólera que confieso que a mí me hace perfectamente feliz. ¿Se puede no amarme y sufrir tanto ante el nombre de una persona, por el hecho de que fuese mi novio —novio o lo que fuese— cuando yo tenía apenas diecisiete años?

La primera vez confieso que pronuncié su nombre obligada por Juan. Fue en la tarde del mismo día en que me había pedido casarme con él. Instantáneamente conocida por mis familiares la noticia, y por más que ella no tuviera ningún carácter formal, ya por la tarde tuvimos una libertad de movimientos mucho mayor que en días anteriores en que nuestra soledad era una soledad vigilada bien de cerca por parientes y amigos. Esta tarde nadie protestó cuando subimos a La Colina completamente solos. Él hacía sus planes, hablaba con una seguridad en él característica y con esa concreción de quien está habituado a manejar artículos de Códigos.

—Nos casaremos pronto, Marta. Tengo una especie de arrepentimiento por haberte conocido tan tarde. Quisiera ganar el tiempo perdido.

—Sí, Juan. Haremos lo que tú quieras.

Él entonces me besó en los labios con una mezcla de sensualidad y ternura que revolvía mi carne al mismo tiempo que humedecía mis ojos. Luego, apoyada mi cabeza en su hombro, quedamos así

largos minutos. Yo no lo miraba, pero presentía que él tenía que hacer alguna pregunta.

Efectivamente, no tardó sino unos segundos en decirme con una voz llena de vergüenza:

—Marta, ¿te besaron muchas veces?

Yo entendí perfectamente la pregunta. «¿Quiénes te besaron?», quería él decir. Y le contesté la verdad.

—Juan, me besaron algunas veces, pero una sola persona.

Sentí un contraerse de sus músculos y comprendí perfectamente que, por monstruoso que pudiese parecer, él habría preferido que hubiesen sido varios los que se hubiesen repartido aquellos besos.

—Ya —dijo con mala gana.

—Fue un muchacho de esos que a nuestra edad llamamos novios. Luis Salcedo.

—No me hables de él. Ya tendremos tiempo de referirnos a nuestras vidas.

Volvió otra vez a mis labios, pero esta vez su beso era un beso cruel, agresivo, que había perdido aquella ternura primera para sólo ser un apetito de la carne malhumorada y vengativa.

Luego, después de nuestro matrimonio, aunque su cólera fue la misma cada vez que provoqué alguna alusión sobre Luis Salcedo —sobre todo la primera en la misma noche de bodas—, a mis ojos sus reacciones iban careciendo crecientemente de valor para aplacar mi inseguridad. Porque lo único que me apartaba de una convicción absoluta del cariño de Juan era la posibilidad de que enterrado en cenizas, pero intacto, como esas estatuas dormidas entre la lava del Vesubio, en Pompeya, estuviese el cariño de Beatriz. Yo no podía hablarle. Yo no podía mencionarla y de él nunca conseguí que lo hiciera. No por un sentido de dignidad o amor propio, sino porque mi instinto femenino me anunciaba que era peligroso el confesarle mi creencia en una posible rival. Solamente su nombre ha podido ser capaz hoy de obligarme a cometer la insensatez de salir a pleno sol en busca de un hombre peligroso como Carlos Méndez, para hacerle objeto de una confidencia. Porque Carlos sabe perfectamente que esa bicicleta, que él ahora quizá examine con la sonrisa en los labios, fue agujereada por mí en un burdo pretexto por tratar de conocer algún detalle. Yo, en cambio, nada saqué en limpio. Sólo comprobé que también él estima que Beatriz puede

tener en mi vida una importancia decisiva. Esto lo comprendo yo misma. Me bastó oírla nombrar para sentirme capaz de cualquier locura. Aún siento mi sangre encrespada. Aún adivino que esta noche, y al conjuro de la alusión de la mañana, bailaré un poco al son que quiera Carlos Méndez. Yo sé que Carlos es muy distinto de Luis Salcedo. Luis y yo, de una misma edad, intuíamos que nuestra aventura era pasajera y sólo rozaba la piel. Él me paseaba la calle, componía versos y se pasaba las tardes convenciéndome de que yo podía esperar perfectamente hasta los veintisiete o veintiocho años en que él tuviera una posición totalmente independiente. Total once más. Ni él ni yo, en el fondo, creímos nunca que esto ocurriría. Pero aquellos dos cursos en que nos vimos mientras los dos entrábamos con pie firme en la vida, cerramos los oídos a la realidad y nos dimos una felicidad tierna, novelesca y modesta. En cambio yo sé que ese hombre que dentro de un par de horas estará abajo junto a nosotros tiene las garras afiladas; sabe perfectamente por dónde atacar y no se conforma con palabras.

¿Por qué, entonces, he de estar arreglándome en el espejo como si fuese a una fiesta muy importante? ¿Por qué quiero esta noche estar bonita de verdad? Me contesto a mí misma que por venganza. Pero ¿vengarme de quién?

Me he corrido el *rouge* y con malhumor corto mis pensamientos porque, sea razonable o no, esta noche quiero hacerle pagar a Juan no sé qué culpas de no sé qué tiempos. Estoy tan enloquecida con este propósito, que a mí misma me digo que si no tratara de vengarme ello significaría que no le quería. Y antes de bajar para reunirme con mamá, mientras los demás van llegando, cumplo apasionadamente el rito de besar la fotografía de Juan, cuya cara apenas se distingue cubierta por el rojo de mis labios que le saludan con frecuencia.

V

Sin consultarme si yo quería guardar secreto sobre la visita de esta tarde, Carlos —creo que intencionadamente— lo primero que me dice apenas ha saludado a todos es que me ha traído la bicicleta.

—La tienes ahí afuera y arreglado el pinchazo. Mala suerte la tuya. Agarraste un clavo que te deshizo la cámara. Tuve que

cambiártela.

No solamente yo sino los demás han debido observar la ironía que encierran las palabras de Méndez. Mamá, que me tiene gran confianza, me echa un capote por si pudiera necesitarlo.

—Ya te dije que no salgas en bicicleta. Tal como están por aquí los caminos son ganas de quedarse en la carretera.

—No digas eso, mamá. En esta ocasión figúrate que me permitió que me trajese Carlos a casa. Eso sí que es peligroso —hago una pausa que le horroriza hasta al propio interesado, que no tiene fama de cobarde, y con una alusión a la lenta velocidad de la tarde sigo el comentario—. Nunca va a menos de cien.

—Pero, Marta, yo creía que te gustaba correr —comenta Carlos, rehecho de su temor.

—¿En qué te fundas?

—¡Figúrate! A los veinte años un marido ya de treinta y cinco. Eso se llama ir de prisa.

Mamá palidece asustada de este diálogo que ella estima desigual. Pero los cuatro meses del matrimonio me han cambiado mucho, y si tengo el valor de levantarle algunas veces la voz a Juan, ¿no he de hacerlo con este hombre presuntuoso que no me da ningún miedo?

—¿No será eso un poco de envidia, Carlos? Piensa que cuando él tenga cincuenta años, más o menos tu edad de ahora, yo tendré apenas treinta y cinco. ¿No te parece una buena combinación?

Méndez es un hombre que no hace mucho debió cumplir los cuarenta y al que además el deporte y la intemperie dan un aire de juventud. Por eso mis palabras le hieren doblemente, y en medio de un coro de carcajadas, más sinceras las de mamá que las de Lucía a quien, involuntariamente, he tenido que envolver en mi alusión, señala el golpe inmediatamente con una protesta ruidosa.

—Martita, ¿de verdad tengo yo cara de tener cincuenta años?

—¿Cincuenta años? ¡Qué disparate! Yo hace veintitantos que te conozco y siempre te he visto igual.

La carcajada ahora es general y Carlos Méndez emprende una discreta retirada con el pretexto de rellenar su vaso mirándome con ojos que quieren ser sonrientes pero en los que no acaba de olvidarse el malhumor. Y entonces viene lo inesperado. Dueña de mí misma, en pleno desconcierto suyo, como a un perro al que se ha

castigado primero y luego se le da una palmada afectuosa, me vuelvo a mamá con aire ingenuo.

—Supongo, mamá, que después del insulto habrá que pedirles a Lucía y a Carlos que se queden a comer.

Casi cae el vaso de sus manos, y por un instante en los ojos de Méndez, junto con el deseo de siempre, leo una nueva admiración por mí, admitiendo que calzo más puntos de los que él había pensado.

—Martita, después de esas palabras no vas a tener más remedio que invitarnos.

Mamá ríe y, no sé si es verdad o mentira, afirma con el aire más natural del mundo:

—¡Pero por Dios, Carlos! Cuando os dije que vinieseis a tomar unas copas se sobreentendía que era para quedaros a comer. Asómate al comedor y verás que hay seis cubiertos puestos.

Entran papá y Mauricio, que yo no sé qué hacen a estas horas por ahí. Supongo que habrán estado en la administración pendientes de los últimos embarques de trigo.

—No te olvides, Mauricio, que mañana tienes que tomar el primer tren —advierte mamá mirándome a mí.

—Sí, mamá, ya lo sabía. En el fondo me encanta tomar un día de vacaciones.

Papá trata de saber de qué secreto se trata y yo por un momento temo que Carlos pueda suponer la misteriosa relación que el viaje de Mauricio guarda con todo esto. Mamá, siempre oportuna, afirma que mi hermano va a buscar unos paquetes suyos que no quiere confiar al correo.

En la comida, Carlos, a mi lado, se deshace en amabilidades como para tratar de hacerme olvidar todas las frases hirientes de que me ha hecho objeto a lo largo del día. Yo le sonrío casi como ayer al del tren; porque lo necesito dentro de un rato. No me separo de él y también en la terraza, donde ya no hay ninguna razón protocolaria, consigo colocarme a su lado. Por si fuera poco y para acabar de hacerle perder el sentido pido a Mauricio que apague la luz, que no hace más que atraer mosquitos. Con la luna, casi llena, tenemos de sobra, aparte de que el reflejo de la habitación ilumina bastante la terraza.

Mamá me observa con curiosidad preguntándose a dónde quiero

ir a parar. Yo estoy a punto de hacerle un gesto tranquilizándola, cuando suena el teléfono. Mi primer impuso es correr hacia él antes de que llegue nadie y tener el valor de una sinceridad de que anoche tampoco fui capaz. Pero en el momento de ir a levantarme mi mirada se cruza con la de Carlos, llena de ironía. No sé cómo este hombre consigue transmitirme esas dos palabras que sus labios pronunciaron por la mañana: Beatriz Fonseca. Y entonces me quedo en el sillón y permito que sea Mauricio quien vaya a contestar, haciéndole esperar esos segundos de intervalo que van desde que mi hermano se entera que se trata de Juan hasta que yo, sin darme prisa, llego hasta el teléfono. Me da lástima porque tiene una voz horrible. Tanto que me veo obligada a preguntarle si se encuentra mal.

—¿Mal? ¿Sabes lo que es estar examinando el día entero con este calor y con la perspectiva además de seguir separado de ti dos días más?

¡Qué bueno es! ¡Cómo le quiero! ¿Por qué, entonces, en lugar de decirle que también yo estoy pendiente del sábado por la noche, en lugar de asegurarle que tanto como él a mí le echo yo a él de menos, empleo las palabras más absurdas del mundo?

—No dramatices, Juan. Al fin y al cabo cuatro días no son un siglo. Claro que mejor estarías aquí bañándote en el agua que esta mañana estaba deliciosa. Además vinieron los Méndez. En fin, que yo no puedo decir lo mismo que tú. El día ha sido estupendo. No creo que me divertía tanto desde que era soltera.

Me horrorizan mis palabras, pero su respuesta no me deja sumirme en mis razonamientos.

—Indudablemente aquello era algo más divertido, Marta. Es una lástima que hayas hecho la tontería de casarte.

—Pero, Juan, ¿lo dices en serio?

Ha colgado. Soy absurda, pero tengo que hacer esfuerzos para no reír a carcajadas. Reír de felicidad aunque comprenda lo peligroso de esas pruebas en las que sólo ofendiendo a Juan consigo reacciones que yo estimo prueban la seguridad de su cariño. No me queda demasiado tiempo para las reflexiones, porque —ignoro si mis palabras han podido ser oídas desde la terraza— Carlos ya me interroga con el acento irónico de siempre.

—¿Cómo sigue Juan? ¿Suspendiendo a muchos?

—Está harto de exámenes. No ve la hora de llegar aquí.

—Dos días pasan pronto —dice mamá, me figuro que burlándose de Carlos—. Después de todo el sábado por la noche estará junto a ti. Siempre que no os pongáis demasiado tiernos…

—Juan y yo no somos nada molestos. ¿Querrán creer que en ningún sitio nos tomaban por recién casados?

—Eso se llama aplomo —sonríe Carlos.

—Mejor es eso que no lo mío, que un día en que viajaba sin documentos me tomaron por amiga de Carlos, y por buenas componendas tuvimos que pasar la noche en cuartos separados —afirma Lucía, en el fondo satisfecha del error.

—Pero ¿en el viaje de novios? —pregunta mamá con unos ojos en los que aparece un teatral asombro.

—No, no. En el de novios, no.

Traen limonada helada y *whisky* para los hombres. Me da la impresión de que con un poco de anticipo. Pienso que mamá ha apresurado el ritmo para ver si consigue desembarazarse de Carlos y Lucía. Pero esta vez me parece que va a encontrarse con serias dificultades. Porque soy yo misma quien facilito la prolongación de su estancia en casa.

—Mauricio, ¿por qué no bajas los discos que traje? Hay algunos preciosos que estaban de moda en París y a Lucía y a Carlos les encantará oírlos. Además, mamá tampoco los conoce.

—Déjate de música ahora, Marta —dice mamá, que empieza a manifestar cierto recelo con mi conducta—. Carlos y Lucía estarán deseando acostarse.

—¿A la cama a estas horas? Ni siquiera en el campo. A las once menos veinte no se acostó nunca ningún Méndez. Me parece estupenda la idea de los discos.

Mauricio no tiene más remedio que ir arriba y volver con un maletín cargado de discos, de los que voy apartando —hasta ahí no llega mi impudor— todos aquellos que me recuerdan de algún, modo los tres meses y medio con Juan. Elimino aquel nuestro de *Florence* en París, que ya las últimas noches la orquesta tocaba apenas nos veía, y no toco tampoco el vals que bailamos en Deauville.

Escuchamos sentados los primeros discos y, en vista de que ni siquiera la audacia de Carlos se atreve a sugerir la idea, tomo yo la

iniciativa.

—Mauricio, a Lucía le encanta bailar y tú, por lo menos antes, tenías fama de ser un valseador estupendo.

Segundos después están bailando, y Carlos —porque el protocolo es el protocolo— invita a mamá, quien, sin dudarlo un momento, accede convencida de que cada vez que baile con Carlos impide que lo haga yo.

Pero la vez siguiente ya no hay defensa posible. Yo, cuando Carlos lo propone, me dirijo a mamá y con el más ingenuo de los acentos solicito su licencia.

—¿Crees tú que habrá algún inconveniente, mamá?

—¡Por Dios, Marta! —y añade sin convicción—: ¡Si Carlos es como de la familia!

No sé si es como de la familia, pero para mí bailar con él me resulta igual que si estuviera haciéndolo con Mauricio. Con la diferencia de que Mauricio baila más natural, menos complicadamente que Carlos y no la abraza a una como este bárbaro que no puede disimular, apenas me tiene entre sus brazos, cuál es el tipo de atracción que yo despierto en él.

—¿Por qué querías que me quedase a comer esta noche en tu casa? —pregunta con una voz violenta, cuando el disco está terminado.

—Para que oyeses estos discos —digo con un aire serio que a él le hace vacilar.

—¿Oírlos o bailarlos?

—Una cosa y otra.

Mi tono le sorprende, y cuando me deja comprendo que no ha hecho más que tomarse una tregua para meditar sobre qué bases debe plantear nuevamente la conversación de tipo directo.

Ahora es mamá la que sin ningún tipo de remilgos pide a Carlos el tango que Mauricio acaba de poner. Está visto que tengo una rival que va a robarme la mitad del tiempo disponible. No puedo menos de sonreírme pensando la cantidad de veces que he visto a mamá negarse a bailar para, ahora, en medio del asombro de todos, sobre todo de papá, que fuma su pipa en silencio, pasarse la noche entre los brazos de Carlos, que tiene que fingir una satisfacción que no me parece totalmente auténtica.

Se sucede así una serie de discos en los que, alternativamente,

mamá y yo hacemos los honores al invitado. He conseguido desconcertar a Carlos, el cual no debe ser excesivamente inteligente y no acaba de comprender cómo mi actitud de la mañana pueda ser compatible con ésta de ahora en que, claramente, le he retenido allí nada menos que para bailar en esta terraza oscura a la que no le falta ni el gran cuerno de la luna para hacer sentimental el ambiente. Papá, de pronto, se levanta y pide permiso para retirarse.

—Tengo que estar de pie al punto de la mañana y acaban de dar las once y media.

Mamá aprovecha la ocasión para sugerir a los invitados que el momento es bueno para dar por terminada la reunión.

—Mamá, por lo menos una vez más. Quisiera bailar con Carlos el tango que tú bailaste antes. Me encanta.

—Bueno, uno más, pero sin prórrogas.

Se pone el tango y Carlos comprende que los minutos que le quedan son pocos. Me lleva al extremo de la terraza y allí, fuera del alcance de las miradas de todos, trata de pegar su cara a la mía. Por un segundo lo consigue. Pero la sensación que me produce es casi dolorosa. Como si hubiese relación entre mi mejilla y lo más profundo de mí misma, me siento invadida por un gran malestar. Tengo que hacer un esfuerzo para mantenerme en pie.

—Por favor, Carlos, déjame. Me siento muy mal.

La idiosincrasia especial de Méndez le hace creer que ha bastado que su epidermis tocase la mía para producirme esta conmoción. Yo no tengo fuerzas siquiera para sacarle de su error, pero mi malestar continúa y siento que bajo mis pies la terraza se ha convertido en un barco agitado por furioso oleaje. Me separo de sus brazos y corro por la escalera hacia el jardín. Allí me apoyo en un árbol mientras que un sudor frío inunda mi frente. Segundos más tarde, está mamá junto a mí. Otra vez, como cuando niña, ella sujeta mi frente mientras que unas palmadas cariñosas golpean mi hombro.

—¿Tú crees que aún es necesario que vaya Mauricio mañana? —me dice sonriendo.

¿Seré estúpida? Sólo ahora comprendo. Lo primero que se me había ocurrido era que la piel de Carlos había provocado este asco invencible que me había enfermado. Ahora lo veo claro. Entiendo toda mi extraña conducta de la tarde. Una conducta contradictoria en que las pequeñas afrentas que trataba de hacer a Juan nacían de

nuestro gran amor que ya tiene raíces dentro de mí.

Apoyada en mamá subo hasta la terraza y allí veo marchar a Carlos y Lucía que parten confusos, prometiendo volver al día siguiente. Mamá me trae un té y yo me tiendo larga en una tumbona gozando de una felicidad plena. Todo es perfecto. Todo, no. Porque fui mala con Juan y ahora él será desgraciado. Pero, en seguida rectifico. También eso es perfecto; porque si él esta noche es desgraciado, lo es únicamente porque me quiere. Y además el sábado…

PARTE TERCERA

JUAN

I

LA sensación que tengo al despertarme —tras un breve y agitado sueño— es mi sorpresa por haber podido, después de todo, conseguir dormirme. La mañana es mucho más fresca que en días anteriores y quizá por ello me siento menos fatigado de lo que cabría esperar después de una noche en que, durante largas horas, dejé a mi cabeza caminar por los más disparatados y heterogéneos rumbos. Finjo un apetito que no tengo y un buen humor del que carezco para tranquilizar a mamá, a quien observo preocupada como consecuencia de mi actitud en el teléfono hace unas horas.

—Mañana, si Dios quiere, habremos terminado estos malditos exámenes.

—Más pena que tú —sonríe mamá, dulcemente— me dan los que te esperan. No puedo evitar recordar los malos ratos que he pasado esperando vuestros exámenes, sobre todo los de Diego, y no me acostumbro a haberme pasado al enemigo.

—¿El enemigo somos nosotros, no?

A pesar de que el viento norte, compañero inseparable de mi ciudad, le llena a uno de escalofríos, camino por la acera de la sombra bañándome en esta fresca temperatura, deliciosa después del martirio de los últimos días. El hombre es un animal bien extraño, pienso. Ha bastado un descenso en la columna termométrica para que yo sea un ser normal, para que todos mis afiebrados pensamientos se hayan calmado. Dentro de pocos minutos podría tener delante a Luis Salcedo, y ahora me río de toda la polvareda que he organizado estos días con una historia de fantasmas. Hay que descender a la realidad, me digo. Batirse con enemigos de carne y hueso, pensar concretamente que dentro de treinta y seis horas estaré camino de Tres Fuentes y… un estremecimiento me recorre. Es probablemente el frío de la mañana, pero estoy ya llegando a la Universidad y una vez en los claustros,

llenos aún del calor de la víspera, pronto siento mi cuerpo entrar en reacción.

El día se presenta bastante normal. Un materialista me diría que mi vesícula biliar funcionó mejor hoy y que esta es la razón para que mi humor sea superior al de los días anteriores. Claro que yo me río de todos estos argumentos, porque mi vesícula nada tiene que ver con que Ibáñez hoy haya sido puntual, cosa que me produce una satisfacción pueril como si ello fuese auspicioso presagio de una grata jornada.

Otra vez recorremos en procesión los claustros, que se silencian a nuestro paso. El público es menos numeroso, pues apenas a nuestro tribunal le queda la segunda vuelta de Civil y la gente de Procedimientos, que no es mucha. Llevo en mi mano el sobre que tanto malestar me produjo la víspera y que hoy significa leve carga para mis redobladas energías. Esté o no esté, ¿qué importa? Le examinaré como si en lugar de llamarse Salcedo se llamase Soler. Creo que incluso tendré benevolencia con él. En definitiva es la forma más elegante de herirle. Sí. Le examinaré desde lo más alto de mi olímpica indiferencia.

—Don Luis Salcedo.

Esta vez el bedel no tiene que repetir su nombre. Un muchacho, moreno, de nariz afilada y un tanto curva proyectada en busca del mentón, con un perfil que claramente demuestra su ascendencia vasca, fuerte pero enjuto, con ojos audaces que resaltan entre tímidos ademanes, hace una reverencia ante el Tribunal y se sienta en el pupitre de costumbre.

Con voz clara —cada vez me siento más satisfecho de mí— empiezo un interrogatorio en el que trato de recalcar la proyectada elegante indiferencia.

—Señor Salcedo, hable, por ejemplo, del concepto del Derecho Civil en el mundo jurídico.

Carraspea un poco, se concentra por breves segundos, y con tono firme empieza un tema del que se ve conoce perfectamente su arquitectura y sus detalles. Sonrío para adentro con el conocimiento que da la experiencia. Bastaría empujarlo un poco para que ese equilibrio se deshiciese. Pero me he prometido ser olímpicamente indiferente. Dejémosle…

—Frente al *Tus gentium*, que en palabras de Gayo es *quod*

naturalis ratio ínter omnes homines constituit, o, mejor aún, dentro de ese derecho de gentes surge el *Ius civile* que el mismo autor definía como el que *quisque populas sibi ipse constituit*. Tenemos ya, pues, de acuerdo con estos conceptos, base suficiente para iniciar la localización o situación del derecho civil dentro de la esfera del derecho. En primer lugar dentro de los círculos en que tradicionalmente se separa el derecho, el público y el privado, el derecho civil encaja perfectamente en el segundo.

—Parece usted admitir como dogmática la división del derecho en público y privado —no puedo contener mis palabras.

—Sí, en efecto. La teoría que divide el derecho en público y privado parece bastante generalizada.

—No en los momentos actuales. A este propósito le invito a que lea usted los argumentos con que el profesor Cicu ha demostrado la existencia de un tercer círculo, el correspondiente al derecho de familia, perfectamente distinto del público y del privado. Su argumentación —¿es esto un examen o una conferencia?— es sencilla e ingeniosa. Un derecho se caracteriza por intereses y voluntades. Pues bien, observe usted que en el derecho público los intereses son contrapuestos y las voluntades subordinadas, mientras que en el derecho privado tanto intereses como voluntades son contrapuestas. En cambio, en el derecho de familia ante el *patria potestas* se subordinan tanto los intereses como las voluntades.

Salcedo se ha cruzado de brazos y me contempla con una sonrisa irónica que corta cualquier intento de proseguir mi explicación.

—Lamento mucho no haberme encontrado entre los que asistieron a sus clases porque hubiese podido aprender esa sugestiva teoría. Debo confesar, sin embargo, que entre los libros por mí consultados para preparar este examen la división del derecho en público y privado aparecía como totalmente dogmática.

—No se preocupe. Esta diferencia de criterios no hace peligrar sus pretensiones a nota que me han sido oficialmente comunicadas —digo derramando una mala intención que yo pocos minutos antes creía totalmente desterrada de mí en relación con este estudiante—. Pero vamos a otra cosa. Diga usted lo que sepa sobre el concepto de la obligación.

El grupo de espectadores y el mismo Tribunal aprecia que existe una tensión extraña que no suele producirse en exámenes, ya que el

estudiante tiende a una sumisión que Salcedo no parece aquí demostrar. Con clasicismo inicia el concepto de la obligación exactamente como yo lo hubiera hecho años antes, y quizá, por respeto a Roma, debería seguir haciendo en el día de hoy. *Obligatio est juris vinculum*… le dejo hablar. Podría decirle que en este momento está pasando la página del texto Tal y que ahora ha hecho referencia a la nota de este otro libro, cosa rara, por otra parte, ya que el segundo de ellos no suele tener éxito entre los estudiantes universitarios y más bien es monopolio de quienes preparan oposiciones, a cuyo programa se adapta el texto en cuestión. Pero, me digo, hay que reconocer que no es normal que un estudiante de Universidad estudie por más de un libro. Lo corriente es que se lean unos apuntes llenos de errores y de lugares comunes.

—Servidumbre de paso.

Con la misma minuciosa precisión Salcedo inicia un ligero recorrido de los antecedentes históricos —observo que tiene gran afición por el derecho romano— para centrar luego el problema dentro de nuestro código. Veo que conoce el tema y no quiero que su triunfo, que ya se va perfilando en el ambiente del aula, sea excesivo.

—Bien. Se ve que conoce esto. Hable un poco del Testamento.

Observo una rara reacción entre los estudiantes que asisten, pero no me detengo a examinarla. Mis oídos están pendientes de las palabras de Salcedo, que aquí parece no mantener el ritmo firme que hasta ahora venía exhibiendo.

—Ulpiano decía que *testamentum est voluntaos nostra insta sententia de eo quod quis post mortem suam fieri velit*…

Lo de siempre. Excelente preparación en derecho romano, pero luego menos seguridad en los artículos del código moderno que, por lo visto, el soñador estima menos poéticos.

—Siga.

—No sé mucho más en relación con este tema. Pero debe haber un error —un coro de sonrisas empieza a encenderse en todo el aula —, porque yo no me examino más que de Civil primero y este es un tema de Civil segundo.

Debo mirar enérgicamente al público para evitar que las mudas sonrisas se hagan sonoras carcajadas. Me dirijo a Salcedo y con un tono seco e imperioso le invito a sacar la lección de suerte.

—Saque tres bolas y elija una.

Se levanta y, al acercarse a mi mesa, compruebo que es altísimo. Sin saber por qué me lo imagino esquiando en una colina nevada que me recuerda los pliegues del traje de raso que vistió Marta en nuestra boda.

—El usufructo es *ius utendi, fruendi salva rerum sustantia*.

Juraría que en sus labios otra vez se dibuja una sonrisa como si aquel usar y disfrutar la cosa me lo tirase a la cara a mí que estoy usufructuando el goce de una mujer cuya propiedad no acaba de ser mía.

—Está bien. Puede retirarse.

Con toda compostura recoge de la mesa de al lado sus apuntes y programas y, tras renovar el ceremonioso saludo de antes, sale en medio de un grupo de admiradores que no esperan a llegar al claustro para colmarle de felicitaciones.

Nosotros nos hundimos en la monotonía de nueve exámenes más. Pienso con alivio que ya solamente la tarde de hoy y la mañana de mañana me alejan de un descanso que nunca deseé tanto.

—Según oyeron ustedes, Salcedo presentó una instancia solicitando que, en virtud de enfermedad probada por certificado médico que incluye, se le pueda conceder nota en estos exámenes de septiembre.

—Sí, el muchacho estuvo enfermo de veras —confirma don Anselmo.

—¿Usted lo conoce?

—El padre fue compañero mío. Ahora es Presidente de Audiencia Provincial allá por el Norte. Se le parece mucho el hijo. Me lo recordaba constantemente durante el examen. ¡Qué serenidad cuando usted se equivocó y le preguntó el Testamento!

—Yo creí que lo hacía para desconcertarlo —ríe Ibáñez, que estoy seguro ha gozado mucho con mi planchazo—. Ahora que es difícil que Salcedo se desconcierte. A mí en Canónico me hizo un examen de los que no se olvidan.

Veo que el ambiente está muy trabajado a su favor y exhibo una generosidad que en este momento ya no siento como hace unas horas.

—El muchacho se ve que es inteligente y que tiene un serio

conocimiento del derecho romano. Es una deformación preferible a otras muchas, pero deformación al final. Hay muchos alumnos que creen que la definición en latín marea al profesor. Esto es perfecto cuando esa definición va seguida con un estudio serio de los códigos contemporáneos y concretamente del nuestro. En ese aspecto el examen de Salcedo ya no es tan brillante. Pero, en fin, no vamos a discutir, y desde luego cualquier calificación que ustedes sugieran cuenta con mi voto por anticipado, ya que veo que por distintas razones están ustedes muy de su lado.

—¿Cualquier calificación? —balbucea, sorprendido, don Anselmo—. Pero no creo que la cosa se plantee siquiera. Este muchacho es un caso típico de sobresaliente y matrícula.

—¿Nada menos que matrícula? —consigo sonreír con un aire de naturalidad—. ¡Cómo abaratamos las cosas, don Anselmo! De todos modos, yo no me vuelvo atrás. Ya dije que mi voto estaba con el de ustedes. ¿Qué opina Ibáñez?

—No soy un civilista, pero, francamente, estoy con don Anselmo. Creo que el muchacho ha producido sensación no solamente entre nosotros sino entre el público…

—Que era un público de comentaristas y glosadores… —intervengo con el mismo aparente buen humor—. Pero, en fin, que no se diga. A propuesta de ustedes yo acepto conceder esa matrícula. Y respecto a los demás, creo que la discusión será también breve, ¿verdad?

Me miran confusos sin entender a dónde puedo ir a parar.

—¿Qué quiere usted decir, Alvarado?

—Hombre, está clarísimo. La benevolencia, para ser admisible, debe ser colectiva, de modo que hoy, si les parece, no hay suspensos.

Don Anselmo me mira con dureza porque adivina algo oscuro y malo en esta propuesta increíble, ya que al menos tres de los presentados no hubiesen merecido nunca mi clemencia.

—Querido Alvarado, usted sabe que no soy yo de los que riñen una batalla para que se firme un suspenso…

No le contesto y con aire atareado preparo el acta que segundos más tarde firmamos los tres. Luego, despidiéndome hasta la tarde, en que comenzarán los exámenes de Procedimientos y Práctica forense, voy rápido hacia el Casino. Me gustaría no perder a

Garrido. Tengo necesidad de hablar con él. En la puerta de la Universidad, esperando la papeleta, fuma un cigarrillo Luis Salcedo. No puedo evitar la tentación y me acerco a él.

—Mi enhorabuena, Salcedo. Quiero adelantarle que le hemos dado a usted Matrícula de honor.

Mi afirmación le desconcierta. Pero lee en mis ojos que la cosa no para ahí y provoca mis palabras.

—Supongo que tendría que darle las gracias.

—Sí y no. Más bien a don Anselmo y a Ibáñez, que son grandes admiradores de usted e incapaces de matar una mosca. Figúrese usted que hoy no suspendimos a nadie.

Sin esperar su respuesta sigo rápido. La sangre me hierve en las venas al notar, otra vez después de muchos años, ese acre gusto que sube a la boca empujado por nuestra maldad.

II

Mi cara debe ser nuncio expresivo de mi malsana alegría interior porque cuando entro, Ruiz se precipita a comentar:

—Se admiten apuestas, señores. Doy veinte a diez a que el porcentaje de suspensos ha sido hoy por encima del sesenta por ciento.

—Las apariencias engañan, Ruiz. Creo que por primera vez en mi vida no he firmado un suspenso en una mañana de exámenes.

Garrido me mira detenidamente antes de formular su consejo.

—Estos calores anormales suelen producir desarreglos nerviosos. ¿No te convendría ir a un médico?

Me uno a la carcajada general. Si alguien me hubiera dicho que yo podría ser feliz aprobando injustamente, le hubiese tratado mal. Y, sin embargo, mi complacencia es creciente por esta arbitrariedad mía con la que he querido amargar y empequeñecer el justo triunfo de Luis Salcedo.

Cuando salimos, Garrido, ya a solas conmigo, deja el tono de broma y, buen conocedor de mi psicología, quiere saber lo que me pasa.

—¿De veras aprobaste a todos?

—Te lo juro.

—Pero ¿tan grande es tu influencia con la clase estudiantil como

para que haya progresado tan rápidamente la preparación de los estudiantes?

—Cuatro de los aprobados —le confieso con leal sinceridad— no se expresan por medios normales. Se limitan a rebuznar.

Manolo no pregunta más. Intuye algo sucio que probablemente yo me negaría a revelar como causa de esta determinación arbitraria. O quizá prefiera no conocer lo que sabe no es precisamente un timbre de gloria para mí.

—Ayer creí que me telefonearías —cambia de tema.

—Estuve a punto de hacerlo, pero mi humor era demasiado negro. Te hubiese amargado la noche. A lo mejor hoy es distinto.

—¿Ganas de juerga?

—¡Quién sabe!

—¿Como para aterrizar fuera de campo?

—Veremos, Manolo, veremos. Tiempo al tiempo.

Y dándole una palmada en el hombro le dejo camino de su casa y corto por entre calles, porque la hora se ha echado encima y mis padres hace rato que me deben estar esperando.

III

Esta mañana creo que he pagado una deuda. La deuda de los versos que embaucaron a Marta en su juventud arrancándole unas caricias que a mí me pertenecían. Pero me pregunto si no queda aún algo por liquidar. Salcedo recibió la parte que le correspondía; pero ¿y Marta? Mientras a paso rápido me acerco a casa planteo un plan en el que dejo a mi mujer la puerta abierta para ganar mi perdón. Si ella ha telefoneado durante la mañana con cualquier excusa y ha hablado con mamá, quiere decir que se arrepiente de su innecesaria brutalidad de anoche. En esa hipótesis todo queda olvidado. Pero si ella espera que sea yo quien sumisamente trate de mejorar la situación, está fresca. Si no hay noticias suyas esta noche no la telefonearé. No la telefonearé porque a la hora de costumbre estaré con Manolo Garrido dispuesto a levantar vuelo y a aterrizar en cualquier aeródromo de fortuna buscando una diversión más intensa de la que ayer me refería Marta por teléfono.

No quiero preguntar y dejo que la conversación a lo largo del almuerzo se deslice por los derroteros consabidos. La actividad

profesional de mi padre, las noticias de Diego y la política nacional que de día en día anda revolviéndose.

Cada pausa que se establece confío en que mamá me diga, tras darse una palmada de reproche en la frente: «Por Dios, Juan, se me olvidaba decirte que llamó Marta esta mañana. Pedía que la llevases sus botas de montar. Quiere, los días que paséis juntos, hacer unas cuantas excursiones contigo.» Pero indefectiblemente las pausas son reanudadas por la voz de mi padre, que muestra su asombro por la actitud de cierto colega encargándose de algún pleito perdido o por la campanada política de determinada personalidad local que se adapta demasiado rápidamente al nuevo estado político de cosas.

Antes de salir con mi padre para el Casino no puedo evitar formular penosamente la pregunta de cuya contestación depende mi conducta en las próximas horas.

—Mamá, ¿no hubo nada especial para mí?

—No, Juan, nada especial.

—Entonces, hasta mañana.

—¿Hasta mañana?

—Sí, esta noche como con Manolo Garrido.

Y antes de salir del Casino para la Universidad concreto con Manolo la cita, que él acepta con una mirada de curiosidad que busca la razón de lo extraño de mi conducta toda esta jornada.

—Entonces, a las nueve aquí. Pero acuérdate de una cosa. Que yo no quiero que Marta me coja manía.

—¿Y por qué tendría que saber nada ella? ¿Qué tiene que ver Marta con todo esto?

Tomo un taxi para la Universidad y en el oído me resuenan las palabras que acabo de pronunciar mezcladas con la mirada irónica de Garrido. ¿Qué tiene que ver Marta con todo esto? ¿O es que se va a pretender que yo esta noche viva otro silencioso insomnio, rodeado de recuerdos punzantes y herido por actitudes injustas? Al fin y al cabo el matrimonio no es, o yo no estoy dispuesto a que sea, una prisión. Y una cana al aire es algo que puede ser muy provechoso para todos. No solamente para mí sino también para… Pero ¿no quedamos en que ella no tenía nada que ver con esto?

IV

Don Anselmo me recuerda al cura de doce de la iglesia de la Trinidad, que dice la Misa en trece minutos. En dos horas ha examinado a catorce estudiantes. Ocho minutos y medio de promedio bruto que, por lo visto, permiten a mi viejo colega y antiguo maestro darse cuenta del conocimiento de los estudiantes. Hemos hablado de esto muchas veces, pero no me convence nunca.

—Mire usted, Alvarado: el Catedrático, como el Médico, necesita algo fundamental, que es el ojo clínico. Son cuarenta años de exámenes y eso pesa mucho. Si me dejase llevar de mi propia inclinación aún sería más rápido. Y, sin embargo, al terminar le podría decir a usted la clase social del examinado, las horas de trabajo empleadas en el estudio de esta materia, el texto o apuntes que ha empleado. Muchas veces hasta detalles sentimentales.

—¡Vamos, don Anselmo, que es usted el Conan Doyle de los Catedráticos!

—No sé. Pero para demostrarle que mis exámenes son bastante honrados podría decirle que a usted le di matrícula en Procedimientos y que se la tuve que quitar en Práctica por el error que cometió usted en la redacción de un testamento autorizando testigos que legalmente no podían serlo.

Me deja pasmada la cabeza aquel viejo profesor que habla de un examen que se debió celebrar —¡cómo vuela el tiempo!— va para trece años. Recuerdo perfectamente aquella tarde porque después del examen me esperaba Beatriz, que fue la primera persona a quien yo comuniqué que era abogado.

—No me negará usted —dice poniendo fin a la defensa de su sistema— que a pesar del poco tiempo dedico atención a cada caso.

Me encuentro libre a media tarde y tengo mucho tiempo antes de la hora de la cita con Garrido. No quiero ir a casa porque me expondría a que en el intervalo Marta hubiese llamado y ello seguramente doblegaría mi ahora firme voluntad. La decisión que he tomado, como en viejos días de adolescencia, me ha devuelto la calma. No cabe duda que la venganza es un placer de dioses. Solamente ha venido a desequilibrarme esta estúpida alusión de don Anselmo que me trajo a la cabeza el recuerdo de Beatriz. Aunque sería ridículo que yo fuese a compadecerla cuando aquí el único digno de lástima soy yo. ¿No está ella casada y llena de hijos? ¿No se la llevó el hombre más rico de la ciudad, que consiguió

vencer sus remilgos cuando yo hice mi segundo viaje a Alemania? Podría repetir de memoria la carta que recibí en Berlín dándome cuenta de la presión que todos en su familia ejercían para que aceptase aquel excelente partido, «… dime que volverás, dime que volverás algún día, y con ello me basta. No necesito fechas. Me basta con saber que volverás.» ¡Qué graciosas son las mujeres! Abandonar la preparación de mis oposiciones, la ampliación de mi tesis doctoral sobre los contratos mixtos… y ¿qué más? ¿No sabía ella que había de volver? En el fondo lo que pasaba es que lo nuestro había sido la clásica aventura literaria que todo joven vive alguna vez. ¿Todo joven? ¿Por qué entonces mi irritación con el noviazgo de Salcedo y Marta? ¿No pasaré yo a los ojos del estudiante como el banquero a los míos? ¿Como un simple buen partido que compra las voluntades de los parientes ya que es incapaz de vencer directamente a la interesada?

Decididamente, don Anselmo podía haberse guardado su recuerdo de mi examen de Práctica que trajo detrás el de Beatriz y está a punto de romper esta calma de delincuente antes del delito que consigo siempre apenas formado el propósito de un acto censurable. Mis pies pretenden llevarme a la Arboleda, pero me freno y, casi en voz alta, haciendo que dos mujeres que pasan a mi lado se me queden mirando, me digo que no iré. No. Nada de cultos a la soledad y a la nostalgia. Hoy es día de revanchas, de buen humor y de terminar la obra empezada por la mañana.

Cambiando bruscamente de dirección tomo un taxi y me dirijo al Casino. Con gran sorpresa de todos entro en la sala de juego. Creo que es la segunda vez en mi vida que he pisado este salón al que mi padre, al hacerme socio, me rogó que no entrase. «Un abogado que se respeta —me dijo— no debe ser jugador; quien defiende los intereses de los demás debe tener fama y conducta intachables.» Todo esto está muy bien, pero esta tarde yo no acudo a la cita de los fantasmas. Basta ya de Beatrices o Salcedos y basta ya de Marta, cuyo único poder sobre mí —su piel— pierde valor cuando se aleja. Y con un tono casi agresivo, polémico, me dirijo al viejo Simón y le pido una ginebra doble. Luego me siento en la mesa de *bacarrat* y juego unos billetes a banca. «Si gano, Marta no me ha querido nunca» —mi vieja infantil manía por las apuestas sobre cosas respetables vuelve a revivir. El punto descubre nueve.

Un suspiro de satisfacción me ensancha el pecho y considero como un regalo el perder ese dinero. Pero me he apresurado un poco, porque la banca tiene nueve también y gana el pase siguiente. La ginebra no consigue humedecer mi lengua apergaminada y mis apuestas entonces se alejan cada vez más del límite de la sensatez. «Si gano este pase, Marta quiere a Salcedo.» Medito un momento. La banca lleva seis pases; juego banca. Siete el punto, ocho la banca. «Si gano este pase, Marta ha pensado en Salcedo después de nuestro matrimonio.» Juego punto ahora. El punto tiene uno, la banca cinco. Menos mal. La carta que sirven es un ocho y la banca pierde. Empiezo a sudar. Mis manos tiemblan y los vecinos de al lado piensan que es la avaricia por este montón de billetes que duplico incesantemente lo que me hace perder el control de mí mismo. «Si gano este pase, quiere decir que Marta, en nuestra intimidad, piensa en él.» Coloco todo aquel dinero, que deseo perder, junto a la casilla de la banca y la banca abate y gana el pase.

—Simón, una ginebra doble, por favor.

No quiero que aquello siga y prometo que éste será el último pase. Ya me conformo con algo tan modesto como es su fidelidad corporal. «Si pierdo este pase, quiere decir que ella nunca me engañará.» Juego a punto, y un nueve de corazones rojo, como la vergüenza que siento de poder estar jugando con cosas tan sagradas, me anuncia que he duplicado mi dinero y que he perdido mi tranquilidad.

Me levanto camino del bar donde me cité con Garrido. En la puerta me detiene un hombre de cara vagamente conocida que me estrecha con cordialidad la mano.

—Me alegro de su suerte. Estaba rezando porque ganase. No sabe la alegría que nos dio esta mañana.

—¿Yo?

—Sí; aprobó a mi hijo, y mi mujer hace tiempo que no era tan feliz.

—¿Su hijo? —y doy a entender que no recuerdo el apellido.

—Sí, Fernando Mainar.

—Claro, claro; me alegro yo también.

Fernando Mainar fue uno de los cuatro jumentos que aprobé por despecho a Salcedo. Y el padre ha rezado para que yo ganase

apuestas en las que me jugaba la carne y el cariño de Marta. ¿Conque Fernando Mainar, eh? No lo olvidaré, querido amigo, y te juro que en Civil segundo me va a pagar esas estúpidas oraciones tuyas.

V

La tercera ginebra me reanima y espanta los fantasmas. No sé si con la ayuda de la vieja frase que, en la mesa de al lado, un viudo veraniego le dirige a otro gozándose de su libertad.

—¡Madrid en verano, sin familia y con dinero, Badén Badén!

La sentencia famosa encuentra un fácil eco de aquiescencia dentro de mí. ¿No fue el hambre de soledad, la angustia de la permanente compañía, la ausencia del monólogo creador, lo que en estas primeras semanas de matrimonio me hizo echar de menos la perdida libertad? Siempre una persona al lado. Por la mañana, por la noche, al acostarse, al levantarse. Una persona a la que hay que explicar cada silencio, incluso cuando no lo exige con palabras, pues su actitud demuestra doloroso recelo por nuestra ausencia espiritual. Y en esta primera ocasión en que, por pocos días, puedo disponer del tiempo a mi antojo, estar sentado frente a una copa, ¿tendría que mantener esa servidumbre a la que tres meses de ejercicio no consiguieron todavía habituarme?

Recuerdo la expresión dolorida e indignada de Marta la primera vez que se atrevió a indagar por uno de mis prolongados mutismos. Quería ella saber qué echaba de menos. Qué persona o qué grupo de gentes desearía yo tener junto a mí. Es posible que si a su pregunta yo hubiese contestado con el nombre de un amigo, incluso con el de una mujer, ella me hubiese podido perdonar; pero mis palabras, cruelmente sinceras, eran más de lo que su tolerancia podía admitir.

—Te aseguro, Marta, que no echo de menos a nadie. De cuando en cuando lo único que me falta es un poco de soledad.

—Quieres decir que te aburro, ¿no es eso?

—No quise decir nada parecido. Quería decir…

Pero ya ella, herida, había corrido a aislarse en su cuarto, convencida de que bastaría la separación de unos metros para que yo pudiese recuperar una independencia espiritual que la

proximidad de su cuerpo hacía inútil buscar. Fui tras de ella y la encontré cerrada con llave en el dormitorio. Esta escena se vivía apenas tres semanas después de nuestra boda en un hotel sobre el Lago Leman. Por la mañana habíamos recorrido Ginebra y yo le había enseñado el Instituto de Derecho Internacional, donde estudié unos meses, y luego el Monumento a Rousseau entre las únicas gaviotas pacíficas y domésticas que he conocido en el mundo. Más tarde habíamos recorrido el borde del Lago y yo recuerdo que le había explicado cómo en la otra orilla un día un anarquista había asesinado a la Emperatriz Isabel. Fue después de almorzar, al llegar al hotel, cuando me sentí invadido por una punzante necesidad de estar solo. Temía que ella pudiese sospecharlo porque adivinaba su dolorida reacción de amor propio. Por ello me limité a entornar los ojos como si me hubiese dormido. Había pasado como una media hora cuando Marta planeó su curiosidad.

—¿Por qué cierras los ojos si no estás dormido?

—¿Cómo sabes que no lo estoy? —sonreí sin modificar mi posición.

—Por la respiración. Te he visto dormir muchas veces y entonces la respiración se hace más lenta y más profunda.

—Efectivamente, no dormía. Pensaba.

Tras una pausa, en la que ella debió dudar mucho antes de decidirse por la pregunta, se atrevió por fin a formular su curiosidad.

—¿En qué pensabas? ¿A quién echabas de menos? ¿Algún amigo tuyo? ¿Quizá a una mujer?

Y yo, en mala hora, le hablé de mis ganas de soledad. Fueron inútiles mis esfuerzos porque me abriese la puerta, y por fin, entre sollozos, me rogó que la dejase tranquila un rato. Me pidió que me fuese y volviese más tarde. Mi experiencia con ella me indicaba que lo mejor que podía hacer era obedecer. Volví a caminar por la parte donde el lago se estrecha hasta convertirse en río, y la sensación, por primera vez en veinte días, de caminar solo, poderme parar ante un escaparate de libros, seguir de lejos las extravagancias de algún paseante que no se sabía observado, me devolvieron una tranquilidad que había perdido en mi escena con Marta. Era un poco como si la estuviese engañando con cualquiera de las personas, las cosas, las perspectivas que atraían mi atención. Esto

de hoy duraría poco, sabía que dentro de escasos minutos el contacto de su piel oscurecería cualquiera otra sensación. Pero —me preguntaba—, y el día en que esa piel no contrapesase el ansia de libertad y de soledad que yo sentía, ¿en qué pararía nuestro matrimonio? Aun incluso los despertares, ese terrible momento en que la mujer, desnuda de coquetería, nos muestra alteradas las facciones, el pelo revuelto, los ojos adormilados, la boca torpe al hablar, incluso los despertares no habían conseguido aminorar mi atracción física las pocas veces en que, cuando yo abría los ojos, no estaba ya arreglada, peinada y pronta para gustar a cualquiera de mis sentidos. Pero no podía ser eterno ese cuidado que ella ponía en no ser sorprendida en momentos débiles. Poco a poco la pereza vencería a la voluntad hasta que lo normal fuese un primar diálogo entre dos personas que al despertarse no pueden evitar el pensar, uno del otro, cómo pocas horas de sueño pueden animalizar un rostro borrando los encantos que sobre el cuerpo hace trascender un espíritu despierto. Poco a poco, el hambre físico cedería al ansia de soledad imprescindible en la vida del espíritu. ¿Y entonces?

Cuando volví al hotel ella había reparado cuidadosamente las huellas de su llanto pasado. Quizá una cierta humedad en su voz podía ser la única sospecha del tiempo que dedicara a protestar de lo ofensivo de mis palabras.

—Cada vez me das más pena, Juan —dijo abrazándome estrechamente, nuestras mejillas juntas y nuestras sangres batiendo ya al unísono—. ¿No habrás hecho un disparate casándote con una criatura tan insoportable como yo?

—Marta, no fui demasiado hábil al explicarme. Cierto que mi intención no era ofenderte. Pero quizá mis palabras al hablar de soledad pudieron hacerte sospechar algo distinto a lo que yo quería decir.

—Las he meditado después y te he entendido. Por eso, como yo nunca querría pesarte, prométeme que cuando necesites esa soledad tuya te la tomarás.

Sonreí asintiendo aparentemente porque sabía todo lo sincero y al mismo tiempo lo falso de sus propósitos.

—Y ahora, ¿qué quieres hacer?

—¿De verdad me dejas elegir a mí?

—Naturalmente.

No fue mala idea la suya. Pasearse en barca por el Lago e ir en busca del crepúsculo maravilloso en aquel anfiteatro de montañas de cabeza encanecida. Le extrañó lo bien que yo remaba. Me hizo explicarle dónde había aprendido. Yo —mi experiencia de la primera noche no había sido vivida en vano— cambié de sexo a la persona que motivó en mi juventud la afición por el remo. Cambié la letra final y Antonio, a efectos del relato, cumplió su cometido con menor riesgo que hubiese corrido la verdadera intérprete de mi historia.

Luego, en un proceso ya varias veces repetido a lo largo de nuestra luna de miel —torpeza o brutalidad mías, lágrimas suyas, perdón y luego estudiada venganza—, Marta se cobró del déficit que para ella debía significar aquella tarde.

—Yo apenas si he subido en barca dos o tres veces.

—¿Hace mucho tiempo? —no había hecho la pregunta y ya me arrepentía de ella.

—Unos dos o tres años.

No podía dejarla que siguiese por aquel camino con los brazos cruzados y con un aire de entendimiento y de indiferencia; en lugar de la pregunta que ella esperaba, la pregunta airada inquiriendo quién era su acompañante, me limité a otra que Marta estaba lejos de esperar.

—Y esquiar, ¿sabes esquiar?

Mis palabras la dejaron un momento sin respuesta. Segundos después, riendo, dio un salto sobre mí que casi hizo zozobrar la barca. Su impulso nos hizo caer al fondo y no hice ningún esfuerzo para levantarme porque entre mis brazos la tenía a ella. En aquella absurda posición, tirados en la barca, vimos ese glorioso crepúsculo que desde el Lago Leman se contempla muchas tardes.

VI

—¿Cuánto pagas por mi silencio?

¿Qué demonios hace aquí Mauricio? Levanto la cabeza y veo a mi cuñado, a quien yo creía en Tres Fuentes.

—Una cena es lo más que puedo pagarte. Si quieres, compartirla, dentro de un momento viene Manolo Garrido, con el que estoy citado.

Aparentemente he conseguido un aire de indiferencia, pero me doy cuenta de que he explicado demasiado las cosas como si temiese que Mauricio pudiera contar a Marta que me ha encontrado bebiendo solo y en un bar. ¡Solo! ¡Si al menos fuese con un hombre o con una mujer! Porque ella tiene sin duda más miedo a mis soledades que a mis aventuras.

—No, Juan. Tengo que tomar el tren de vuelta y quiero antes pasar por casa.

—¿Ni una copa?

—No, no. Mi retraso hoy en Tres Fuentes podría ser de la mayor importancia y no me perdonarían que perdiese el tren.

—¿Alguna novedad por allí? —pregunto sin ninguna curiosidad.

—Nada. Pero me hicieron un encargo de urgencia que tengo que llevar. ¡Cosas de mujeres!

Sonríe con un aire de querer darme curiosidad, pero no lo consigue. Le veo partir con un renacido malhumor que vinieron a causarme esos rasgos suyos que me recuerdan los de Marta, a la que con esta admirable ilógica del recién casado quisiera tener entre mis brazos para minutos después lamentarme de mi perdida soledad.

Dudo si pedir otra ginebra, pero no me atrevo. Fui un buen tiempo un buen bebedor, pero desde que gané la cátedra apenas cometo excesos y me temo que esta noche, a poco que me animase, podría perder los estribos. En aquel momento veo entrar a Manolo Garrido, que con sus primeras palabras me demuestra cómo la noticia de mi suerte —¡mi suerte!— corrió ya por todo el Casino.

—¿Es verdad que les has ganado cinco mil pesetas?

—No conté lo que gané, pero mira —saco de uno de mis bolsillos un puñado de billetes—, aquí está todo.

Manolo Garrido, con gran regocijo —él es de los que se dejan hasta la camisa cada vez que se asoman a la sala de juego—, va contando los billetes que le entrego.

—Tres mil doscientas. No está mal. Supiste retirarte a tiempo.

—¿A tiempo? —digo con malhumor—. Si me fui fue porque tenía la seguridad de que no podía darme un pase en contra.

—¿Que te fuiste por miedo de no darte un pase en contra? Desde luego, tú has perdido la cabeza.

Estoy a punto de contarle lo que me han costado aquellas tres mil pesetas. La cantidad de insensatas apuestas que he ganado a la

par de esos pobres billetes que son un precio bien barato en comparación con el tributo que he tenido que pagar por el otro lado.

—No puede negarse que la juerga parece necesaria —ríe Garrido.

—Desde luego. Además hay que aprovecharse. Es mi última noche libre.

—No te olvides de mi condición —dice seriamente Garrido.

—¿Cuál?

—Que Marta no sepa que viniste conmigo.

Le miro un momento y dudo si dejar salir de mi boca unas palabras que pugnan por escapárseme pidiendo que no vuelva a nombrármela en toda la noche. Pero hacer confidencias con tres dobles ginebras en el cuerpo es algo estúpido y peligroso. Me limito a decirle una verdad que él, naturalmente, no va a entender.

—¡Si tú supieses que Marta bendeciría el saber que voy con alguien, contigo o con cualquier otro, aunque fuese una mujer! El único pecado que no me permite es un pecado bien temible. El de buscar la soledad.

Manolo me mira derecho a los ojos, y yo entonces me temo —después de todo, él también es casado— que ha entendido más, mucho más, de lo que yo podía imaginar.

VII

Espero a que el vigilante se aleje, porque no quiero que pueda darse cuenta de que vuelvo a las tres de la mañana, y, sobre todo, que al caminar vea que tengo una acusada torpeza indudablemente producida por el alcohol. Por fin unas palmadas le alejan de mí y yo cruzo la calle desde la esquina en que me había refugiado y con apuro abro la puerta. En el ascensor mi dedo se equivoca y toca el piso segundo de mi casa. ¿Se equivoca? ¿A quién querré yo engañar? Hace mucho tiempo, horas enteras, que yo sabía que esta noche dormiría en *nuestro* cuarto. ¡Qué hermoso puede ser el plural algunas veces!

El chirrido ya familiar de la puerta de casa me recibe. Mis dedos buscan el interruptor y enciendo. Una luz agresiva alumbra mi soledad odiosa. No es ésta la que a mí me gusta. La soledad que a

mí me gusta la busco en la esquina preferida el cuarto de hora que se me antoja. En cambio, detesto ésta que me espera escondida tras las cortinas acechándome en los rincones, en el pasillo, dentro de este ambiente que desde que lo conocí me dio la compañía de Marta.

¿Me podrá ella perdonar alguna vez todas las tonterías de esta noche? ¡Hace falta este cinismo que sólo da el alcohol para llamarles tonterías! ¡A cualquier cosa se llama tonterías, Marta! ¿Qué harías si tú lo supieras? Probablemente, te reirías mucho. Te reirías al final, claro, cuando supieses que el triunfo lejano de tu piel había vencido del modo más ridículo mi intento de engañarte. Sí, sí, Marta. Fui con ella, con lo mejor que ha debido pasar por *Maxim's* desde que existe este infecto café cantante. Palabra de honor que era una mujer extraordinaria. Garrido la trajo al palco y ella, con esa intuición que tienen estas mujeres, comprendió que con nosotros la cosa iba en serio. No iba a ser la noche blanca que se vive algunas veces con estudiantes que han ahorrado lo suficiente como para invitar a una botella de *champagne*. Allí se bebieron todas las que nos vino en gana. Yo poco, porque después de la cena copiosa y las ginebras de la tarde me sentía medio vacilante, medio inseguro. Bailamos en el antepalco Rosa y yo. Garrido, que acabó más borracho que nadie, se reía con otra artista menuda y graciosa que también debe ser vieja amistad suya.

Lo curioso del caso, Marta, es que nunca he pensado más en ti que en aquel momento en que había decidido engañarte. Te veía en cada uno de los espejos del palco, unos espejos que perdieron el azogue y que tienen unas enormes manchas negras. Te asomabas por ellos y te reías. Yo iba perdiendo la calma. Me entraba la prisa y Rosa lo notó en seguida.

—Esto dura hasta las cuatro de la mañana, pero, como es natural, si queréis que nos vayamos antes… podíamos tomar unas copas por ahí.

—¿Que nos vayamos? ¿A quién encierras tú dentro del plural?

Rosa rió con una sonrisa estereotipada que mostraba unos dientes excesivamente perfectos que casi parecían artificiales.

—Yo, contigo tengo bastante.

Manolo Garrido me despidió con un gesto de augurio, al mismo tiempo que de un modo ostentoso se llevaba el índice a los labios.

—¡No olvides la consigna, yo no te he visto esta noche!

También tú en sus palabras, Marta. Tú por todas partes. Claro que yo me consolaba pensando que esto no iba a durar mucho. Mientras recorríamos el trecho que separa el *Maxim's* de la pensión donde ella vive, iba saboreando mi revancha, para la que me bastaba contemplar de reojo a esa mujer que es Rosa Reyes, bailarina y cantante, estrella de éxito y esta noche instrumento de mi venganza.

De pronto, tras cruzar una calle, la luna brillante de un escaparate me devolvió tu imagen, como minutos antes en el reservado del *cabaret*. Te reías burlándote de mí. Y esta vez aparecías con tal claridad que no podía pensarse que fuese efecto de las largas libaciones habidas. Estabas tú y al lado, mucho más borrosa, aparecía el reflejo de mi figura. Tú me señalaste con el dedo y casi se podían oír las carcajadas que fluían de tu boca. El gesto era muy expresivo. «Qué mala cara tienes», parecías decir. Me fijé y reconocí que estaba totalmente descompuesto. Era mucha la bebida y sobre todo había perdido la costumbre.

—Qué mala cara tienes —ahora era Rosa quien repetía tus palabras distrayéndome un momento de ti—. ¿Te encuentras mal?

Entre ella y tú acabaríais por lograr que me sintiera agonizar. Y efectivamente, mientras en la lenta sucesión de vidrios y lunas de la calle comercial te reías de mis esfuerzos por aparecer normal, sentí en la garganta el latigazo agrio del vino. Me encontré apoyado contra una pared y sentí en la frente, protectora, la mano perfumada de Rosa Reyes que había pasado de ser cómplice en la ofensa amorosa a modesta enfermera que se ocupa de un pobre borracho.

Tú, odiosa, seguías riendo, pensando sin duda en el malparado propósito que me había llevado a la compañía de aquella mujer. Fui a insultarte, pero mi voz no llegó a salir. Otra náusea me invadió dejándome en ese abandono terrible que el mareo produce siempre.

—Deberías tomar un café. Al final de la calle hay una taberna abierta. Quizá con un rato de reposo te repongas…

Sus palabras, Marta, no tenían convicción. Ella sabía perfectamente que yo, aquella noche, era simplemente un pobre borracho contra el que había que revestirse de paciencia.

—No, creo que lo mejor será que nos separemos —y con un

residuo de vieja cortesía aún añadí—: Aunque no me gusta dejarte ir sola.

—No te preocupes por mí —contestó Rosa tranquilizada al saberse a punto de recobrar su libertad—. Yo estoy acostumbrada a volver a casa muchas noches sola. No siempre se tiene la suerte de tropezar con gente como vosotros.

Comprendí que el dulzor de aquellas últimas palabras tenía un objetivo concreto y, metiéndome la mano en el bolsillo, le di unos billetes de aquellos ganados dramáticamente horas antes en el *bacarrat*.

—Es una verdadera lástima que la noche se haya estropeado —sonrió ella, agradecida—. Toma, esto no puede quedar así.

Sentí en la mano una cartulina con su nombre, el de la pensión y la vecina calle que yo nunca conocería.

Me he dado en el codo con el picaporte de *nuestro* cuarto al entrar y por un momento se ha detenido el curso de mis pensamientos. Luego la luz rosada de nuestra reciente intimidad me reprochó las últimas horas vividas. Sobre mi cama hay una cuartilla escrita. ¿Quién demonios sabía que yo iba a venir a dormir esta noche aquí? Es letra de mamá: «Apenas te fuiste esta tarde llamó Marta. Como me figuro que irás a cambiarte de traje antes de comer, te dejo esta nota. Le prometí que la llamarías esta noche.»

¿Conque llamó después de almorzar, eh? Parece que la fierecilla se va calmando. Sonriendo me rasco la cabeza desconcertado, pensando en la reciente mueca burlona con que Marta me acompañó en la peregrinación delante de los escaparates al lado de Rosa Reyes.

—Hasta pronto, querido. No me resigno yo a que esto quede así.

—Naturalmente —grité yo moviendo la tarjeta a modo de despedida—. Tengo tu dirección y pronto tendrás noticias mías. Hay que tomarse la revancha.

¿Revancha? Tuve que hacer un esfuerzo para contener las carcajadas. Realmente ni mis palabras ni mi conducta eran dignas de todo un Catedrático de Derecho Civil. La vi desaparecer, menuda y rápida, por una calle lateral, y fui con calma recorriendo el camino que me separaba de casa. Al llegar me escondí tras una esquina para que el sereno no me viera, y después vino la equivocación al tocar el botón del ascensor, para acabar en el piso

de casado en lugar de dormir en el cuarto de soltero.

Pero, Marta, ¿para qué te cuento todo esto si tú ya lo sabes? ¿Qué necesidad tenía de telefonearte si no me has dejado en toda la noche? Lo has visto todo, pero no lo sabes todo. No. Hay una cosa que te gustaría mucho saber y que no te voy a decir. No, es inútil. No te la digo. Ahora, tranquilamente, después de quitarme los zapatos y la chaqueta, me tiendo en nuestra cama. Y a dormir. Es curioso esto. La cama cubierta —¡para qué destaparla, si se duerme igual!— conserva aún el perfume de tu cuerpo, Marta, de ese cuerpo que esta noche debe estar orgulloso después de todo lo que tú has visto asomándote a los espejos. Pero ver no es bastante, Marta; no es bastante. Hay cosas que pasan y no se ven. Y no creas que repito tanto porque estoy borracho. Se me pasó ya bastante, Marta. Repito para que te des cuenta de que aunque tú me hayas visto bailar en el antepalco con Rosa y luego acompañarla con la intención de llegar hasta su casa, aunque tú hayas visto todo eso, no lo sabes todo. Ignoras lo más importante, Marta. Algo que te gustaría mucho… pero creo que esto lo dije ya. No importa. Lo repetiré. Algo que te gustaría mucho saber. Porque, Marta, lo más importante de todo, mucho más importante que tus carcajadas ante mi náusea y mi fracaso… no, no te lo digo. No lo mereces. Tendría gracia que viniese yo a decirte que había alguien más feliz que tú por el hecho de que no pasase nada. Sí, Marta. Claro que sí. Yo fui más feliz que tú. Mucho más. Mucho más.

MARTA

I

¡SERÉ boba! Noté que mamá lo pensaba aunque, como hoy oficialmente estoy mala, no haya hecho ningún comentario. Pero me da lo mismo. He de pasar todo el día en la cama con mis pensamientos y esto me ayudará. Claro que aquí en esta casa, cómoda pero alhajada y amueblada al estilo rústico, este camisón mío de blonda y batista hace un poco raro. Fue el que me puse la noche de bodas.

Es una suerte que haya refrescado —casi hace frío hoy—, porque haber tenido que pasar el día en la cama con una temperatura como la de ayer o la de anteayer hubiese sido una broma. A mí el termómetro parece que en las ocasiones solemnes me favorece siempre. Recuerdo que San Antonio, antevíspera de casarnos, fue un día horrible. Quizá no haya habido otro más fuerte durante todo el verano. Y a mí no sé por qué me espantaba la idea de una boda celebrada en medio de aquel calor africano. Pero la víspera refrescó y el día de la boda mucho más. Tanto que en el *cocktail* después de la ceremonia se vieron muchas capas de piel que unas horas antes hubiese sido imposible aguantar ni siquiera con los ojos. Como que si la fiesta resultó divina, en gran parte fue porque la temperatura era la justa para poder bailar en el jardín, que estaba precioso. ¡Y pensar que el tonto de Juan quería una ceremonia tranquila de mañana, él y yo con trajes de viaje, como si estuviésemos escondiendo no sé yo qué crimen! La primera vez que entre nosotros hablamos del asunto recuerdo haberle preguntado —bien sabía yo que no por la boda de su hermano— si es que con el chaqué tenía aspecto de ayuda de cámara. No le hizo ninguna gracia la pregunta a deducir por las palabras con que me contestó.

—Aunque sea una estupidez esto que voy a decirte, te garantizo que ni de frac, ni de chaqué, ni de nada jamás nadie me tomó por un criado.

Sus razones eran otras. Era una ridiculez, el dinero que se gastaba en la boda y que yo podía dedicar a comprarme una alhaja o un abrigo de pieles. ¡Un abrigo de pieles en junio! Aparte que —naturalmente esto no se lo dije nunca— yo no veía por qué el abrigo de pieles había de ser incompatible con mi boda. Además, añadía él, era irritante la presencia de toda esa gente que acude a las bodas y que parecen los testigos que en los mercados de esclavas certifican lo legítimo de la venta de la mujer al hombre. ¡Qué gracioso se pone a veces Juan! Aunque, para ser sincera, a mí gracia no me hacía, porque le veía tan serio hablando que me horrorizaba el pensar que fuese tan bárbaro en consentir que yo fuese al altar vestida como la que va a tomar un tren en la estación del Norte. Pero me asusté de veras cuando un día, ya por las buenas, lo planteó delante de mamá.

—Mire usted, Martita —todavía le hablaba de usted—, a mí una ceremonia con muchedumbres me parece insoportable y absurda. Yo soy decidido partidario de la boda por la mañana y en plena intimidad.

No pude evitar que las lágrimas se asomasen a los ojos, aunque no dije una palabra. Me indignó además que mamá le dio toda la razón a Juan. Por unos minutos me vi privada de unas galas que ni siquiera si me hubiese metido monja me hubiesen sido negadas, porque —estoy muy enterada de cuando yo creía tener vocación— en la ceremonia de los votos una va vestida de blanco y casi casi parece una novia. Pero todos mis temores se disolvieron apenas Juan nos dejó. Mamá se echó a reír y me dijo que conocía muy poco a los hombres. Con un tono profético, que no falló en un solo detalle, me anunció que nos casaríamos con ceremonia religiosa y que Juan iría con chaqué y que además ella ya había hablado con mi suegra, que es una santa y que en eso se portó como un ángel.

Mamá me profetizó algo más. Me dijo con un aire de querer halagarme —pero que después yo había de recordar— que una vez que me viese entrar en la iglesia, Juan se espantaría de pensar que hubiésemos podido casarnos de otra forma.

Y mamá tenía razón porque —puede que sea una estupidez que yo lo piense— el traje de novia me sentaba a las mil maravillas. Claro que dicen que a todas les pasa lo mismo probablemente porque el traje es tan bonito, agracia tanto una cara y un cuerpo

joven, que hay que ser muy fea para no gustar ese día. Pero, volviendo a Juan, me bastó mirar sus ojos, cuando yo con un aire grande de tranquilidad —aunque las piernas me temblaban— subía las escaleras de la iglesia de la Trinidad del brazo de su padre, para comprender lo mucho que en ese momento le gustaba.

Claro que, después de la ceremonia, cuando abrimos el baile en el gran *cocktail* del Hotel Real, yo me di el gustazo de refrotarle por la nariz aquella ceremonia, aquel vestido blanco y aquel chaqué célebre que tanto había tenido que luchar para conseguir.

—Y ¿qué dices ahora? ¿Sigues arrepentido de haberte casado como yo quería?

Me contestó con una de sus clásicas patas de banco. Más o menos interpreté un poco lo que quería decir, pero, en fin, no creo que fuesen las palabras adecuadas para aquel momento. Me sonrió largamente y luego, con una voz muy dulce, me explicó la razón de por qué estaba contento de haber dado su brazo a torcer.

—Marta, por verte entrar en la iglesia como tú has entrado hoy, se puede renunciar a cualquier convicción. El pobre Tiziano hubiese comprendido que no necesitaba pintar dos mujeres para interpretar su célebre cuadro «El amor divino y el amor pagano».

Vamos, que, según lo que después he meditado sobre la frase, yo debía tener un aire muy virginal y al mismo tiempo, no sé cómo decir, pecaminoso no, porque no hay nada más legítimo que un matrimonio, pero placentero, sensual, qué sé yo, pagano, como él mismo decía. Ahora que, si hemos de hablar con sinceridad, a mí la frase me gustó, porque yo a Juan le quiero completamente; por dentro y por fuera; con el espíritu pero también con la carne.

En vista de que yo no contestaba, y en el momento mismo en que la orquesta acababa aquel primer baile, él quiso saber si yo, a medias, le había entendido.

—¿Tú nunca has visto «El amor divino y el amor pagano»?

—No, Juan.

—¿Ni en reproducciones?

—No, ni en reproducciones.

—Pues te prometo una cosa. Te prometo llevarte a Roma dentro de algún tiempo. Quiero explicarte delante de ese cuadro por qué esta noche te comparé con él.

II

Mauricio salió en el primer tren. Le oí divinamente porque he dormido muy mal toda la noche. Estuve tentada de levantarme y de ir a su encuentro y pedirle que interrumpiese el viaje. ¿Para qué necesitamos análisis después de lo de anoche? Y de pronto me dio un miedo tremendo. Empecé a recordar la cantidad de veces que yo he sufrido de vómitos sin necesidad de estar esperando un niño. Hubo toda una época, precisamente la que marcó el máximo de mi vocación religiosa, en que sufría de unas náuseas enormes y una cantidad de veces tuve que volver a casa con unos tremendos dolores de cabeza. Luego resultó que era alergia. A mí me la produce el queso rallado, y para averiguarlo tardamos no sé cuántos años. Hasta que un día me fijé que cada vez que en el colegio nos daban canelones con queso yo casi invariablemente a las dieciséis o dieciocho horas me sentía marcadísima y luego me empezaban los fuertes dolores de cabeza. Habrá sido lo de ayer… Repaso minuciosamente la comida desde que llegué de la ciudad y no encuentro una brizna de queso porque en casa saben muy bien que a mí éste me sigue sentando muy mal. Pero podría ser cualquier otra cosa. Y ¿qué ocurriría si mañana por la noche, cuando regrese Juan, me encuentro con la desmoralización que me significaría este engaño estéril a que le he sometido robándole noches de amor?

No, nada de detener a Mauricio. Hasta que yo no vea en letras de molde, con la garantía y la responsabilidad del médico, que estoy esperando un niño no me fío de nada de lo que pasó ayer. Además, que a mamá, cuando vino sonriente casi a felicitarme, yo no le podía explicar que segundos antes Carlos Méndez, audazmente, había pegado su cara a la mía, lo cual me había producido un asco que por sí solo explicaría cualquier reacción del hígado.

Hace escasamente media hora oí su coche y tuve la curiosidad de ver si era él. Me acerqué a la persiana, la levantó un poquito de modo que nadie pudiese apercibirlo desde fuera, y, efectivamente, allí estaba muy serio —quizá convencido de que mi enfermedad la ha producido nada menos que la emoción al sentir el contacto de su piel— charlando con mamá, que tenía el aire de hablarle de cualquier cosa menos de mí. ¡Lo creído que es ese hombre!

Solamente por él celebraría que mi embarazo fuese un hecho. ¡La cara que pondría al saber que mi percance de anoche no fue causado por la emoción que él me causaba, sino pura y simplemente por un hijo que me ha dado Juan!

Pero soy una estúpida. Digo que es por esto fundamentalmente por lo que me gustaría tener un hijo, cuando el hijo lo quiero, lo necesito, porque haría más fácil y más seguro este amor nuestro que yo no puedo dejar que fracase. No llegaré a decir —¿qué mujer se atrevería a afirmarlo?— que yo pienso que sin hijos no fuese capaz de retener junto a mí a Juan. Pero ello obligaría a un esfuerzo que debe desaparecer cuando las personas se encuentran ligadas por la existencia de seres comunes. ¡Al lado de eso, qué importancia puede tener lo que piense ese presuntuoso de Carlos, que, por lo visto, según me dijo, estaría dispuesto a consolarme el día que yo me sintiera triste!

Sentí frío en los pies y volví corriendo a la cama. Al pasar frente al espejo me vi medio desnuda. Llevar aquello era como no llevar nada. Casi enrojecí pensando que así me había visto Juan nuestra primera noche de matrimonio. Imaginar las cosas, aun recordarlas, las hace siempre más difíciles que vivirlas. No hay ningún peor examen que la víspera de un examen. Así fue en mi matrimonio. Si lo que yo imaginaba veinticuatro horas antes hubiese tenido una pálida semejanza con la realidad, a estas horas estaría separada de Juan, horrorizada de la violencia bárbara a que había sido sometida. ¡Y sin embargo pasó todo tan normalmente! ¡Fue él tan comprensivo, tan sencillo, tan normal todas aquellas horas cuyo pensamiento tanto me había horrorizado! Porque con mis veinte años, con este aire deportivo y este carácter abierto que hace suponer a las gentes que estoy de vuelta de casi todo, nadie podrá imaginar el grado de ignorancia o de estupidez que almacenaba pocos días antes de mi unión con Juan. Mi madre fue una ayuda maravillosa. Sin ella no sé qué hubiese sido de mí. Pero mi madre intervino muy al final, cuando una pregunta mía —sensacional según ella la calificó— le hizo comprender que no podía dejarme ir hasta los brazos de mi marido con aquella ignorancia increíble en que me encontraba hundida.

Porque yo sabía perfectamente, estaba harta de saberlo, que los niños los engendraba la madre —el contacto con la Naturaleza me

había enseñado el fenómeno de la reproducción— y sabía que los engendraba con el macho. Pero nunca había conseguido concretar cómo. Yo hablaba muy bien francés, conocía bien el inglés, sabía las matemáticas, había llegado a tocar el piano, nadaba espléndidamente, fui campeona de *tennis* en el colegio tres años seguidos. No podía decirse que yo fuese una persona retrasada en relación con las de mi generación. Sin embargo, desconocía cosas que en mi frecuente vida de campo se desarrollaban, en mi ignorancia, casi delante de mis propias narices.

Mamá se indignó de una educación que ella sospechaba distinta, y en pocos días, con una delicadeza y un tacto increíbles, me dio unas elementales lecciones que concretó con un inteligente consejo.

—No pretendas hacerte la sabia ante él y no te olvides que tu ignorancia en los temas del amor le será siempre grata. Por encima de todo no presumas de aquello que ignoras. También en el amor sé natural, espontánea.

En cualquier caso, a mi peor enemiga le regalo yo los últimos días que pasé, pensando unas veces en las violencias que me esperaban, otras en el seguro desencanto de un hombre al comprobar mi estúpida ingenuidad.

Algunas amigas mías, ya casadas, me solían dar el consejo que ellas habían practicado. La botella.

—Yo me llevé una botella de ginebra al cuarto —decía una de voz sonora con aire de sinceridad—. A la mañana siguiente me dolía todo el cuerpo, pero sobre todo la cabeza. Y sobre la mesilla de noche estaba la botella con apenas cuatro dedos de contenido.

La cosa no era para animar a nadie, y como coincidía con explicaciones más o menos detalladas de otras amigas pasadas ya por el trance, corroborando lo amargo de la primera noche, mi ánimo se iba empequeñeciendo, sostenido apenas por la presencia constante de mi madre, por mi cariño a Juan y por aquel maravilloso vestido blanco que valía la pena de muchos sacrificios.

De todos modos, cuando después de haber bailado con una serie de íntimos amigos y parientes —me acuerdo que terminaba de hacerlo con Diego— se acercó Juan para decirme que debíamos retirarnos ya, sentí que las piernas me temblaban. Pero creo que no se dio él cuenta. Alargué hábilmente las despedidas y conseguí que se hicieran las diez y media pasadas antes de entrar en el coche.

Una vez dentro cerré los ojos y pensé en Santa Rita, a quien yo me encomiendo siempre en trances amargos. Estaba, sin embargo, dispuesta, en la medida de lo humanamente posible, a que Juan no se diese cuenta de aquel pánico mío que no debe ser grato para el hombre que nos ama. Hablamos poco —él conducía con una mano y con la otra acariciaba las mías— y sin saber cómo nos encontramos en el ascensor de nuestra casa. Yo no sé cómo pudo meter todo el raso de mi cola y de mi traje dentro del ascensor. En seguida, milagrosamente, en menos de una fracción de segundo, nos encontramos arriba. Nunca he visto un ascensor con mayor velocidad. Él abrió la puerta de aquella casa nuestra en la que nadie había, ya que el servicio no debería llegar hasta el regreso de nuestro viaje de novios. Con un gesto en él que creía observar también una cierta timidez, Juan me señaló la casa. Yo me eché a temblar. Si a mi miedo se unía su timidez estábamos perdidos. Y traté de sacudirlo de alguna forma.

—¿No me entras en brazos?

—Pero, Marta, esas son costumbres extranjeras.

—A ver si resulta que estoy gorda y no puedes.

Entré en sus brazos, que, no sé por qué, al establecer contacto con mi carne me dieron una seguridad que horas antes hubiese creído imposible conseguir. Mi suegra y mamá habían preparado una comida realmente suculenta y puestas a helar había dos botellas de *champagne*. En mi caso no sería ginebra, sería *champagne* —pensé en un primer momento. Pero instantáneamente me rebelé. Yo no sería de Juan borracha. Yo no necesitaba anestesia para entregarme a Juan. Si no, no le quería. El *champagne*, en todo caso, podía dar al amor el tono necesario para llevarle una mujer distinta de la temblorosa y aterrada que había dentro de mí. Pero él tenía derecho, además de un cuerpo, a un alma, y yo no estaba dispuesta, a que el alma se durmiese aquella noche.

Le dejé —tenía razón, nadie a pesar del chaqué le hubiese tomado por un criado— y fui adentro. El traje —Juan más tarde, hablándome de esto, me lo dijo—, desprovisto del velo y de la cola, era una sencilla túnica. Una túnica que modelaba aquel cuerpo mío del cual no me sentía en ningún modo avergonzada. Luego, después de retocar mi cara —hasta guapa me encontraba, yo que de cara no soy nada extraordinaria—, me dirigí lentamente hacia el comedor.

En aquellos segundos que tardé en cruzar el pasillo que separa las dos habitaciones, me dije que había llegado el momento de, frente a frente, pronunciar las primeras palabras, esas palabras terribles que ridiculiza la gente en una frase —«al fin solos»— que no es la peor ni la más vulgar de las que deben oírse cuando dos personas casadas se encuentran frente a frente.

Le pedí a Dios inspiración, decir una cosa humana, natural, como mi madre me había recomendado. Y de pronto mis ojos, terminada de hacer esta plegaria, se fijaron en unos langostinos que llevaron hasta mi boca los jugos que exprimía un hambre olvidada durante dos días.

—Juan, te parecerá una barbaridad quizá, pero tengo un hambre tremenda. ¿No lo encuentras monstruoso?

—¿Monstruoso? Por Dios, Marta; me parece admirable.

Y sus ojos, no sé por qué, me pareció que me agradecían las palabras puestas en mi boca indudablemente por Dios. En seguida le probé que no era una comedianta, porque si no como él —Juan es hombre de muy buen diente—, no le fui muy a la zaga en aquella cena que de cuando en cuando rociábamos con un *champagne* exquisito que a mí me hacía las cosquillas de siempre en la nariz.

Hasta entonces todo iba sobre ruedas. Yo me sentía perfectamente tranquila y Juan también, pero de pronto, con enorme sorpresa, observé que se levantaba y decía que no era capaz de dejar una habitación en desorden. ¿Qué idea tendría de mí? Cuando vio mi gesto de disgusto me dijo que en Norteamérica son los hombres quienes lavan los platos. Yo le dije que en España los Catedráticos de Derecho Civil que lavasen los platos serían el hazmerreír de los alumnos y le hice sentar, y mientras fumaba un cigarrillo fui poniendo orden en aquella mesa que minutos después aparecía otra vez dispuesta a resistir nuevos y violentos ataques.

Cuando volví me di cuenta de que no podía diferirse más aquel momento terrible y al mismo tiempo tan esperado. Le confesé a Juan una verdad que en aquel momento me molestaba tener que decirle —ese pueril miedo mío a estar sola por la noche— y le pedí que no tardase mucho en venir. Que tardase justo esos minutos que yo necesitaba. Fue entonces cuando cambié aquel traje divino y pagano a un tiempo por esta blonda y batista que era puramente pagana, y del mismo modo que en el ascensor me había parecido

que tardaba menos de un segundo en recorrer la distancia que me separaba del segundo piso, instantáneamente me encontré en la cama, mis largos cabellos tratando inútilmente de cubrir una desnudez que se asomaba por este artístico e indiscreto camisón. Después —¡alabado sea Dios!— todo fue maravillosamente sencillo. Nunca se lo he dicho ni probablemente se lo diré nunca a Juan, pero quizá aquella su limpia comprensiva actitud para conmigo fue la última razón que yo necesitaba para ser suya por dentro, que es mucho más importante que serlo por fuera.

III

Como, acostada, con un hambre vergonzosa. Mamá se ríe y me dice que eso es bueno. Tiene la impresión de que mi embarazo —ella ya lo da por hecho— va a ser como los suyos. Parece ser que al lado de esas otras pobres señoras que se pasan nueve meses en la cama haciendo dengues y ascos a todo y no pudiendo comer, ella no sufrió en ningún momento. Casi casi ni al tenernos a nosotros. Y eso que en su época no existían los gases ni las cosas que ahora hacen que la maldición bíblica se haya reducido a un mínimo.

—¿No me dirás todo eso para tranquilizarme? —le pregunto yo para ponerla en un aprieto.

—Sería ridículo, porque si creyese que lo ibas a pasar mal trataría de prepararte el ánimo. A tu edad tener hijos es una bendición de Dios. Lo malo es cuando se tienen de vieja. Entonces las cosas deben ser distintas.

¡De vieja! Ese debió ser el caso de Beatriz Fonseca. Cuando se casó tendría veintiocho o veintinueve años. Se había pasado la juventud esperando a Juan, y cuando se decidió por Anglada ya el calendario había dado muchas vueltas. Otra vez Beatriz Fonseca. Y otra vez —aunque ella sea todo lo buena que la gente quiera— me produce la misma sorda irritación que ayer cuando su nombre traído a mi recuerdo por Carlos me amargó toda la noche. ¡Pensar que estuvo en un tris de casarse con mi marido! ¿Qué hubiese sido de mí entonces? ¿Qué hubiese hecho yo? Estaría ahora esperando a alguno que se fijase en mí y al que yo desde luego estoy segura de que no habría podido querer como quiero a Juan. Cuando pienso en esto casi me dan ganas de que esta noche Mauricio me traiga un

análisis negativo. Me dan ganas de que al menos durante algunos meses Juan se amargue la existencia esperando un hijo que él estuvo a punto de tener físicamente con una italiana y espiritualmente con Beatriz Fonseca.

Me he puesto de muy mal humor y le pido a mamá que me deje. Voy a tratar de dormir un poco. Pero el sueño tarda en llegar hasta mí y me refugio en uno de los libros que traje. De aquellos de su biblioteca que Juan me regalaba cuando éramos novios. Éste fue mi preferido. «El primer amor», de Turgeniev. Lo acerco para releer unas páginas y de pronto noto una cosa extraña. Desagradable. El libro huele y huele a Juan. ¿Cómo puede oler una cosa a Juan si él mismo no huele? Y ese olor me produce asco. El mismo asco de anoche. Siento un sudor frío en la frente y estoy a punto de llamar a mamá. Pero, al fin, me domino. Aprieto la mandíbula y consigo, respirando muy profundo, que poco a poco pase esa sensación de náusea que me causó el solo recuerdo de la persona de Juan. Tiro el libro muy lejos de mí y cierro los ojos. No sé cuánto tiempo pasa, pero al fin consigo dormirme.

IV

Duermo poco y mal. Y cuando, otra vez, tras el pequeño paréntesis, me encuentro despierta, el reloj sobre mi mesa —un reloj despertador forrado de cuero que me regaló Juan cuando éramos novios— señala las tres menos cuarto. La vida en el campo, apenas una se ha hecho a la vida ciudadana, parece increíble. Se almuerza a las doce y media, a la una lo más tarde, y a estas horas, cuando aún Juan no se habrá levantado probablemente de la mesa, yo me encuentro no solamente comida sino incluso con mi siesta acabada. Porque es inútil pensar en dormir de nuevo. Y si me quedo tranquila yo sé dónde van a parar fatalmente mis pensamientos.

Me entra de repente una punzante curiosidad por saber cómo habrá tomado Juan lo de anoche. Estoy segura de que todavía está enfadadísimo conmigo y juraría que si ahora hablásemos me amenazaría por lo menos con irse con otra para enseñarme a que yo le dé celos con Carlos Méndez. Apenas la idea me pasa por la cabeza no puedo vencer la tentación; visto apresuradamente mi bata, bajo corriendo de dos en dos las escaleras y en el desierto

salón pido el número de teléfono de los padres de Juan. Es la hora peor —la Azucarera se pasa toda la tarde hablando con la ciudad—, pero la señorita de la central, que me conoce —cuando éramos novios yo le mandaba regalos para que hiciese trampas y me diese las conferencias saltando el turno a los demás—, me promete no hacerme esperar demasiado.

No sabe Juan lo que le espera. Porque ahora, en este ambiente propicio medio sombrío y solitario, creo que voy a tener la fuerza suficiente para decirle todas las cosas que se me han ido quedando en el tintero este año largo —corto, mejor dicho— desde que nos conocimos en la playa del Mediterráneo. Creo que hasta, sin afirmar definitivamente nada, le voy a poner la mosca en la oreja en relación con el niño. Claro que él va a contestarme de seguro que cómo voy a tener un niño si hace una semana que empecé con lo mío. Y entonces es cuando —¡qué salto va a dar en el teléfono!— le voy a decir que todo eso es mentira, que no ha habido tal comienzo y que lo que yo no quería era tener a mi lado un censor que cada cinco minutos me preguntase si por casualidad no había tenido náuseas… Pues anoche las tuve, sí señor, y por eso era la alegría tan grande que él por teléfono estoy segura no supo interpretar. Su emoción va a ser tan enorme que ni se va a acordar de los cuatro días que le he robado. Además, que si se acuerda le diré que bien merecido lo tiene por lo pesado que se puso hace poco más de un mes.

Pienso si todo esto no será un poco peligroso. ¿Y si el certificado por la noche fuese lo contrario de lo que espero? Pero no; no puede serlo. Lo de anoche, lo de hace un momento después del almuerzo, es más seguro, más evidente que pudiera serlo ningún tipo de análisis. Sobre todo ese encontrar su olor en un libro que no ha tocado hace meses parece que es típico de las que van a ser madres. Además, que no todos los meses va a producirse el retraso de la vez anterior. Y ya con hoy va para diez días…

Suena el timbre y yo, que en mi distracción vengo hablando con Juan, no puedo suponer que otra voz distinta de la suya sea la que me reciba.

—Juan, Juan…

—El señorito Juan acaba de salir, pero está la señora —oigo decepcionada la voz de Asunción, que distingue entre el señorito

Juan, que es mi marido, y don Juan, que es mi suegro.

Pasan unos segundos breves en los que tengo ya tiempo de arrepentirme de esta llamada. Y en seguida está en el otro lado la voz dulce de mi suegra que parece encantada de esta ocasión de charlar conmigo.

—¿Cómo estás, Marta? No hace ni un cuarto de hora que se fue Juan. Estoy segura que si hubiese imaginado que ibas a llamar no se movía de aquí. Porque anoche, perdona mi indiscreción, me parece que quedasteis un poco de monos. ¿No es así?

—Una tontería mía que Juan interpretó mal.

—Hoy estaba como un flan. Preguntó con un aire distraído si no había habido nada para él. Yo le respondí muy seria que no, pero me moría de risa viendo su impaciencia por saber si tú no habías dado tu brazo a torcer.

—A ver si consigues que me llame esta noche —digo sabiendo que la labor de mediación es una de las que encantan a mi suegra.

—Lo malo —su voz suena un tanto defraudada— es que Juan no come esta noche en casa. Pero yo le voy a dejar una nota para que te llame si no viene muy tarde.

—Eso es —mi voz tampoco es la de antes—, que me llame si no llega muy tarde.

—Bueno, Marta, que te vas a arruinar. Mil saludos a Martita, a Julio y a Mauricio.

—Otros tantos para ti y para Juan. Para Juan primero… —termino, repitiendo el chiste de siempre.

Cuelgo y maldigo el momento en que se me ha ocurrido bajar a telefonearle. Por mucho que haya querido dorarme la píldora mi suegra, es evidente que ese bárbaro ha preparado algo para esta noche. «Si no llega tarde…» ¿Por qué un hombre casado debe llegar tarde? Su obligación es acostarse… Mientras subo las escaleras pienso lo injusto de mi cólera por algo que ignoro y que probablemente no ha de producirse. Mucho más teniendo en cuenta que yo ayer, bastante tiempo después de comer, estaba bailando con Carlos, que es algo que a Juan, cuando se entere, le va a sentar a cuerno quemado.

Sonrío porque esa cólera me gusta. Es señal de que me quiere. De que me quiere aún ignorando algo que va a saber muy pronto. Veremos entonces. Veremos entonces quién es capaz de soñar con

quitármelo.

V

Las tres y media de la tarde y otra vez en la cama. Pienso en los zig zag que mi humor ha dado en los últimos cuartos de hora y, en el fondo, compadezco a Juan. De mi genio él no pudo darse cabal cuenta durante nuestro noviazgo. Allí nuestras discrepancias eran siempre hijas de puerilidades en mí y en él de esa lucha interna por saber si realmente lo que yo le inspiraba era pura atracción física o algo más profundo. En realidad yo, a lo largo de nuestro noviazgo, no exterioricé demasiado este espíritu de contradicción mío que anteanoche me llevó al teléfono para decirle a Juan lo mucho que le quería para, apenas oída su voz, fingir con ánimo de herirle un aire insustancial que yo no sentía; o lo que me impulsó ayer a inventar haber vivido una jornada inolvidable cuando en realidad si algo la hacía digna de recuerdo era el sufrimiento que sus amores con Beatriz me habían proporcionado; o bien esa reciente indignación mía al saber que comía fuera de su casa, sólo dominada al recordar que más censurable —aunque Dios sabe que nada pecaminoso había en ello— fue mi actitud de anoche con Carlos Méndez.

Yo creo que todo ello nace de esa misma inseguridad que tengo en el fondo de mí, aunque me repita mil veces al día que estoy segura del cariño de Juan. ¿Por qué si no he de provocarle celos y por qué cuando consigo su indignación me hace tan feliz? Sé que es absurdo, pero sé también que la cosa va probablemente para largo. Desde el mismo día 15 de junio dura esta actuación mía irrefrenable, de la que me arrepiento a pesar de que estoy segura de reincidir en la primera ocasión. Y para colmo de contradicciones empecé a amargarle la vida en ese momento en que yo me vi llena de una doble felicidad, la que él me había dado a manos llenas y la que gozaba de ver coronado aquel terrorífico trance, obsesión de semanas enteras. Precisamente entonces, cuando yo me sentía plenamente dichosa, cuando se habían evaporado los fantasmas del miedo que hasta aquel momento rodeaban mi conciencia, después de haberle pedido que sellase nuestra lograda unión besando lo que él más quiere de mí —de mi cuerpo—, después de hacer que besase mis ojos, tomé el valor con un poco de *champagne* y le pedí que me

hablase de su vida. Yo quería llevarle a Beatriz Fonseca. Imaginaba que de cualquier recuerdo importante de su pasado tenía que surgir la imagen de la única persona que yo creía que había existido como rival. Suponía que había que darle ánimos y entonces le dije no sé cuántas mentiras que él —aquella vez por lo menos— acabó creyendo sin duda.

—Cuéntame cosas verdaderamente tuyas —le dije poco más o menos—. No creas que porque tenga veinte años soy una tonta. Tú has vivido mucho y no voy a suponer por un momento que me hayas sido siempre fiel. Por eso me gustaría saber cómo y con quién me has engañado.

—¿Engañarte a ti? ¿Cómo se puede engañar a una cosa que no existe?

Me dieron ganas de abofetearle porque yo desde hacía muchos años, en la sacristía el día de la boda de Irene y Diego, estaba segura de contar definitivamente en su vida. Pero me contuve limitándome a afirmarle que eso que decía él era inexacto.

—Cuando una cosa se va a querer, Juan, si no se conoce se presiente. Por eso yo empleaba la palabra engañar refiriéndome a épocas en las que tú no sabías que yo vivía.

Dudó un momento meditando qué podría contarme y en tal caso qué aventura elegir.

—Vamos, hombre, decídete —dije yo en mala hora—. Con tal que no me salgas con una historia de hijos naturales…

Con gran sorpresa mía, oír lo de los hijos y empezar a hablar fue todo uno. Me habló de aquella Pía famosa que un día en Roma se le descolgó anunciándole que estaba esperando un niño. Solamente de pensarlo siento la sangre hervirme otra vez en las venas. Porque a este marido mío no se le ocurrió mejor idea —incapaz de cometer el crimen de suprimir a un ser ya concebido— que de hacerlo nacer en un sanatorio de por aquí cerca y luego encargarse de él y hasta reconocerlo. Para eso le sirve por lo visto el Derecho Civil. La cosa no llegó a hacerse, pero no por falta de voluntad suya, sino porque la italiana tiró por la calle del medio y dejó las cosas resueltas nada menos que el día 6 de abril. El mismo día del cumpleaños de Juan. Que, entre paréntesis, está fresco si espera que yo ese día le felicite nunca o le haga un regalo. Va a tener que conformarse con el 24 de junio.

Llevaba yo un rato llorando y él no se había dado cuenta, tan metido estaba en su historia. Cuando por fin me vio echa un mar de lágrimas se deshizo en excusas y en caricias que yo rechazaba a puñetazos y patadas. Le grité que le odiaba, que era un criminal capaz, en la noche de bodas, de traer a colación nada menos que un hijo tenido con otra. Sin embargo, mi resistencia se iba debilitando porque cuando una persona está triste es siempre un gran consuelo sentir que una mano acaricia nuestro pelo, nuestros hombros, nuestros brazos.

—¿Pero a cuento de qué me pediste que te hablase de mi vida?

—Porque tenía curiosidad. La tengo. No sé cuánto daría por saber cuántas como éstas has tenido.

Él abrió la boca no sé si para sonreír o para hablar, pero no le di tiempo porque con mis dos manos la cerré temerosa de que dijese algo.

—No, no, por favor. No quiero saber nada más de tu pasado.

Separó mis manos y tras de ellas apareció su boca adornada con una ancha sonrisa. Yo le miraba buscando la frase con que poder herirle. Pero no soy tan rápida como él y en el primer intento no fui muy brillante.

—No sabes cómo me hubiese gustado —me limité a decir— tener también yo una bonita historia que poder contarte.

No sé qué más iba a decir; afortunadamente mis labios fueron tapados por los suyos y poco después entre sus brazos había —sólo por unos minutos— olvidado aquella su primera ofensa. Pero desde aquel momento mi cabeza trabajaba únicamente para devolver lo antes posible —aquella misma noche tenía que ser— el dolor que me había causado. Y con la máscara más perfecta, sin que él pudiese sospechar en modo alguno el ataque que se avecinaba, le acompañé gustosa al comedor, donde de nuevo comimos con mayor hambre si cabe que horas antes. El *champagne* ayudaba la incubación de mis propósitos, que empecé a poner en práctica cuando, otra vez ordenado el comedor, nos encontramos de nuevo en nuestro cuarto.

—No sé cuándo perderé esta costumbre mía de decir tonterías, Juan. Estoy avergonzada de mí. Me temo que si sigo así no tardes mucho en arrepentirte de haberte casado con una niña como yo.

Él trató de restar trascendencia a la cosa sin sospechar que la

importancia no había empezado todavía.

—Es tanto más absurda mi reacción teniendo en cuenta que tú eres un hombre en toda la extensión de la palabra y que los pecados que hayas cometido en el pasado son infinitamente más perdonables que los que yo, por ejemplo, pudiera haber cometido. Si mi conciencia no está tranquila, ¿con qué derecho me atrevo yo a rebuscar en la tuya?

Noté que todo él temblaba como adivinando claramente que el ataque ordenado y decidido se aproximaba.

—Vamos a cambiar de tema, ¿no te parece?

—Yo no pensaba ya en lo tuyo, Juan. Estaba pensando en lo mío. Estoy segura de que lo mío fue mucho peor.

Él comprendió el objetivo final de mis palabras y prefirió ir derecho a la cuestión.

—No vuelvas a las andadas, Marta. Ya un día, creo que uno de los primeros de nuestro noviazgo, me contaste de lo tuyo con Salcedo. Aquello vuestro duró varios meses y es perfectamente fatal que a lo largo de este tiempo se hayan producido una serie de cosas que si son normales no son precisamente oportunas esta noche.

—Sí, tienes razón, Juan. Él me besó.

—Ya me lo has dicho, Marta.

—Él me acarició, Juan.

—Te vuelvo a pedir que hablemos de otro tema, Marta.

—Sí. Tienes razón. Perdóname. Si he insistido sobre este punto es porque, del mismo modo que una vez ante el confesor, otra tenía que repetirlo ante ti. Porque lo grave de esas caricias y de estos besos, Juan, es que ellas siempre me turbaron.

Si cuando se hace el mal se obtiene una recompensa tan rápida como la mía me explico al delincuente habitual. ¡Porque yo fui tan feliz viendo lo desgraciado que le hacía! ¿Qué importaba el dolor de sus manos oprimiendo mi cuello para impedirme hablar y amenazando casi con ahogarme? ¿Qué importaba nada si en sus ojos sólo estaba yo, si su cólera era entera para mí, para mí su amor? Me amó con una violencia dolorosa. Pero mis labios no dejaron escapar la menor protesta.

VI

Papá está convencido de que yo bajo a comer exclusivamente por acompañarle, sobre todo esta noche en que Mauricio fue a la ciudad. No le saca de su ilusión, aunque la verdad es que huí de mi cuarto harta de una tarde interminable en que constantemente el recuerdo de Juan me llenó de una soledad nunca por mí tan intensamente sufrida.

—Te lo agradezco mucho, Marta; pero si no estabas bien hiciste mal en bajar.

—No creo que sigas una política aconsejable, Julio —sonríe mi madre, a quien decididamente no le hacen ninguna falta los análisis —. Porque me parece que ha empezado una época en que a tu hija no conviene llevarle la contraria.

Papá tarda largos segundos en comprender. En el fondo porque yo sigo siendo para él la hija pequeña de quien cuesta mucho trabajo creer eso que lentamente ha ido concretándose en su cabeza. Mamá y yo vemos que ha entendido porque dos gruesas lágrimas surcan su cara curtida por el aire y los soles, esa cara noble de señor labriego que se crispa ahora en la emoción. Sus lágrimas se contagian y tanto mamá como yo le acompañamos con un breve y gozoso llanto en el que no faltan ciertas gotas de amargura. Porque, lo veo muy claro, en la emoción de papá hay algo de humanamente egoísta. Llora, sí, de alegría ante el anuncio del nieto que alegrará esta casa tornada un tanto silenciosa desde que nuestra seriedad enmudeció los alborotos infantiles; pero en cambio la llegada del primer integrante de la nueva generación es un aldabonazo que papá, no lejano de los sesenta, tiene que escuchar con tristeza.

Se ha levantado y me besa en la frente admitiendo como definitivo lo que por ahora no pasa de ser una presunción muy justificable.

—No hagas demasiado caso a mamá —digo sin sentir nada de esta vergüenza que según parece acompaña siempre a las mujeres en el primer anunció de su maternidad—. Lo que dice es simple corazonada…

—Si tu madre lo ha dicho, sus razones tendrá. Tu madre se ha equivocado pocas veces, y las pocas que se ha equivocado más valiera que hubiese tenido razón.

Mamá levanta los ojos y con la mirada agradece este elogio de un marido con el que vivió casi cinco lustros de plácida felicidad.

Luego, no sé por qué, nos hundimos todos en un largo silencio como si el anuncio de la llegada de mi hijo hubiese tenido la virtud de invitarnos a encender nuestros propios pensamientos. Yo, naturalmente, corro en seguida a Juan. Dentro de nada sonará el teléfono y oiré su voz. Me llamará desde un restaurante y yo, en un par escaso de minutos, tengo que enterarme de con quién come, por qué come fuera de casa y, en fin, de todos los detalles posibles. Luego —desde esta tarde he cambiado de idea y, además, la presencia de mis padres me haría penosa la sinceridad que esta tarde le había reservado— le diré que le tengo preparado un regalo para mañana por la noche. ¿Habría mejor regalo que ese sobre de la farmacia Central que acaso yo pudiera mañana entregarle?

—A propósito, ¿a qué hora llega el tren?

Porque llevamos veinticuatro horas en pleno juego de la lechera y nos exponemos a que la vuelta de Mauricio sea un jarro de agua fría para todos nosotros.

—El tren llega a las once y media, pero hasta las doce menos cuarto no cuentes que entre tu hermano por esa puerta —responde mi madre, adivinando mi congoja.

Son todavía las diez y cinco. Casi dos horas aún esperando ese bendito o maldito papel cuya lectura va a llenarme de felicidad el alma o a cortarme la respiración hundiéndome en la asfixia de mi desesperanza.

—De todos modos, hija mía, me tienes muy poca confianza. En lugar de haberte puesto de nombre Marta como a mí, debían haberte bautizado María. Tú siempre por la nubes y sin dar importancia a los que con los pies en la tierra entendemos un poco de estas cosas.

—Mamá, déjate de Evangelios ahora. Yo sé que tú deberías tener razón. Todos los indicios lo demuestran. Pero acuérdate que el mes pasado ocurrió lo mismo y sólo de pensar… —de pronto me doy cuenta de que mi padre está delante y ahora sí me avergüenzo de hablar de estas cosas delante de él.

—¿No os asomáis un poco a la terraza? —mi padre, comprensivo, su pipa entre los labios, se aleja de nosotras y apenas en el umbral nos aconseja—: Aunque la noche quizá está un poco fría.

Mamá sonríe con esa dulzura que siempre le ha reservado y que

nunca despilfarra en los demás ni aun siquiera con sus propios hijos. A él le mira, le habla, le sonríe de un modo único lleno de un tierno y sereno cariño que a mí, conmovida en las primeras tremendas emociones de mi amor, me inspira una profunda envidia.

—Esta tarde, mamá, llamé a Juan.

—Sí, Marta; te oí desde arriba.

¿Me oyó? A Dios gracias que no estaba. ¡Con todo lo que pensaba haberle dicho amparada en lo que creía absoluta soledad!

—No sé si hice bien, pero le pedí que me telefonease.

—Hiciste bien, Marta. En cambio, hiciste mal ayer.

Establecemos otro silencio. Mamá sigue haciendo su punto y yo mirando el reloj que, como un dios Jano, me presenta dos caras. Una con una esfera rapidísima que me sonríe sarcásticamente anunciándome que Juan no telefoneará. La otra, lenta, afirmándome que es enorme todavía el tiempo que falta para que Mauricio llegue y me saque de este pozo de incertidumbre. ¿Las diez y media ya? ¿Aún? Las diez y media y no llamó. Sólo las diez y media y Mauricio llega a las doce menos cuarto. Un péndulo galopa, otro se resbala indolente sin tener para nada en cuenta la inquietud que me corroe.

—Esta noche comía fuera.

—¿Te parece mal? —sonríe mamá.

—Si supiese con quién come podría contestarte.

—¿Con quién ha de comer, Marta? ¿Crees que Juan, aunque quisiese, podría prescindir de ti?

No entiendo por qué las palabras de mamá me han hecho un enorme bien. Sobre todo parecían ser sinceras. ¡Si fuese así! Si aunque quisiese no pudiese prescindir de mí, casi casi desearía que lo intentase, que tuviese el valor de proponer la aventura no a una mujer como esa cuyo nombre no quiero pronunciar, sino a una de esas fáciles con las que todo es posible con rapidez y pocas palabras. Si lo que mamá piensa es verdad, ojalá iniciase la aventura y de pronto se encontrase con que mi recuerdo le frenaba el ímpetu y el movimiento.

Pero, Señor, ¿y si al intentarlo yo con mi lejana influencia no pesaba bastante como para contenerlo? ¡No, no, Dios mío! Aléjalo de un mal pensamiento, aléjalo porque me horroriza el peligro aunque una victoria sería maravillosa.

—Quizá entonces no te telefonee. Digo, si come fuera.

—Su madre dijo que le transmitía el recado.

—Lo decía porque son las once menos diez.

Las once menos diez ya. Las once menos diez aún. Y así Cronos, disfrazado de Jano, vuela de un lado mientras perezosamente arrastra los pies del otro. Papá, acabada su pipa, nos besa y se va. Me horroriza pensar que mamá le siga. Pero, no. En seguida comprendo que ella, esta noche, a pesar de su seguridad no me abandonaría por nada. Tan segura me siento, que, sacando un poco a relucir mi carácter, le propongo que se vaya a acostar.

—A lo mejor, mamá, tú tienes sueño. Yo podría esperar a Mauricio.

Mamá levanta los ojos un momento del punto, sonríe, y luego vuelve a su trabajo. Solamente sus palabras de contestación me llegan después de muchos segundos.

—¿Por qué dices tonterías, Marta?

Cierro los ojos y sonrío feliz. ¡Es tan bueno, cuando se tiene la desgracia de estar lejos de Juan, tener una persona como mamá que cuide de uno! El ruido de una locomotora me llena de sobresaltos y de ansiedad.

—No es ese el tren. Ese se cruza en La Almenara con el que trae a Mauricio.

Las once y veinte. Dentro de diez minutos estará en la estación y luego le veremos entrar. Llevará en las manos un pequeño sobre. Un sobre que no abriré porque él ya conocerá su contenido y con mirarle la cara sabremos toda la verdad. Y luego la felicidad o la inquietud. La seguridad de tener a Juan incrustado en mí, o la convicción de deber luchar, hora a hora, defendiendo un cariño que aún carece de raíz que le ate indisolublemente.

Mi expresión debe de ser de tal modo angustiada que mamá, dando un golpe con las agujas sobre la mesa para llamar mi atención, vuelve a dar prueba de su fe, que no necesita de pruebas ni de análisis.

—Dime, Marta: en el fondo, ¿qué te gustaría más, un hijo o una hija?

La abrazaría, la comería a besos por esa seguridad con que, en mis momentos más pesimistas, sabe siempre reanimarme.

—¡Mamá, por Dios! *Tiene que ser* un hijo.

Ya no me acuerdo de que Juan me va a llamar. Ya no pienso en que acaso en este momento esté riñendo la más importante de las batallas, aquella en que desde lejos, con sólo nuestro prestigio, tenemos que renovar los laureles que otras veces ganamos con la ayuda de nuestra piel. Todo eso ha pasado a segundo término porque ahora ya, centrada mi atención en esos pasos que se acercan, dejo de pensar en Juan para concentrarme en el problema de su hijo.

Sí, el hijo de Juan existe. Esos pasos de Mauricio me lo anuncian. Y yo, dentro de mí, vuelvo a tener la confirmación de que mi carne ha sido surco fértil que no asfixió la simiente recibida.

VII

¿Hay palabra más bella en el mundo? Friedman. Ocho letras. Sólo ocho. Probablemente sería un hombre de laboratorio que pasó años y años allí encerrado y que nunca, al morir, imaginaría la cantidad de felicidad que iba a repartir por el mundo gracias a ese sistema que a mí me permite ahora saltar como loca por mi habitación —saltar hasta que me doy cuenta de lo peligroso que puede ser esto para mi estado— llena de una alegría que me emborracha.

¿Dónde estás, Juan? ¿Por qué tengo que esperar aún veinticuatro horas para decirte que vas a tener ese hijo que desde hace tres meses estamos esperando aunque no te atrevas a decirlo? ¿Serás capaz de repetir mañana aquello de que nos estábamos creando un complejo y que en el fondo sería igual si no hubiéramos de tener descendencia?… No; yo sé lo que tú harás mañana. Volverte loco con la misma alegría que me inunda a mí a pesar de que hace diez días tenía casi la certidumbre de que esto ocurría. Pero ¡qué diferencia! Ha bastado ese nombre —Friedman— para que la seguridad haya pulverizado todas las dudas que no me permitían ser feliz los días de atrás.

Me estoy desnudando y de pronto, al ir a recoger mi camisón, no sé por qué me da vergüenza meterme otra vez entre esas blondas que prácticamente me dejan desnuda. Es casi como si mi hijo pudiese estar contemplándome. Y rápidamente, en mi armario de soltera, busco otro camisón menos elegante, menos atractivo, pero

que a mí en este momento me satisface más. Sé que tardaré en dormirme, sé que leeré mil veces esas palabras del certificado. Esas palabras que, con el laconismo con que vienen siempre envueltas las grandes noticias, se limitan a decir: *Señora Marta Valdés de Alvarado. Reacción Friedman. Positiva*.

Nada más.

PARTE CUARTA

JUAN

I

MIRO mis pies aún enfundados por los calcetines, contemplo mis piernas dentro de los pantalones y me cuesta largos minutos comprender cómo estoy allí, en *nuestra* casa, y por qué ni siquiera levanté la cubierta de seda antes de acostarme medio vestido. Hace muchos años que no me ha ocurrido nada parecido. No puedo evitar la sonrisa recordando aquella mañana —¡cuántos años hará, Dios mío!— en que mamá, alarmada, me anunció que al teléfono estaba la madre de Garrido angustiadísima porque Manolo todavía no había ido a casa. Quería saber si había estado conmigo. Efectivamente había estado, pero yo lo había dejado hacía muchas horas, al menos cuatro o cinco. Le dije a mamá que tranquilizase a la de Garrido y me tiré de la cama dispuesto a encontrarlo donde estuviera. En aquel momento los ojos risueños de Diego me hicieron detenerme. Me hallaba en el centro de la habitación con la sola chaqueta del pijama y tratando de localizar a mi alrededor la ropa que normalmente debiera haber traído al llegar a casa. Yo hice como que no me daba cuenta de la divertida reacción de mi hermano y seguí dando vueltas por la habitación. Inútil; allí no había nada. Me detuve un momento y en un acto profundo de concentración traté de recordar. Evidentemente era imposible que yo hubiese vuelto desnudo a casa. Por fin un soplete de corriente en mis piernas llevó mis ojos hacia el entreabierto balcón. Me acerqué con cuidado y allí, con ese neurasténico orden con que yo siempre dejo mi ropa cuidadosamente plegada, encontré, en la silla habitual, desde mis zapatos hasta el último de mis indumentos. La cosa no podía ser más evidente. Yo me había desnudado en el balcón buscando un poco del oxígeno que mi sangre intoxicada debía urgentemente necesitar. En aquel momento la sonrisa de Diego se convirtió en carcajada.

—¿La debías llevar buena, eh?

En un primer momento pretendí rechazar con toda energía aquel cargo. En seguida comprendí, sin embargo, que era preferible unirme a la risa de mi hermano, que se brindaba a acompañarme en momentos en que Asunción venía a anunciar el regreso de Manolo Garrido. Luego supe —almas gemelas, comentaba irónicamente Manolo— que él había dormido en un banco las últimas horas de su cumpleaños, razón del festejo tan a la intemperie terminado por varios de los participantes.

Pero ahora ha sido distinto; hoy no me desnudé en el balcón. ¿Hoy? Sí, ahora empiezo a ver claro. *Maxim's*, Rosa Reyes, mi ridícula aventura. Cierro los ojos avergonzado de mí mismo y sobre todo de pensar que el motor de toda esta absurda y denigrante aventura de ayer haya sido Marta, que se permite jugar conmigo no solamente desde cerca sino incluso cuando está lejos.

El despertador, con un ruido que me taladra el cráneo dolorido, me hace alargar la mano en su búsqueda y mis ojos se refrescan con la fotografía de Magdalenita, que me sonríe en su fotografía de tres años. ¡Qué limpia puede ser la mirada de un niño! Estoy a punto de cortar estos pensamientos cuando me doy cuenta de que estoy solo. Sí, ahora nadie va a protestar ni a llamarme ridículo por esta decepción —otra más del matrimonio— de la que con nadie me he atrevido a hablar y adivinada sólo por Marta viendo el súbito cambio de humor después de aquel primer fracaso suyo de maternidad que durante ocho días me tuvo con el alma en un hilo. Y me sentí tan ridículo después de aquella violenta discusión —la primera en que yo le alzaba la voz a Marta—, que desde entonces no he vuelto a hablar con nadie de esto y me resigno, de cuando en cuando, con mirar el retrato de mi ahijada, que realmente se me parece mucho, lo cual ya es algo para el caso —casi deseable si nuestro matrimonio no ha de marchar bien— en que me tuviera que hacer a la idea de no tener descendencia propia.

Lo curioso es cómo ella pudo adivinar mi asociación de ideas la mañana en que vine a saber que aquella expectativa de más de una semana no tenía ninguna base real. Había seguido yo muy de cerca todo aquel proceso, y una mezcla de angustiosa esperanza y de vergüenza en atacar un tema tan íntimo me habían obligado a guardar silencio, hasta que ya el tercero o cuarto día no pude evitarlo y comenté con Marta aquel auspicioso retraso que ella no

podía suponer que yo había observado.

—Por Dios, no me hables de eso. Es un tema que me da una vergüenza horrible. Además —aquí su voz adquirió ese tono agresivo que ya me venía siendo familiar— preferiría que tú no estuvieses tan al corriente con todas estas cuestiones.

Le juré, pero fue inútil, que estas cosas se estudiaban en Derecho. Me miró enfadada y me respondió que si creía que ella era tonta. ¡Si yo fuese médico! ¿Pero qué tenía que ver un abogado con esas cosas tan femeninas? Traté de hablarle del artículo 176 del Código Civil y de su origen en el Código napoleónico, pero comprendí pronto que aquello era perfectamente ridículo. Cambié de conversación y esperé. Cada día aumentaba mi seguridad en la existencia de lo que pudiera ser una gran base para este matrimonio mío al que yo empezaba a ver amenazado. Cuando se cumplía la semana, ella —también esperanzada— me permitió una alusión con menores violencias que la vez primera. Realmente, tuvo que admitir, la cosa era como para empezar a estar con la mosca en la oreja. Ya lo creo que sí, reí yo. Y por primera vez nos unimos en la común ilusión que iba a ser pulverizada dos días más tarde, cuando ya nuestra convicción estaba a punto de aconsejarnos discusión de nombres, participación a los padres y esas cosas que parece que son del caso. Una mañana me bastó mirarla para comprender que todo había sido mera ilusión. Por si su expresión no era bastante clara, ella, con ese tono de víctima que yo empezaba a detestar, confirmó mis temores.

—Te vas a llevar un gran disgusto, Juan. Tengo miedo de que me detestes.

—¡Por Dios, Marta, ya me lo figuro! —mi voz angustiada era la antítesis de mis palabras—. ¿Qué importancia tiene? Hace cuarenta días, sin que nos atreviésemos a hablar de ello, ya tuvimos una primera decepción. Esta vez nuestro error fue comentar las esperanzas. No te preocupes. Sería ridículo sospechar que porque hayan pasado dos meses y medio desde nuestra boda no vamos a tener hijos. Y aunque así fuera…

Fue entonces cuando no pude evitar el pensar en Pía y en aquel hijo, no sé si producto de la fantasía o de la realidad, de que ella me habló en Roma. Instantáneamente la vi reaccionar con un amor propio y una violencia que no correspondía en modo alguno a mis

palabras, pero que eran perfectamente lógicos de acuerdo con mis pensamientos.

—Ya te entiendo. Si no tenemos hijos no será culpa tuya. Tú podías tenerlos. Ese es todo el consuelo que encuentro en este momento. ¡Si vieras qué asco me das!

La cogí por las muñecas y la apreté fuertemente hasta que el dolor la hizo doblarse sobre la cama.

—¿A qué viene todo esto, a qué esos gritos y esas alusiones extemporáneas? ¿Sabes lo que se llama lo que tú eres?

—¿Cómo? —y sus ojos aparecían hostiles, agresivos.

—Una histérica —y dándole un empujón la abandoné a unos sollozos que no sé cuánto tiempo duraron porque yo me alejé de ella.

En aquella ocasión la paz tardó más tiempo en volver que de costumbre. El forzado alejamiento a que estaban obligados nuestros cuerpos colaboraba en mantener una hostilidad que habitualmente se rompía por el camino de las caricias. También esta vez —siempre con sus reservas mentales— fue ella la que propuso el armisticio. Estábamos ya de vuelta en España, precisamente en esa playa donde nos conocimos y en la que, de paso, habíamos querido saludar a nuestros familiares veraneantes allí. Tras el baño en la playa en aquel mismo sitio en que trece meses antes la conociera, ella me cogió de una mano y nos pusimos a caminar por la arena, que el azul intenso del mar hacía más dorada todavía.

—¿Me podrías tú llegar a querer, Juan —dijo simplemente, espantándome con lo exacto de su planteamiento—, si yo nunca fuese capaz de darte un hijo?

—¿Por qué hablas de llegar a quererte?

—Porque sí. Porque yo no creo que tú ahora me quieras.

Había en sus palabras una tan profunda y sincera pena que me sentí conmovido. Sin importárseme un bledo de lo pequeño de aquella playa que no permitía ninguna libertad de movimientos, la acerqué junto a mí y la besé profundamente.

A nuestras espaldas un grupo de protestas ruidosas y sonrientes no nos impidió alargar la ceremonia con que celebrábamos la paz. Pero de hijos, ni Marta ni yo nunca más hemos vuelto a hablar.

II

Mamá me oyó perfectamente llegar. Me basta mirarla a la cara para comprender en ese familiar gesto de censura que lo sabe todo. Responde con frialdad a mi beso y deja que yo hable con mi padre planteando una serie de detalles para estos seis o siete días en que voy a estar ausente. Sólo cuando me levanto para ir a la Universidad concreta en una pregunta todo su enojo.

—Por lo menos, ¿telefoneaste a Marta?

—No, mamá, no. No la he telefoneado.

—No será porque no hayas leído la nota que te dejé arriba. Tuve la corazonada de que irías a vestirte allí, aun cuando no creí que también te quedases a dormir.

Hago como si no entendiese la indirecta y explico que, después de todo, aquella noche voy a estar con Marta, y mi larga experiencia de novio y ahora también de casado me ha demostrado que el teléfono no es un instrumento que nos sea favorable.

—Tú eres un rencoroso.

No puedo evitar el sonreír ante este último esfuerzo de mamá intentando que yo dé mi brazo a torcer. No puedo explicarla que no tendría el menor inconveniente en telefonear a Marta; que estoy deseando oír su voz; que me encuentro más esclavo que nunca después de la humillación sufrida la víspera en que fracasé en mi intento de ofenderla con otra mujer. No puedo decirla que si yo no telefoneo a Marta es porque tengo miedo de que ella descubra en mi voz toda la vergüenza por la absurda aventura de anoche. Esto no debe saberlo nunca. Sería tremendo para mí. Hay pocas mujeres preparadas para soportar el triunfo que significa que su piel sea incluso capaz de mandar a distancia. Y yo no puedo nunca confesar lo de anoche a Marta como lo hubiese hecho si, según parecía lógico, lo de ayer hubiese sido un cumplido adulterio realizado en medio de una deliberada borrachera con la que se buscaban las fuerzas necesarias para la venganza. Esto se puede confesar un día. Hay casi la seguridad de obtener un perdón. ¡Pero proporcionar a la persona de quien nos queremos vengar la satisfacción de decírselo…! No, mamá. Es difícil de explicártelo, pero yo no puedo ahora hablar con Marta. Sería terriblemente peligroso. Ella, con esa intuición extraordinaria que tiene, podría incluso adivinar lo que no debe saber nunca.

Me voy corriendo antes de que de sus labios salgan palabras de

indignación por esta actitud de intransigencia que ella no acierta a comprender. Porque mamá claro que supone que yo ayer no estuve precisamente en la iglesia hasta las tantas de la mañana; pero precisamente por eso piensa que yo debería ahora haber hablado con mi mujer.

Estoy ya en la puerta de la casa cuando oigo de nuevo su voz que ha conseguido, liberada momentáneamente su atención de nuestro problema, recordar una noticia de importancia.

—Juan, se me olvidaba decirte que Diego viene a almorzar. Lo trae en el coche no sé qué ingeniero y luego creo que se vuelve contigo.

Esta noticia me llena de alegría. Veo poquísimo a Diego y cada vez nos entendemos mejor. Después de todo, el viaje mío a Tres Fuentes empieza bajo los mejores auspicios.

III

Faltan escasamente diez minutos para la hora de empezar los exámenes, pero no me preocupa ser por una vez el último en comparecer. Sin prisas, pues, me encamino hacia la Universidad esta mañana que, en cuanto amainó un poco el viento norte, repite de nuevo el calor insólito de los días pasados.

Apenas me encuentro solo en la calle mis pensamientos empiezan a examinar las razones que ayer me hicieron cometer tal cúmulo de insensateces. ¿Lo de Salcedo? No. Eso parece liquidado, y después de una actuación mía, de la que no ciertamente puedo enorgullecerme, debo confesar que su nombre casi se me había olvidado. De ganas de juerga tampoco se puede hablar, porque la verdad es que no tenía ninguna. No las tenía por más que vaya ya para cuatro días mi separación de Marta. Digo cuatro, aunque en realidad son ocho, porque el viernes pasado, sin que ninguno de los dos hayamos hecho alusión a la cosa, se cerró otra etapa, sin que tampoco aparezca la esperanza de inmediata filiación. Me figuro que Martita, que estará al tanto de todo, aconsejó por eso a Marta irse esos días a Tres Fuentes; así evitaba diálogos sobre lo que evidentemente constituye una profunda decepción. Pero, a pesar de todo, insisto en que en lo de anoche no intervinieron para nada mis ganas de juerga. Lo que me sublevó la sangre posiblemente fue esa

absurda manía de hacer apuestas cuando en la sala de juego me empeñé en demostrar que la suerte estaba al servicio de la verdad, y la verdad futura a través de aquellas cartas me lanzó a la cara una serie de insultos realmente intolerables. Quise vengarme de unos tremendos pronósticos nacidos de la revelación de unas cartas y así fue el resultado… Meto las manos en los bolsillos y el resto de los billetes de anoche me quema las manos. Los saco y entre ellos una tarjeta me refresca la memoria: «Rosa Reyes. Pensión Olimar. Teléfono 21638». Me estremece pensar que esta tarjeta hubiese podido caer en manos de Marta. Minuciosamente la rompo haciendo de ella pequeños pedazos que tiro por una alcantarilla. Tengo los billetes en la manó y dudo si no debería hacer lo mismo, pero comprendo que no tengo derecho a ello. En aquel momento mis ojos tropiezan con una tienda de compra y venta y, a medida de mis deseos, veo en el escaparate una de esas cadenas antiguas de reloj y monedero, tan del gusto de los indianos, que hace mucho tiempo me he prometido regalar a Marta para que la enrolle en la muñeca a modo de pulsera. Cuento lo que quedó de la noche, que es más de la mitad de lo ganado. Entro y pregunto el precio de la cadena, Todavía tengo que añadir unos billetes, y sin discutir el precio la adquiero de un viejo con cara de pájaro recomido y magro al que ya otra vez en mi vida creo haber encontrado en situación bien distinta de la de ahora. Bueno, no sé si puede decirse que exactamente distinta, porque tampoco esta operación que vengo a hacer me parece perfectamente legítima. Comprarle una pulsera a Marta con un dinero… Pero ella no va a saber nada de todo esto. Me siento más ligero, más libre cuando me he deshecho de aquellos billetes y aquella tarjeta que eran como ligaduras que me ataban a la noche poco edificante que viví ayer. A pasos largos me dirijo a la Universidad. Entre unas cosas y otras se hizo muy tarde, y al entrar en Secretaría oigo la voz de Ibáñez que sonriente comenta mi tardanza.

—No siempre he de ser yo el que se retrase, amigo Alvarado.

Hace unos minutos a esta frase hubiese contestado de muy mala manera, pero ahora, con la pulsera de Marta en el bolsillo y la noticia de la llegada de Diego, me siento perfectamente feliz. Tanto, que hasta soy capaz de sonreír con aire de cordialidad a mi colega el profesor de Derecho Canónico.

IV

Mayor cuantía… menor cuantía… amigables componedores… incidentes de previo y especial pronunciamiento… no ha lugar… considerando al compareciente con la capacidad legal necesaria…

Las frases de los alumnos de Procedimientos y Práctica resbalan por mis oídos, mientras mi imaginación está pendiente de la expectativa creciente que nace de mi próximo encuentro con Marta. Ya sólo doce horas. Es inútil que mi cerebro intente frenar a mi sangre porque no lo consigue. ¿Qué se ha de hacer si nuestro amor es un amor pagano? Lo único indiscutible es el asentimiento mutuo con que nuestras pieles siempre dominan nuestras cabezas.

Mi mano aprieta casi sensualmente el paquete con la pulsera que acabo de comprar, como en un adelanto de esas caricias que he de tributar al brazo para el que la pulsera fue destinada. No se trata de un regalo hijo de la ternura nostálgica en esta primera separación de recién casados. No; mis ojos, al descubrir la pulsera, pensaron lo bien que este oro oscuro casaría con la epidermis quemada de Marta. Es inútil oponer hipócritas razonamientos llenos de falsedad. Desde que la vi aquella mañana junto al agua del Mediterráneo lo que me impresionó fue pura hambre fisiológica. Un hambre que ahora renace con el aliciente además de que lo delicado del manjar que me espera no es ya una incógnita sino algo bien familiar a todos mis sentidos. En el subconsciente esta idea trabajó desde el principio. La anécdota del confesionario, que no me he atrevido a contar a nadie, demuestra hasta qué punto mi amor físico por Marta me parecía lleno de profanidad y fronterizo casi con el pecado. En mi incidente con el sacerdote en el confesionario no pudo haber ningún tipo de preparación, sino que fue el explotar inconsciente de la idea que me rondaba. ¡Qué lejos estuvo nunca Marta de interpretar aquella sonrisa con que yo salí de junto al confesor el primer domingo después de nuestro matrimonio! Ella, la víspera, había insistido en que comulgásemos el primer domingo de casados. Ya en mi noviazgo había apreciado cuán sinceramente tenía una fe profunda. Una fe que casi a los dieciséis años, entre el olor del incienso, la pompa de las sagradas vestiduras y un Bach tocado tierna y torpemente por manos femeninas en el armonio del Convento, le habían hecho creer incluso en una vocación religiosa

que el contacto con la vida acabó por disolver tan rápidamente como aquella que un día me anduviera a mí también por la cabeza. Nada tenía que objetar a su deseo porque yo tengo una fe que por nada del mundo quisiera perder; una fe de carbonero, que es la que tuvieron los míos y que antes que de la cabeza me brota de la piel misma.

Me costó conciliar el sueño, mas al fin conseguí dormir y muy de mañana fuimos a una iglesia cercana al hotel para poco tiempo después encontrarnos arrodillados ante un mismo confesionario. Ni para ella ni para mí era problema una confesión en francés teniendo en cuenta sobre todo que el miércoles anterior, el día de nuestra boda, ya habíamos recibido el sacramento de la Penitencia. Apenas hice mi examen de conciencia; creía tener más tiempo, pero el sacerdote, que acababa de confesar a un hombre delante de mí, en lugar de abrir la ventanilla lateral me hizo un gesto ofreciéndome la preferencia. Empecé con la rutina de siempre: la ira, la soberbia… y llegué a la carne. «Je m'acusse, mon pére…», y con nerviosidad inicié una contabilidad extraña. ¿Cuántas veces había yo faltado a la carne…? El sacerdote me miró intrigado, y de pronto una risa sana, una risa que no pudo herirle en ningún momento, porque el anciano sacerdote francés me comprendió en seguida, fue prólogo de mis palabras avergonzadas y nerviosas: «No, padre, perdón. No cometí ningún pecado de carne. Le parecerá a usted absurdo, pero olvidaba que desde el miércoles yo estoy casado.» Sonrió, me dio un golpe amistoso en la espalda y, antes de que prosiguiera mi confesión, me dijo solamente: «Hijo mío, algún día comprenderás la gran diferencia que hay entre este amor de ahora y los otros clandestinos y pobres de antes». Después de absolverme me levanté del confesionario. Una sonrisa de felicidad, propia de quien ha descubierto que no debe nada cuando se creía comprometido en grandes sumas, campeaba en mis labios. Recuerdo que, al salir de la Misa, Marta me preguntó por qué reía al levantarme del confesionario. Me limité a contestarle que el padre había hecho una alusión a nuestro reciente matrimonio.

Pero ahora, mientras estos estudiantes nerviosos hablan del juicio de *ab intestato*, las palabras del sacerdote francés han vuelto a mi mente. «Algún día comprenderás la diferencia entre este amor y los otros.» El cuerpo perfecto y despreciado de Rosa ha venido a

mi imaginación y me ha proporcionado un profundo estremecimiento. Tenía razón el viejo cura. La diferencia es grande. Enorme.

V

—Bueno, Dios mediante, será hasta el próximo jueves. No nos vaya usted a faltar a la inauguración del curso —don Anselmo me despide mientras se aleja con su paso minúsculo y nervioso.

¿Faltar? No. Todavía me es bien grato pasear la toga de doctor en público. El curso pasado me senté por primera vez entre los profesores recordando cuando de estudiante estaba «en el otro lado de la barricada». No faltaré, no, don Anselmo. Ni siquiera mis problemas personales podrían detenerme de este acto que ya de estudiante me atrajo siempre con un sentimiento de emoción y de alegría al renovar contacto con compañeros olvidados los meses de verano.

La Universidad fue siempre el gran amor de mi vida. Fue. Está bien dicho así. Porque, ¿podría decir que sigue siendo el primero? No, no podría. No podría porque es indudable que desde hace un año, con carácter casi obsesivo, mi imaginación está pendiente de Marta. Y si no, basta pensar en lo de anoche. Si ella viese algún día bailar a Rosa Reyes y yo le explicase mi fracaso, ¿creería que le miento?

Miro el reloj y me encuentro libre después del período de exámenes, minutos antes de la una, este sábado 30 de septiembre que me da cinco días de calma para consagrar a mi mujer. No voy a ir al Casino, primero porque me horroriza encontrarme a Manolo Garrido después de lo de anoche, y además porque quiero estar en casa cuando llegue Diego. Por lo tanto me limito a ir caminando despacio para llegar cuando ya mi hermano haya terminado sus quehaceres.

Ni siquiera la alegría y el interés que la presencia de Diego despiertan siempre en mí han conseguido primar en esta meditación durante los últimos exámenes, que, como de costumbre, se ha circunscrito exclusivamente a Marta. Además, Diego es un buen punto de arranque para llegar a ella en una fácil asociación de ideas. En el fondo, gracias a él —gracias a él o por culpa de él— yo

estoy casado con Marta. Sin la idea de aquellos quince días juntos en la playa mediterránea es difícil que yo hubiese establecido contacto con una familia que gran parte del invierno la pasa en sus tierras de Tres Fuentes. Aunque, sin embargo… Claro, olvidaba la graciosa historia del beso… Una historia bastante reciente, porque me la contó Marta a raíz de nuestra reconciliación en la playa donde nos habíamos conocido, después de los siete días de silencio absoluto que siguieron a la disputa originada por el chasco de su supuesta y fracasada maternidad. Resulta que Marta y yo nos conocemos hace más tiempo. Nos encontramos, según parece, el mismo día de la boda de Diego. Yo, cuando ella hablaba, fingí no recordar nada en absoluto, porque he aprendido a ser cauteloso.

—Debo confesarte —rió ella, después de haber sellado las paces con un beso en aquel mismo escenario del que yo creía nuestro primer encuentro— que en esta misma arena en que te conocí te dije mi primera mentira.

—¿Tú? ¿Qué mentira pudiste decir en aquella mañana si apenas hablaste?

—Fingí que no te conocía.

—Y ¿me conocías por ventura?

—¿Que si te conocía? ¿Cómo no voy a conocer al primer hombre que me había besado?

En un primer momento confieso honradamente que creí que se estaba burlando de mí. Pero luego siguió hablando y comprendí perfectamente qué era lo que quería decir. Parece ser —esta es su versión— que al entrar en la sacristía para firmar el acta de matrimonio de Irene y Diego, ella, que era una de las damitas de honor de la novia, preguntó a una pariente común quién era aquel muchacho alto y con cara de pocos amigos que estaba entre los testigos de los novios. La frase había llegado a mis oídos, y yo entonces dirigiéndome a ella, que era reprendida por la pariente en cuestión, la tomé en mis brazos y le di un beso en la mejilla como inesperado castigo a su alusión. Luego —esto me figuro que me lo dice por endulzar la reconciliación— aquel beso fue unido siempre a mi recuerdo, que permaneció vivo en su imaginación los casi siete años que tardó en encontrarme.

—¿Tú estás segura de que era yo quien te besó en la boda? —mentí, porque yo no quería contar a Marta el recuerdo que yo

conservaba de aquel incidente.

—¿Que si estoy segura? ¿Tú crees que hay muchos hombres con tanta cara de malhumor como tú? —rió mientras apoyaba su cara sobre mi hombro.

Reí con ella, pero no le confesé que también yo, a través de aquellos años, había de cuando en cuando recordado la mejilla fresca que en un movimiento impulsivo besé en la boda de Diego. Porque lo que en principio fue un gesto puramente cariñoso y de humor, apenas mis labios habían tomado contacto con aquella carne, sufrió una desviación sensual que yo no podía ocultarme a mí mismo cada vez que repasaba la historia. Pero —¿sería sensato descubrir esto a Marta?— aquel rostro era un rostro atractivo, una cara de nariz respingona que recordaba la de ciertas provocativas modistillas que uno suele encontrar por la *orilla izquierda* parisina. Confieso —y ello no ha sido obstáculo para que después mi amor o mi deseo por Marta se manifestase ampliamente— que no me pasó por la imaginación, cuando la vi sobre la playa, que ella tuviese nada que ver con la chiquilla de la boda de Diego. Aquélla —quizá mejorada por esa lejanía que siempre es generosa con los temas recordados— era mucho más bonita que Marta. No. Nunca se me hubiese ocurrido pensar que aquellas dos muchachas fuesen una sola, aunque en el fondo aquella electricidad que mis labios sintieron besando la mejilla de la niña de once o doce años fue la misma que tantas veces me hizo estremecer cuando tuve luego a Marta entre mis brazos.

VI

El tremebundo abrazo con que Diego me recibe me deja unos momentos sin respiración. Él los aprovecha para tomar la delantera.

—Pero, qué bárbaro, Juan. Estás viejísimo. Tienes el pelo completamente blanco.

Sé que ha hablado en broma. Lo que él no sabe es que bajo esa anhelante sonrisa con que recibo sus palabras hay escondido un súbito malhumor porque su frase ciertamente me molesta. Y me molesta precisamente porque lo que ha dicho es verdad. Pensar la cantidad de veces que Diego y yo hemos comentado la lentitud del tiempo cuando de puntillas debajo del aparador de la cocina

tratábamos de ver si ya llegábamos a rozarlo con nuestro pelo intencionadamente despeinado para ganar unos cuantos milímetros de ventaja. ¡Cómo cambió todo! ¡Qué distinto el ritmo del tiempo! Las palabras que digo son dignas de Perogrullo y, sin embargo, a mí me llenan el corazón de tristeza. Es verdad, se baja más de prisa que se sube; es muy lento crecer en la infancia y horroriza en cambio pensar lo rápido de ese tobogán por el que uno se desliza hasta la vejez.

Por fortuna Diego no es un hombre que conceda demasiado tiempo para tristes meditaciones. Un chaparrón de preguntas me obliga a olvidar la preocupación que la alusión a mi pelo blanco me causara y, en seguida, lo comunicativo de su vitalidad me ha curado el pasajero pesimismo.

Marta, mis suegros, nuestro viaje de bodas, yo. Nada olvida. Pero mis respuestas son demasiado formales para que él deje de comprender que no puedo contestarle, aquí delante de mamá, con la sinceridad probada en mil contradictorias ocasiones.

—De todo vamos a tener tiempo de hablar esta noche en el tren. Porque ya sabes que voy contigo hasta La Almenara.

La Almenara es la estación anterior a Tres Fuentes y ello me llena de una alegría que me aleja rápidamente de mis canas, de mis problemas, de todo lo que no sea esta satisfacción que me produce el tener otra vez a Diego en el viejo ambiente familiar, sentados en estos mismos sillones de cuero rojo del comedor, mientras mamá interviene periódicamente en nuestras conversaciones, sin abandonar por eso el cuidado de Asunción que marmotea protestas fielmente repetidas los últimos cuarenta años.

Por si la evocación necesitase algo, ahí están esos dos timbrazos con que nuestro padre anuncia su llegada. Es algo que nadie se atrevió a imitar. Uno puede tocar una vez largamente, tres cortas, cuatro, cualquier cosa. Pero esos dos toques secos, cordialmente imperativos, únicamente anuncian al jefe de la casa. Y de nuevo, con el mismo espíritu de hace muchos años, nos sentamos a la mesa y establecemos un mudo silencio dedicado por todos —¿qué necesidad hay de abrir la boca si el tío Miguel nos ve a los cuatro? — en recuerdo del que durante años fue el quinto comensal.

Luego mamá hace la señal de la cruz y los pasos de Asunción, menos firmes que antaño, anuncian la llegada de un plato que se

adivina sin necesidad de verlo. ¿No es Diego el invitado de honor? Pues entonces…

VII

He tratado inútilmente de concentrarme en dos o tres informes de asuntos que mi padre me ha encomendado. Pero fue inútil. He comprendido que nada había que hacer, y después de encomendar a mamá y a Asunción que entregasen a Diego mi maleta cuando él viniera a recoger la suya, me despido porque yo iré directamente a la estación.

No quiero pensar. No quiero hacer más concesiones a la fantasía ahora que tan cerca de la mano tengo a Marta. Son las cuatro y media y antes de cinco horas correrá el tren que me lleva a Tres Fuentes. Poco después trataré de ocultar mi emoción con palabras duras, aparente respuesta a agravios que si existieron —realmente su actitud en el teléfono fue imperdonable— hace mucho tiempo que los pulverizó mi ansia de tenerla cerca.

Me meto en un cine otrora familiar. Éste sí que ha cambiado. Terciopelos y espejos en aquel desnudo y largo corredor en que, estudiantes de bachillerato, veníamos los jueves y domingos a ver las aventuras en serie de un héroe que se llamaba William Duncan. ¡Qué cerca está todo!… Pero ¿no quedamos en que no quiero conceder un átomo a este morboso maquinar de la imaginación? Entro y trato de concentrarme en la película. Lo logro a medias porque las agujas del luminoso reloj que sobre la puerta orientan al espectador, de tanto en tanto me mandan el mensaje de la proximidad de mi encuentro.

A las siete estoy de nuevo en la calle y, tras un corto intento de pasear por las calles polvorientas de la ciudad que hace sus últimas compras antes de que las tiendas cierren, me meto en otro cine. Éste apenas lo conozco. Fue construido después de haber ido yo a estudiar en Alemania, y en mis cortas épocas de descanso fui poco a espectáculos. Dan aquí una revista americana. Los cuadros son de una perfección matemática. Pero más extraña aún es la perfección fisiológica de todas esas muchachas que intervienen en el coro. Piernas perfectas, perfecta cadera y perfecto busto. Producen, sin embargo, vistas así en conjunto, la sensación fatigosa de que han

sido fabricadas en serie, de que bastaría apretar no sé qué misterioso tornillo para ver desarmado ese mecanismo tan maravillosamente idéntico a todos los demás. En cambio… la comparación es perfectamente estúpida, pero no puedo evitarla, ese otro cuerpo que es mío —quiero creer que es así— no se desarma, no tiene resortes y sobre todo no da nunca la impresión de que pudiera encontrarse al lado del de otras veinticinco muchachas que tuviesen que enseñar la cara como documento de identificación.

Me levanto antes de terminar y, con mucho anticipo, a pesar de la lluvia que empezó a caer, camino hacia la estación. Debo esperar casi media hora hasta que, junto al mozo que conduce su equipaje y el mío, veo llegar a mi hermano Diego, en los labios su eterna sonrisa despreocupada y optimista.

VIII

Hemos ido al restaurante en la primera serie y la mesa de dos sitios nos permite un diálogo que hubiese sido imposible en el compartimiento en que cuatro personas más frustraron varias veces el intento con un no disimulado interés por nuestras palabras. Aquí es distinto. Aquí podremos —ya sé que le voy a amargar la noche a Diego— hablar de cosas que fueron imposibles esta tarde delante de nuestros padres, a los que no hay por qué anticipar una noticia que ya se encargará la realidad de llevar a su conocimiento.

—Bueno, filósofo —mi hermano finge esta vez un humor que no consigue cubrir totalmente su ansiedad—, y ¿qué cuentas de la nueva vida?

—Horrorosamente feliz.

A pesar de que mis palabras en cualquier otra circunstancia hubiesen hecho reír a Diego, esta vez con un patetismo especial consiguen frenar su ironía.

—¿Horrorosamente feliz? ¿Qué quieres decir?

—Que esa felicidad inolvidable que he vivido hace mucho más triste aún la convicción de que mi unión con Marta es un fracaso.

—¡Ah! ¿Te referías a eso? Menos mal. Menudo susto me diste.

—¿Te parece poco?

—Me parece perfectamente normal que pienses así, que es como piensa cualquier marido inteligente a los cuatro meses escasos de

haber perdido su libertad.

¿Qué quiere decir Diego? ¿Será posible que ya antes de mí una reacción análoga se haya producido en algún otro hombre? Y de pronto, no sé por qué, con una angustiosa necesidad de aferrarme a alguna esperanza, pienso en aquellas solitarias excursiones mías al diccionario que yo creí haber inventado y haber sido el primero en practicar cuando necesitaba descifrar todo un cúmulo de apasionantes humanos jeroglíficos. ¿Será posible —¡Dios mío, qué maravilloso sería!— que también esta vez la senda de tortura que voy recorriendo sea trámite normal para llegar a una situación estable en la vida?

—Supongo que tratas de consolarme —con mis palabras quiero evitar que nada de lo que Diego pueda decirme nazca de la piedad.

—Ignoro cuáles son tus problemas —me responde con sinceridad Diego—. Me limitaba a decirte que la adaptación de soltero a casado no es trámite fácil.

—Sí, pero lo mío…

Empiezo un largo, inacabable monólogo como si estuviese totalmente solo, ya que los oídos de Diego fueron a lo largo de toda mi juventud una prolongación de los míos. Sin prisas, con todo lujo de detalles, repito todo este pesimista examen de conciencia formulado en los cuatro días de separación. El miedo a que mi pasión por Marta sea puramente de carácter físico. La seguridad de que ella no me quiere. Esa gran diferencia de edad que va a agravar los problemas. La incomprensión suya ante tan normales aspiraciones como es, en ocasiones, un poco de soledad. Y luego, por ridículo que parezca, los hijos…

La carcajada de Diego, respetuosísimo a lo largo de mi perorata, me hace bien aunque finja malhumor. Es demasiado espontánea su risa para haberla producido únicamente al servicio de mi consuelo.

—¿De verdad crees que la cosa es como para reír? —digo con un tono al que imprimo el mayor dramatismo posible.

—Querido Juan, la risa es símbolo de sensaciones muy diversas. Te juro que en este caso yo reía de alegría.

—¿Estás loco?

—No, no lo estoy. Pero te confieso que antes de empezar tú a hablar hubo un momento en que temí que realmente hubieses dado un paso en falso.

—Pero ¿es que lo que te he contado no te parece suficiente como para justificar mi pesimismo ante el futuro?

—Querido hermano, lo que tú me has contado me parece ampliamente suficiente para que tu matrimonio sea un matrimonio feliz. Y no olvides que no hay ninguna fórmula, llámese celibato, matrimonio, estado religioso o vida de abyección, que haya conseguido evitar el que sus integrantes formen parte de lo que por definición divina es un valle de lágrimas. Ahora bien, dentro de estas limitaciones que la naturaleza humana impone a nuestra felicidad, yo creo que tú la tienes asegurada.

Las palabras de Diego me hacen un gran bien, y con una infantil insistencia le obligo a repetir conceptos para estar seguro de que me habla con sinceridad.

—Perdóname, pero eso que dices no tiene ningún fundamento. Hubieses podido afirmar que todo lo que te he contado no tiene la importancia que yo le atribuyo. Pero de ahí a pretender que mis recelos son nada menos que los cimientos ideales sobre los que debe basarse un matrimonio feliz…

Se establece una pausa impuesta por el mozo a quien Diego, sin consultarme, pide dos dobles de coñac.

—Para que en ningún caso me consideres un optimista, debo decirte que uno empieza a darse cuenta de cómo le va a ir en el matrimonio sólo después de los cinco primeros años.

—¿Te estás burlando de mí?

—Nunca hablé más en serio. Marta y tú, en el fondo, sois hoy casi dos desconocidos. Os faltan esas ataduras que son la enfermedad, el dolor, los hijos… Sí, sí, tranquilízate, que los hijos vendrán cuando tengan que venir y vendrán pronto. No hace aún cuatro meses que te casaste. Tu pesimismo es realmente divertido.

No contesto porque deseo fervientemente que Diego tenga razón. Él sabe, sin embargo, que yo no aguantaré mucho este silencio porque una serie de interrogantes me acucian desde que oí sus últimas palabras. Al fin, ayudado por un buen sorbo de coñac, le pido la confidencia.

—¿Tú también sufriste algo parecido?

—Sí. Corregido y aumentado. Hoy, sin embargo, con nueve años de matrimonio, soy perfectamente feliz, aunque tres veces por semana le jure a Irene, y se lo jure con cierta seriedad, que la mayor

de mis barbaridades fue la de casarme con ella.

¡Entonces, no soy yo solo! ¿Entonces pudiera incluso estar en camino no digamos de la perfección —no pido tanto—, pero al menos de una discreta normalidad?

—A ti te gusta la tortilla, ¿verdad?

La pregunta de Diego me desconcierta y tardo en contestar, porque no sé si ha perdido el juicio.

—Claro que me gusta. Pero qué tiene que ver…

—¿La tortilla con un poco de cebolla?

—Naturalmente.

—¿Y más bien compacta que no deshecha?

—Sí, Diego. Hemos comido millones de veces tortilla juntos. ¿A qué esa curiosidad?

—¿A qué? Pide a Dios que en casa de tus suegros tengan de la tortilla la misma idea que tenemos nosotros. Yo hace ocho años que tengo que tomar tortilla sin cebolla y bien babosa.

La indignación de Diego sobre un problema de tan poca importancia me hace sonreír pensando en que nuestro planteamiento es distinto. Él, sin embargo, entiende mi expresión y sale en seguida a mi paso.

—No sonrías con aire, superior, Juan. La tortilla de patatas y cebolla es muy importante en un matrimonio. Mucho más que todas tus preocupaciones sobre la soledad. Afortunadamente, superior a la que te produce esa ansiedad por unos hijos con que Dios te va a colmar. El pequeño detalle es el más difícil de soportar en la vida.

Sonríe buscando indudablemente esa serie de piedrecillas que, dos o tres veces por semana, le hace gritar con una convicción absoluta que hubiese deseado no casarse.

—Como la tortilla, el cocido, y como el cocido, esos panes de higo con almendra que yo comía todos los días y que ahora no puedo hacer porque los niños me ven y no está bien hacer eso en la mesa. ¡Qué sé yo! Tiene uno que adaptarse, Juan. Llega uno a cosas tan prodigiosas como es tolerar que el dentrífico se saque apretando por medio en lugar, como sería lógico e hicimos toda nuestra vida, de apretar siempre por el extremo final. Se llega a eso y a más. ¿Tú recuerdas nuestra costumbre de dormir con el balcón abierto?

—¿Tampoco te deja Irene dormir con el balcón abierto?

—No es lo malo que no me deje. Lo malo es que en mis épocas

de soledad, cuando viajo por ahí sin ella e intento abrir el balcón, para demostrarme lo que era la vida de libertad, tengo que levantarme apenas en la cama porque estoy muerto de frío.

No sé por qué, con un conformismo que Diego no podría suponer, me pregunto —yo me casé con Marta el día quince de junio y no hemos conocido todavía un día de invierno— si en los meses venideros me dejará dormir con el balcón abierto o tendré yo también que adaptarme a los nuevos estilos como el pobre Diego. ¿Pobre? Lo veo encender un cigarrillo, aspirar con delectación el humo, gozar de ese acto que está realizando, como goza de cuanto hace en la vida, y debo confesarme que nada tiene que pueda inspirar lástima.

—Don Diego —dice el revisor, que conoce a mi hermano—, la próxima es La Almenara.

—Supongo que no cabe ninguna duda. Esta comida tienes que pagarla tú —dice, sonriendo, Diego.

Con un gesto raro de ternura que crispa a mi hermano de emoción, aunque él trata de simularlo, coloco mis manos sobre las suyas y le doy unas cuantas palmadas.

—Diego, no sabes el bien que me has hecho con esos pocos minutos. No sé si eran fantasmas o no todas estas ideas que me rondaban, pero por lo menos tú has conseguido que en este momento me lo parezcan.

Retiro mi mano y él entonces mirándome a los ojos, con una voz muy distinta de la que ha empleado hasta ahora, una voz nostálgica en la que también estoy seguro que está metido ese dolor por el paso del tiempo que sentí yo esta mañana cuando me recordó el color blanco de mi pelo, con una voz tremendamente sincera y afectuosa responde a mis palabras:

—Ojalá sea verdad que yo te he podido hacer bien. Nada desearía tanto en mi vida. Porque si así fuera te habría pagado una pequeña porción de lo mucho que te debo.

Me siento incómodo porque la emoción se me está subiendo a la garganta, y con un gesto trato de detenerle.

—Sí, Juan. Yo no puedo olvidar que tú un día, precisamente en el momento en que al albor de la edad de la razón yo me encontraba en la encrucijada del bien y el mal, me enseñaste algo que nunca olvidé desde entonces. Que uno puede ser muy hombre y

muy honrado al mismo tiempo.

El tren nos zarandea mientras deshacemos el camino hasta nuestro compartimiento. Dentro de escasos minutos estaremos en La Almenara. Ya no hablamos más. Diego tiene el más radiante rostro que yo le haya visto durante años. Cuando el tren para, ágil, sonriente, en una mano su maleta, me ofrece la otra, que yo estrecho con toda mi gratitud.

—Adiós, Diego, y gracias también en nombre de Marta.

—¡Ah! ¡Olvidaba a ésa! De cuando en cuando dale un buen grito. Eso no hace nunca ningún daño.

Reímos, y él no espera que el tren parta. Supongo que va a esconder, porque le da vergüenza, esa misma lágrima que a mí no me importa nada que se esté asomando a mis ojos. La noto desbordar el párpado y rodar silenciosa, rítmica, por mi mejilla. Parece llevar el compás de mis pensamientos. Mis pensamientos que pausada, firmemente, repiten los minutos que me separan de Tres Fuentes el mismo encendido augurio. ¡Dios mío, si fuera verdad! ¡Si esto tuviera arreglo! ¡A lo mejor no es esta la primera luna de miel que provocó pesimismo! ¡A lo mejor esto puede durar años!

MARTA

I

La náusea es más fuerte que ayer o anteayer y, sin embargo, la venzo mejor. Sé que es algo consubstancial con el crecer de mi hijo y ello me hace aceptar y vencer el malestar tremendo que me ha invadido apenas terminé de desayunar.

Mamá, en silencio, ha contemplado la corta lucha y me sonríe con un punto de orgullo y satisfacción cuando me ve vencedora de mi propia carne.

—Haces bien de no recluirte en la cama. Hay que luchar desde el principio.

—¿La cama? ¡Vas a ver! Hoy me voy a cruzar cuatro veces el Arroyo.

Después del lento paréntesis que el viento norte nos concedió ayer, de nuevo el anómalo calor de fines de septiembre vuelve a hacerse sentir. Vamos juntas mamá y yo con el corazón y el paso más ligeros que hace cuarenta y ocho horas. Yo sé que aquella absoluta seguridad que mamá pretendía en relación con mi embarazo tenía mucho de fingido y que también ella fue anoche muy feliz convencida de que ese hijo ha de contar más en nuestro matrimonio que cualquier otra cosa.

Cuando llegamos al Arroyo tengo una pequeña decepción. No están los Méndez, y yo desde anoche mismo, desde que leí el lacónico análisis que Mauricio me trajera, me he propuesto hacer pagar a Carlos la tarde que me hizo pasar anteayer. Confiaba encontrarlo aquí porque no quiero volver a buscarle, ya que estoy segura que interpretaría de un modo estúpido mi vuelta a su casa, cuando lo que yo quería decirle no tendría nada de agradable.

Cruzo cuatro veces el río. Una tontería, ya que en total no alcanzará a doscientos metros el recorrido que hago. Pero esta agua helada es distinta de la del mar. Su densidad tampoco parece hecha para que el cuerpo flote, y me considero feliz cuando, terminado mi

propósito, me extiendo sobre la hierba debajo de un árbol por entre cuyas ramas se filtra el hiriente sol del mediodía. Tendida en la hierba pienso con pena en Juan. ¿Cómo podré pagarle yo nunca estas veinticuatro horas de felicidad que le he robado? De las caricias perdidas los días en que fingí un malestar inexistente tiempo hay de rehacerse, pero, en cambio, de estas horas que yo llevo vividas con la seguridad de ser portadora de un hijo de los dos, de estas horas será difícil que pueda nunca compensarle.

—Son casi las doce y media, Marta. Tampoco conviene exagerar las cosas. Sería cosa de ir hacia casa.

Perezosamente la sigo. Tengo un hambre violenta y sé que detrás me espera otra vez, tratando de asustarme en los principios de la maternidad, esa repugnancia que mi estómago siente apenas ingiero un alimento que he deseado mucho. Pero también esta vez venceré.

II

¡Qué difícil es aguantar este deseo teniendo tan cerca el teléfono y sabiendo que la señorita de la Central, protectora siempre de nuestros amores, apenas supiese la noticia cortaría todas las comunicaciones de La Azucarera y me dejaría libre un circuito, para yo poderle gritar a Juan la noticia! ¡Pero es tan absurdo dar una noticia de estas por teléfono! Por teléfono se puede decir casi todo, aunque ello suena siempre distinto. Pero de ahí a, pudiendo esperar unas horas, dar la gran noticia de un hijo exponiéndose a que en lugar de la voz humedecida por la emoción nos llegue una frase nerviosa —«¿Cómo? Grita más; no te oigo nada»— que le quite a una toda la ilusión con que espera la reacción a las pocas palabras que se necesitan para informar del acontecimiento, hay todo un abismo.

Yo no sé cómo otras mujeres habrán dado cuenta a sus maridos de este hecho tan maravilloso y tan simple a un mismo tiempo que es la conciencia de estar viviendo doblemente: respirando para dos, comiendo para dos… ¿Cómo podría yo esta noche hacérselo saber? Sé que si me limitase a decir que nuestros deseos tan fervientemente compartidos se habían cumplido, que yo estaba esperando un niño, él, mirándome a los ojos muy fijamente, me

diría con sequedad un «No seas histérica. ¿Cómo vas a esperar un niño si hace ocho días…?» Además, me gustaría encontrar una fórmula de una cierta poesía. Yo, por ejemplo, podría decirle esta noche algo parecido a esto:

—Mira, Juan, aunque no te lo haya confesado, a lo largo de nuestro noviazgo, pero fundamentalmente desde que fui tu mujer, he tenido la obsesión de que tú pudieses hacer compatible la fidelidad a mi cuerpo con el recuerdo afectivo a otra mujer. Pues bien, Juan, desde hace unas horas estos miedos se han desvanecido. Ya esto no me amargará más la existencia.

Río pensando la cara que él pondría ante un discurso parecido. Probablemente, con esa innata vocación a la polémica, me diría que tan absurdo era mi miedo del pasado como esa seguridad del presente. Sí, ésta podría haber sido muy bien su respuesta. Y entonces es cuando vendría bien el decirle con una aire terriblemente seguro en su sencillez:

—No, Juan, no hay error ninguno en mí. Porque desde hace unas horas sé que hay alguien que te ata a mí irremisiblemente.

Y antes de que él pudiese hacer la inevitable alusión a mis malestares de la semana pasada, yo proseguiría rápidamente:

—No estoy loca, Juan. Tengo un hijo. Un hijo del que yo estaba segura cuando te mentí hace ocho días que otra vez habíamos fracasado en nuestro empeño. No me arrepiento porque hace poco más de un mes estuviste hecho un bruto, sin darte cuenta de que si tu desilusión era grande mi sufrimiento era mayor.

Claro que todo esto es pura literatura. Yo sé que, por muchos preparativos que haga, las cosas serán como supongo que deben casi siempre haber sido. Él entrará esta noche gritándome probablemente merecidos improperios por mi actitud del teléfono estos días. Y yo, seguramente también, me echaré a reír al oír sus insultos. Y cuando de pronto él, perdida la calma, alce la voz, yo me echaré en sus brazos y sollozando intentaré decir esas cinco palabras —vamos a tener un niño— que acaso sea incapaz de pronunciar. Pero no hará falta. Él me entenderá y estoy casi segura que por muy hombre que se crea también se humedecerán sus ojos al saber que esto que tanto esperamos, que tanto necesitamos, está ya en camino. Que Dios ha bendecido la unión de nuestros cuerpos.

III

Las cuatro y media. No puedo evitarlo. Si él está, sé que voy a jugarle una mala pasada haciéndole perder los nervios, lo cual es deshonesto. Algo parecido al que sabiendo que tiene una jugada mayor que el contrario se juega el resto. Yo sé que esta noche cualquier ofensa que yo pudiese producirle deberá olvidarse. ¡Me gustaría tanto oír su voz! Quién sabe si no acabó ya los exámenes y esté todavía en casa. Decididamente descuelgo el aparato y pido a la desconocida señorita de la voz familiar que me dé el número. Las líneas están un poco recargadas, me dice, pero va a hacer lo posible por conseguirlo cuanto antes.

Mamá lee un libro y finge ignorar todas estas chiquilladas que yo estoy haciendo alrededor del teléfono.

—¿Estás segura de que si Juan está en casa y oyes su voz tendrás fuerzas para callarte la noticia? —me pregunta sonriente.

—¿Fuerzas? Como esté en casa va a pagarme todas las perrerías que hizo antes de conocerme, cuando era soltero. Yo te aseguro que le voy a hacer creer poco menos que estoy a punto de fugarme con Carlos Méndez.

—Marta, no concretes nombres nunca. No es buen sistema.

—Comprenderás que en este descampado en que viven tres o cuatro familias no voy a hacerle creer que ha llegado un actor de cine norteamericano o un príncipe ruso.

Mamá sonríe porque me sabe feliz y comprende que a ocho horas de mi encuentro con Juan no es demasiado peligroso lo que yo pueda tratar de decirle por teléfono. Además, siempre está ella para, caso necesario, aliviar las cosas.

Suena el timbre. Lo noto muy dentro de mí y me horroriza ahora el pensar que la voz de Juan pueda responderme. En seguida recobro mi serenidad y, mientras me anuncian que está al habla el número solicitado, pienso si debo enfocar mi indignación ante el hecho de que mi llamada telefónica de ayer no haya merecido ninguna atención por su parte. Claro que él va a contestarme diciendo que para oír las impertinencias que le dije anteanoche no es necesario gastarse dinero.

—¿Eres tú, Marta? —la voz de mi suegra me tranquiliza porque, en el fondo, una vez iniciado el juego me hubiese asustado hablar

con él.

—Sí. ¿Cómo estáis?

—Todos muy bien. Diego almorzó con nosotros y esta noche va con Juan hasta La Almenara. Hace como media hora se fueron los dos. —Luego, tras una pausa—: Le di tu mensaje anoche. Pero parece que está un poco raro… Supongo que en el fondo ganas de estar contigo.

—¿Va a volver por casa?

—No. Dejó su maleta hecha y pidió que la llevase Diego.

—¿Tú serías capaz de guardarme un gran secreto?

—¿Ocurre algo, Marta?

—¿Me prometes que hasta que Diego y Juan hayan salido no vas a repetir lo que te diga a nadie?

—Pero, naturalmente; habla, me estás asustando.

—¿Asustarte? Piensa en la mejor noticia. ¡Piensa en que tu hijo mayor va a tener su… hijo mayor!

En la línea se establece un silencio interrumpido sólo por un respirar profundo que quiere contener un sollozo ronco de esos que nacen de las personas de cierta edad. Y a través de aquel hilo la emoción me contagia a mí, y durante unos segundos, sin palabra ninguna, mi suegra y yo nos sentimos profundamente unidas.

—Enhorabuena, Marta —por fin su voz ha conseguido emitir estas palabras—. Dios os bendiga. Ahora todo será más fácil.

Con insistencia pueril le grito que no se le ocurra, si por casualidad debiesen volver cualquiera de los hermanos a la casa, cometer ninguna indiscreción al respecto.

—Está tranquila, Marta. Esa noticia un marido no debe oírla más que de los labios de su propia mujer.

Cuando cuelgo me doy cuenta de que sin querer he hecho una buena acción. Comprendo que esos espectadores que nosotros no suponíamos interesados en nuestro propio drama estaban también pendientes de la marcha de nuestra vida. Ahora todo será más fácil, ha dicho mi suegra. Es verdad. Ahora que lo tengo ya puedo confesarme que esa seguridad altiva de mis primeros meses de casada era un tanto presuntuosa. ¿Qué comparar a esa cadena blanda y elástica que es un hijo para poder sustituirla? Los primeros años no son difíciles, pero un buen día surge un problema; un problema banal o serio, que esto es lo de menos. Y cuando hay que

resolverlo con la conciencia de que los hijos no pueden repartirse en ningún juicio salomónico, es todo mucho más fácil que cuando los armarios y los baúles, las pieles y las alhajas pueden dividirse entre dos vidas que al quedar separadas prosiguen en definitiva una soledad que antes vivieron las dos juntas.

Las palabras de mi suegra, la satisfacción de mamá, me han hecho ver lo excesivo de mi optimismo cuando, hace pocas horas, pensaba que aún en el caso de que ese hombre —Friedman— no hubiese querido intervenir y colaborar en mi felicidad, yo por mí misma hubiese sido capaz de defenderme.

Y de pronto —la vida no puede ser nunca perfecta— en este momento que hasta hace un segundo me parecía perfectamente pleno e incompatible con ningún problema, veo surgir el conflicto ese día en que la personalidad del hijo vaya delineándose. ¿Quién significará más para Juan? ¿Su hijo o yo? Y en medio de mi gran alegría pone una nota de apacible tristeza el pensamiento lógico de que acaso dentro de pocos años este ser microscópicamente diminuto que yo llevo en mis entrañas pueda pesar más en el ánimo de Juan que yo misma.

IV

Oculta, clandestinamente, subo al segundo piso y llego hasta lo que años atrás fuera cuarto reservado a nuestros juegos. Las persianas están echadas y me recibe una penumbra hostil distinta de aquella claridad de los días de mi infancia. No me importa. Sé que tengo derecho a entrar otra vez; el mismo derecho de antes. Cerrando la puerta entorno las ventanas y dejo entrar la luz escasa que deja pasar ese cielo enfurecido que descarga en estos momentos la tormenta incubada en esos días de insólito calor; una luz incierta que me trae a los ojos el panorama familiar de aquellas cuatro paredes en que viví muchos días cuando para mí aún no existía la noción del tiempo. Ahora me doy cuenta de que una de las cosas características de la infancia es su incapacidad para medir el tiempo. Una hora, un minuto, un mes… ¿Qué más da? Por eso al recordar los innumerables ratos pasados aquí tengo la sensación vaga de abarcar un período muy grande en el que es difícil ordenar las anécdotas porque todas pertenecen a un mismo día enorme de

dimensión.

Aquí están los juguetes. Basta caminar un poco hacia atrás para alcanzar el día en que el diálogo era aún posible. Y no hay necesidad de recorrer mucho trecho; que yo fui de esas niñas tontas que no se resignan a abandonar sus muñecas y aún en sus primeros ensayos de aventuras sentimentales y noviazgos vuelven diariamente a curar la preferida o a consolar la pobre muñeca que no puede dormir y le quema la frente.

No había estado aquí desde que Juan con su mera presencia me dio la madurez. No había vuelto aquí desde aquel verano en que lo encontré en el Mediterráneo. Semanas antes todavía subí y con los ojos humedecidos dije adiós a toda esta colección de muñecas que da la réplica en unos estantes de la pared a los triciclos, mecanos y juguetes masculinos de Mauricio. Les dije adiós sin sospechar que a mí —una muñeca que andaba y sabía decir algunas palabras— me esperaba en la arena el encuentro definitivo. Y cuando éste se produjo no tuve ya valor —no sé qué vergüenza me daba de mezclar aquel amor por un hombre con mi debilidad por estas muñecas— para volver al cuarto del segundo piso de nuestra infancia.

Tienen razón en mirarme con el gesto agrio y apenas responder a mi sonrisa. Yo en su caso haría lo mismo. Fundamentalmente Marisa —mi favorita, la mejor de mis muñecas, rubia como yo hubiese querido ser, con los ojos muy azules y claros—. Marisa no tiene ni siquiera un gesto para la que durante muchos años fue su dueña bondadosa. Tampoco las otras, menores en tamaño, con más discretos cabellos y ojos vulgares, parecen darme importancia. Sólo —aun con unos rudimentarios vendajes que impiden que el celuloide se retuerza y salte a la vista—, sólo Mabel me sonríe generosa, olvidando la operación de apendicitis que le permití hacer a Mauricio cuando él quería ser médico y se empeñó en que, de no operarla, podía morirse aquella misma noche.

¡Lustros sin notar el paso del tiempo, y ahora en unos segundos deber soportar sobre las espaldas estos siete u ocho años que casi no parecían vividos! Dejé la habitación con veinte años cortos, ingrávidos, nerviosos, y vuelvo ahora con veintiún años conscientes, melancólicos, sosegados. Me fui con la maravillosa página en blanco que es la vida de una mujer adolescente. Vuelvo con una página

bellísima pero escrita; esto es irrevocable. Consuela y alegra que lo impreso sea hermoso, pero entristece pensar que las incógnitas se cerraron, que se acabaron las épocas de la fantasía, dueña de esta habitación durante meses y años. Me fui virgen y vuelvo con la maternidad conseguida. Una maternidad que es probablemente la que en esta tarde calurosa de septiembre me hizo subir aquí y vivir de nuevo y de nuevo olvidar la odiosa noción del tiempo —¿qué horas serán ya, Dios mío?, ¿estuve un minuto o cien?— entre estas muñecas aún vivas, pendientes y curiosas de ese hijo que dentro de nada, primero a gatas, luego con el inseguro andar de sus primeros pasos, más tarde trepando por la barandilla, volverá a vivir esos días felices en que nos roban el reloj para entregárnoslo luego cuando el segundero va marcando decepciones, amarguras o sufrimientos.

Este pensamiento final me arranca del sueño que he vivido despierta entre mis viejas muñecas. ¿Tengo derecho a hablar de amarguras, decepciones y sufrimientos yo que lo logré todo y que ni siquiera, como no sea por intuición, puedo quejarme del único precio que por esta felicidad debo pagar? El precio inexorable del tiempo que ya me ha hecho madre y que un día —dentro de unos segundos— me hará consolar quizá a una hija cuando por primera vez, sintiéndose muy feliz, conozca, como yo ahora, el dolor agudo de no saber, no poder parar el reloj.

V

El frenazo familiar del coche de Carlos me traslada de un golpe a la realidad, y después de los minutos dedicados a revivir un pasado amable de muñecas y juguetes me encuentro otra vez con las ganas despiertas de cumplir mi venganza con quien hace dos días tuvo, no ya el atrevimiento de cortejarme, que esto una mujer fácilmente lo perdona, sino de tratar de vencer mi voluntad por las malas artes. Hoy volveremos a hablar de Beatriz Fonseca, pero no será él quien saque el tema. Y cuando me oiga pronunciar con seguridad este nombre adivinará que no soy de las que se cruzan de brazos ante la ofensa recibida. Pero no quiero planes concretos. Tengo la seguridad de que el triunfo está en mis manos y por ello prefiero vivir la improvisación. Cuando bajo, cesó la tormenta y en la

terraza mamá está con Carlos y Lucía. Mi presencia es acogida con ruidosas manifestaciones de contento.

—¡Bravo! La enferma se reincorpora a la vida normal —me sonríe bondadosamente Lucía.

—¿Fue enfermedad o ganas de soñar despierta? —me dice Carlos con una cierta intención.

—Realmente no hay forma de engañaros. Porque yo ayer hice algo de lo que Carlos sospechaba. Me dediqué a cumplir mentalmente una serie de caprichos que nunca pude conseguir en la realidad.

Mamá me mira asustada. El tono de mi voz le anuncia que no he puesto punto final, y en una rápida mirada me pide cautela y que tengamos la fiesta en paz. Le devuelvo la confianza —trato de devolvérsela por lo menos— con una sonrisa con que pago su interés. Pero luego me lanzo por el camino del medio.

—Lucía, te robo el marido por unos minutos. Perdona que no sea más que por unos minutos, porque a lo mejor preferías que te lo quitasen para siempre.

—Para siempre, no. Pero un rato largo puedo cederlo.

—Quiero preguntarle, antes de que llegue Juan, dos o tres cosas de la época de estudiante de mi marido que él nunca va a querer decirme.

—Esto de rebuscar en las vidas es una cosa fea y peligrosa, Marta —la voz de mamá suena seria, aunque en el fondo pienso que no cree una sola palabra de todo lo que yo he dicho.

—¡Son tonterías, mamá! Pequeños detalles para un día sorprenderlo con una broma.

Son inútiles las protestas de mamá, y a poco nos encontramos en ese huerto maravilloso, rejuvenecido ahora por la lluvia bienhechora, que reparte generosamente sus tierras entre flores, verduras y frutales, convirtiéndose en trechos en un jardín que despreocupadamente consiente en producir rosas, claveles o gardenias a pocos metros de las modestas pero necesarias patatas, cebollas u hortalizas.

Camino en silencio porque quiero excitar la curiosidad de Carlos Méndez. Él, en esta pausa, piensa indudablemente que de mis labios van a salir palabras importantes, pero teme que no sean las que él desearía, ya que entonces hubiese elegido ocasión distinta a la

presente para comunicarme con él.

—Gran parte de lo que dijiste, Carlos, era cierto. Pero no todo. Porque yo ayer estaba enferma. Pero mi enfermedad no nacía del cuerpo. Mi dolencia era una dolencia espiritual de la que tú eres el único culpable.

Antes de contestarme me mira sorprendido y luego avanza palabras cautelosas, propias de quien es experimentado cazador y no se deja engañar fácilmente por el primer signo exterior que le anuncia la posibilidad de la pieza deseada.

—Supongo que me creerás si te juro que deploro el haber podido inconscientemente herirte.

—Lo único que no tuvo tu herida fue de casual. Estoy segura de que era perfectamente premeditada.

—No puedes referirte más que a una cosa.

Sus palabras me asustan. Me he propuesto ser yo quien pronuncie el nombre de esa mujer y es necesario apresurarse porque si no él, maestro en esa táctica, va a ganarme imponiendo el itinerario de esta conversación.

—Carlos, creo que estás fundamentalmente equivocado. Espero que no cometerás el error de creer que mi dolencia era hija de tu alusión a Beatriz.

—¿Estás muy segura?

—¡Por Dios, qué cosas dices! Yo ayer no podía pegar un ojo, pero ¿sabes por qué? Por remordimiento. ¿Cómo puedes pretender que sea yo ante Beatriz Fonseca la que pretenda hacerse la víctima? Sería algo parecido a que el ladrón que robó la alhaja se sintiese herido porque la joya estaba ya estrenada y alguna vez había embellecido a su propietaria.

—Tú no robaste nada. Cuando tú conociste a Juan él era muy dueño de hacer lo que hubiese querido, puesto que Beatriz hacía tiempo que estaba casada.

—Eso no es cierto, Carlos —mi voz acusa, confío que tenuemente, el malhumor que sus palabras me han causado—. En primer lugar, ya, cuando Juan decidió no casarse con Beatriz, él me conocía. Cierto que yo era una niña y no voy a pretender que se le hubiese pasado por la cabeza casarse conmigo. Pero, pensando en la realidad de lo que después ha ocurrido, me pregunto si en su subconsciente no se había planteado ya el problema.

Hago una pausa que necesito para respirar profundamente después de esta mentira que tanto me hubiese gustado a mí que fuese realidad. Y luego voy a lo importante. Porque aquí no se trata de mí, se trata de Beatriz.

—Pero, en fin, esto es lo de menos… Tú decías que cuando Juan me encontró él era perfectamente libre de hacer lo que quisiese. Ello es exacto. Nadie discute el derecho que Juan tenía a casarse o no casarse. Hablamos del dolor por el que yo ayer estaba arrepentida. Porque ¿no crees tú de verdad que el día que los periódicos publicaron la noticia de nuestro casamiento, y sobre todo la noche del día en que nos casamos, Beatriz Fonseca vivió bien tristes horas pensando que el hombre que tras un larguísimo noviazgo no se había casado con ella en ese momento era el marido de otra? Soltero Juan, Beatriz tenía el consuelo de saber que nadie lo había conseguido. A partir del día que se casó conmigo, dentro de sí debió sentir arruinados todos aquellos años de esperanza pendientes del regreso de quien hoy es mi marido.

Hago una pausa y pienso si estaré roja. No se puede acumular tanta maldad en la disección del caso de Beatriz. Aunque maldad quizá no sea la palabra. Quizá fuese mejor decir crueldad, porque me doy cuenta de que todo lo que he dicho en esta conversación, quizá un día preparada dentro de mí, es totalmente exacto. Tan exacto, que siento una pena profunda por esa mujer que hace horas odiaba, pensando en el dolor que ella habrá sentido —el que yo hubiese podido sufrir— cuando supo que el hombre que no se había casado con ella, convencido de que no podía perder su soledad, había claudicado con una mocosa de veinte años sin ninguna razón ni ningún mérito para ganar esta victoria.

—Es curioso —¿por qué el tono pesimista de las palabras de Carlos no me proporciona el gozo que yo me auguraba?—, hace apenas dos días hablando de esta mujer perdías el sentido de la medida y te sublevabas. Hoy se diría que te gustase esta conversación.

—Hace solamente dos días, Carlos, tú cometiste un gran error. Herir para luego ofrecer una venda; arruinar para luego poder dar una limosna. Y eso, perdóname que te lo diga, no es ni muy bonito ni muy valiente.

Carlos, ante lo directo de mis palabras, olvida su reciente

desilusión. El viejo cinismo vuelve a sus labios y por entre una sonrisa torna a las andadas.

—El amor es un juego en que todo es lícito, mi pequeña Marta —y por un momento su mano tiene el atrevimiento de rozar mi brazo.

—No me toques. ¿Has oído? No me toques.

El tono de mi voz le hace primero dudar y luego, dócil, lentamente, retirar su mano. ¿Qué pasa? Veo que se pregunta qué metamorfosis es esa sufrida por mí que me presenta ante él de modo tan distinto al de hace unas horas.

—Así. Las manos quietas —le digo, haciendo que mi tono pase de la cólera a una despreciativa ironía—. Las manos quietas y las palabras, a ser posible, más exactas.

—¿Qué quieres decir? No entiendo una jota.

—Me llamabas hace un momento «mi pequeña Marta». Pues bien, Carlos, trata de no olvidar que ni soy tuya, ni soy pequeña. Además, si otra cosa no es capaz de frenarte, convendría que supieses que estoy esperando un hijo.

Me mira, sonríe con maldad y luego lanza una carcajada que me parece sincera.

—Ahora lo comprendo todo. Es curioso el sentido de propiedad que sentís apenas sabéis que os nace la cuerda con que atar al marido.

—Esa versión de la maternidad es muy propia de ti.

—Claro. Porque me horroriza pensar en esos nueve meses en que ese cuerpo tuyo adorable, sí, adorable, Marta, no te ofendas, va a ser deformado, retorcido, dolorido. Pero no te preocupes; eres joven, aunque la palabra te ofenda, y tu carne, después de esa cruel experiencia, volverá a su sitio. Volverá a su sitio en la plenitud de la madurez. Yo, Marta, esto te va a molestar pero conviene que lo sepas, soy un hombre que tiene paciencia. Mucha paciencia.

No puedo evitarlo y mi mano cruza su cara. No he terminado mi gesto cuando ya daría cualquier cosa por no haber cometido esta insensatez. Él, en cambio, feliz, se apresura a lanzar su veneno.

—Gracias, Marta. Tengo paciencia —repite— y odio las personas indiferentes.

Ya no hablamos una sola palabra en el camino de vuelta que rápidamente hacemos hacia la terraza de casa.

VI

Los Méndez se van en seguida y mamá, con un tono que más que de pregunta es de afirmación, se refiere a mi escena con Carlos.

—¿Por qué te empeñaste en armarla con Méndez?

—Tuve que darle una bofetada.

Mamá sonríe con un gesto de benévola desaprobación.

—Cuando hay que llegar a las manos suelen faltar razones.

—Me cogió del brazo cuando supo que yo esperaba un niño y me dijo que él era un hombre de paciencia.

—¿Te parece bien, Marta —el tono bondadoso de mamá hace aún más penoso para mí lo que dice—, que Carlos haya sabido que esperas un niño antes que tu propio marido?

Dudo un momento y al final opto por la verdad. ¿Qué necesidad tendría yo de inventar historias si mamá me entendió siempre e incluso cuando no tuve razón supo ella inventar los argumentos que a mí me faltaban?

Lo más desagradable que podía decirle a Carlos es que espero un hijo de Juan.

—Indudablemente tienes razón. Pero en los momentos en que se está engendrando un hijo hay que huir de las cosas y los sentimientos feos. Dicen, no sé si será verdad, que hay un peligro de contagio en el ser que está creciendo.

—No te preocupes, mamá. Esto liquidó la cuestión.

—Pero ¿hubo cuestión?

—Tú sabes, mamá, que a Carlos le he gustado yo hace muchos años, y por lo visto creyó que el matrimonio significaba no sé qué suerte de facilidades. Anteayer me llenó la cabeza de historias con Beatriz Fonseca. Yo me había jurado pagárselas y creo que lo he conseguido.

—Está bien, Marta.

Sé que mamá no aprueba lo que he hecho y esto me molesta. Me ha salido mal todo. Porque la última frase de ese impertinente es algo intolerable. «Yo soy un hombre de paciencia…» ¿Qué se ha creído? Él es un hombre que puede servir a una mujer despechada. Puede ser un instrumento, pero jamás objeto de amor. ¿Y por qué pienso estas tonterías? ¿De quién tengo que vengarme? Mamá, silenciosa a mi lado, parece presente en mis pensamientos. Yo, sin

palabras, le digo que esto no va a volver a repetirse. De verdad es un asunto liquidado. Él me molestó, me hirió, y yo le he devuelto la ofensa. Por lo menos lo he intentado, porque no creo que le haga ninguna gracia, aunque no sienta por mí más que apetito físico, el saber que pertenezco a otro y que además ése otro es ya padre de mi hijo. Éste sí que si me viese por dentro podría estar indignado. Desde que se me ocurrió subir al cuarto de las muñecas apenas si un segundo he pensado en él, aunque quizá todo lo que hice lo hice precisamente en función suya. Dentro de nada estará tomando el tren y dentro de pocas horas tendré que anunciarle… Otra vez me planteo el problema de cómo decírselo.

—Mamá, le he estado dando vueltas a la cabeza preguntándome cómo debería decirle yo a Juan que esperamos un niño.

—Estas cosas no se preparan, Marta. Verás tú cómo las palabras vienen a tus labios mejor que si las hubieses estado estudiando semanas enteras.

Tengo una curiosidad tremenda. Pero no sé si es del todo decente que yo le pregunte a mamá cómo ella… Después de todo no hay nada de malo en que yo me entere de las palabras aproximadas con que le dijo a papá que estaba esperando a Mauricio. No creo que vaya a enfadarse.

—Supongo, además —digo con un acento al que quiero imprimir indiferencia—, que estas palabras serán casi siempre las mismas, ¿verdad?

—No sé por qué dices eso. Supongo que hay muchas fórmulas de hacerle saber al marido que se está esperando un hijo.

—Es curioso —insisto—; yo hubiese jurado que debía haber una sola fórmula.

—Pues no, Marta. Desde luego yo lo que te puedo asegurar es que, habiendo tenido dos hijos, las dos situaciones fueron distintas.

¡Alabado sea Dios! Ya estamos en el buen camino. Guardo unos segundos de silencio para ver si es mamá misma quien sin necesidad de mi empujón se ponga a contar lo que yo quiero. Pero pocos segundos bastan para producirme la intranquilidad suficiente y moverme a hablar.

—Mamá, ¿sería indiscreto que yo te preguntase cómo fueron tus dos conversaciones con papá cuando te enteraste de que veníamos al mundo Mauricio y yo?

—Mira, hija, éstas son cosas que en realidad más bien que a nadie pertenecen al mundo sentimental de tu padre y al mío. Pero, en fin, te veo tan preocupada que te diré que fue mucho menos espectacular de lo que te piensas.

Hace una pausa y sus ojos van llenándose de esa misma nostalgia que imprime el paso del tiempo y que yo descubrí esta tarde entre mis muñecas y los juguetes de mi hermano.

—En realidad, en tu caso hablé yo, pero en el de tu hermano, el primogénito, fue tu padre quien dijo las palabras.

—¿Estás loca, mamá?

—Verás. Yo adiviné que esperaba a Mauricio y guardé para mí el secreto hasta estar totalmente cierta. Cuando esta seguridad existía decidí hablar con tu padre. Un día llegaba del campo y me encontró en la puerta. «¿Qué hay, Martita? —me dijo—. Tienes cara de novedad.» «Y, ¿cómo lo sabes?», pregunté yo. «Basta mirarte a los ojos», me dijo. «Bueno, señor adivino, entonces dime de qué se trata.» «Mira, Martita, si me obligasen a decir algo, yo juraría, juraría… Pero no me atrevo.» Le sonreí y le dije que se atreviese. Él entonces me cogió en sus brazos y me preguntó: «Es un hijo, ¿verdad?»

Mamá saca el pañuelo y lo lleva a los ojos, que se han llenado de lágrimas. Pero unas lágrimas pacíficas, felices, de esas de las que uno se enorgullece.

—Papá lo adivinó.

—Sí, Marta. Luego me dijo que mis ojos eran unos ojos luminosos y felices que no podían inducir a engaño. Tú sabes que los hombres siempre dicen cosas amables de este tipo.

Sonrío a mamá y contemplo con amor esos ojos perfectos que aún se mantienen espléndidos y que en la época a que se refiere debían ser únicos.

—Y en mi caso, ¿fue distinto?

—Sí, Marta. Completamente. Yo estuve muy mal después del nacimiento de Mauricio. Pensábamos que no tendríamos más hijos. Los médicos incluso lo aconsejaban. Pero, naturalmente, nosotros nos queríamos demasiado y queríamos demasiado a Mauricio para no correr incluso el peligro si es que algún peligro había. Con todo, Mauricio crecía hecho el rey de la casa y mal educadísimo, como comprenderás. Yo sabía que la obsesión de tu padre era la soledad

de este niño que iba a hacer peligrar su formación. Cada día repetía las mismas cosas, que eran casi como un reproche para este cuerpo mío incapaz de darle esa fertilidad de la que tu padre, siempre entre tierras y campos, es un enamorado. Pero bien me vengué. Un día, cuando ya te tenía a ti, esperé a que viniesen los reproches. Sabía que no podían retrasarse mucho, y, efectivamente, una tarde no sé qué desaguisado hizo Mauricio y vino la de siempre. Que si era lamentable como estaba educado; que si lo que necesitaba era un hermano. Entonces me acuerdo que, cosiendo y sin siquiera levantar los ojos de la costura, me limité a decirle: «Julio, por eso no te apures. Dentro de algunos meses Mauricio tendrá compañía.»

—La compañía, ¿era yo?

—Sí, Marta. Tú padre casi llorando, me besó las manos y me pidió perdón.

Hago una pausa y mamá comprende que estoy tratando de, a través de estas dos fórmulas, encontrar una síntesis que pudiera serme de utilidad con Juan. No sé el tiempo que voy a dedicar a este tema. Por fortuna en este momento aparecen papá y Mauricio y nos anuncian que la comida está preparada.

VII

Mauricio me atenaza entre sus brazos e impide que descargue sobre él el peso de mi cólera.

—No estoy dispuesto —me dice riendo— a que tus primeros antojos sean con los puños y los pague el tío.

Río yo también, en el fondo encantada de esa primera broma —una botita azul debajo de mi servilleta— de la que ha sido autor mi hermano.

—¿O es que preferías que el color hubiese sido rosa? —me dice soltándome después de dos sonoros besos en la mejilla.

—¿Rosa? En ese caso te mato. No quiero ver nada de ese color hasta dentro de…

—Doscientos setenta días —dice papá, sonriente, poniendo en práctica su manía por la exactitud.

Luego el diálogo entra por cauces normales, sobre temas que sería incapaz de repetir. Estoy totalmente abstraída y, como ayer a estas horas, el tic tac sonoro del gran reloj de caja me ata por

completo impidiéndome acudir a la conversación de los demás.

Pienso en él. Solamente en él. Repito en un rápido repasar cinematográfico lo que más me ha impresionado de su existencia. Lo veo primero en la sacristía separando amablemente a tía Plácida y depositando en mi mejilla la simiente de esta pasión que hoy tiene fruto. Después le veo corriendo con Diego por la playa, el cuerpo joven coronado por una cabeza prematuramente encanecida… Luego, vacilante ante mi reacción inesperada cuando me pregunta si quiero casarme con él… Más tarde, en esa fotografía que ocupa su lugar cuando reñimos de novios y yo me vengo aquí a Tres Fuentes para en pocas horas de ausencia encontrar perdón y disculpa. Ahora le veo con el plastrón y el chaqué en la iglesia… Más tarde, en casa… Veo sus ojos en el primer beso y su desesperada sorpresa ante mi llanto cuando me cuenta lo de la italiana… Extiende su brazo desde la torre Eiffel y me enseña edificios que él conoce bien… El crepúsculo de Ginebra desde el fondo de la barca, nuestra disputa por los hijos y la reconciliación en la playa, esa misma playa donde nos encontramos después de la sacristía… Pero, no sé por qué, de todas esas expresiones la que en momentos de abstracción como ahora yo prefiero es la que asomó a su cara cuando se levantaba del confesionario de Pau, en la iglesia de San Martín, en nuestros primeros días de viaje de novios. Estoy segura de que su satisfacción nacía —él me mintió luego no sé qué excusa de una broma del sacerdote— de haberse podido confesar rápidamente sin tener que decir las barbaridades que otras veces repetiría en sus confesiones. Quizá es un poco tonto de mi parte, pero creo que era la alegría de tenerme a mí por el camino legítimo.

Papá me besa —ni me había dado cuenta de que llevaba un largo rato en la terraza— y poco después también se va Mauricio. Mamá, fiel como siempre a mí, silenciosa, me mira como interrogándome qué prefiero. Sí, porque a fuerza de revivir estos recuerdos de pocos meses —¿habrá otros en la vida más importantes?— oigo que el reloj está dando las once y media.

—Mamá, es mejor que te vayas. Yo subo también en seguida.

—¿No le esperas aquí?

—No, mamá. Aquí tendría miedo de levantar la voz, y yo quiero que él empiece gritándome.

—¿Ya hiciste tu plan?

—No. Pero prefiero que me grite, porque realmente estos últimos días le traté muy mal.

Siento un beso de mamá en la frente y luego la soledad me envuelve.

VIII

Veinticinco, veintiséis, veintisiete, veintiocho. ¿Cuántas veces las he subido? La casa está silenciosa y el ruido de mis pasos en la escalera me ha acompañado hasta nuestra habitación. Es la misma de siempre, pero a mí me hace gracia esta cama grande a la que mis ojos no acaban de acostumbrarse.

Es una cama grande que mamá ha puesto para Juan y para mí. Él no la ha visto todavía. Dentro de poco lo tendré junto a mí. Abro la ventana y me quedo extasiada viendo la nitidez de una noche que la gran tormenta de esta tarde lavó dándole una limpia brillantez a la que se asoman las estrellas y una gran luna en cuarto menguante. Elijo con detenimiento mi camisón; no el de batista, sino otro más sobrio, más adecuado a las circunstancias, y peino con el cepillo este pelo mío que tanto quiere Juan. De pronto, dentro de mí siento el silbar de la locomotora de un tren —probablemente su tren que llega— que me hace correr a la cama. Me domina una mezcla de placer y de espanto. Abro un libro que es posible tenga al revés; ni me ocupo de mirarlo. Lo único importante es que cuando él entre, yo tenga el aire de estar leyendo.

Isabel, la pobre, me ha prometido esperarle y conducirlo hasta este cuarto que él nunca ha visitado. Doce menos cuarto. Mauricio ayer ya estaba aquí. ¿Le habrá ocurrido algo? No. El ruido familiar de la puerta me lo anuncia. Mi corazón empieza a desbocarse. Sí, él es. Sus pasos rítmicos van repitiendo esa contabilidad de las escaleras que yo hace unos minutos viví también.

—Veinticuatro, veinticinco, veintiséis, veintisiete, veintiocho. ¡Dios mío, bendito seas! ¡Ahí está!

PARTE QUINTA

MARTA Y JUAN

TRAS la tormenta la atmósfera había conseguido esa transparencia y profundidad que solamente se producen después de una lluvia intensa. Cualquier campesino que al nacer del domingo hubiese acertado a transitar frente a Tres Fuentes hubiese sentido atraídos sus ojos por la luz que iluminaba cierta ventana abierta. Una mujer joven, el pelo cubriéndole los hombros, tenía un libro sobre las manos al que sus ojos no parecían prestar ninguna atención. De pronto entró un hombre, fue hacia ella y la abrazó. Pareció un abrazo más bien protocolario, obligado. Luego, él sentado en la cama, empezaron a hablar. No se les oía, pero por el ademán de quienes las pronunciaban se comprendía que sus palabras eran también forzadas, exentas de esa naturalidad que se ha perdido en una separación. Poco a poco el diálogo se fue agitando. La joven pareja parecía discutir. Ella se levantó y, cubriéndose con una bata, caminó agitada. Por fin fue hacia él con el aire de acallar las protestas del hombre. Dudó un segundo, bajó la mirada hacia el suelo y con esfuerzo dijo unas pocas palabras. Él puso sus manos en los hombros obligándole a levantar la cabeza. ¿Iba a pegarle? No. La hizo repetir lo dicho y luego, tomándola en sus brazos, perdida la violencia que hasta hace unos momentos invadía aquella habitación, la depositó blandamente en la cama. Junto a ella se arrodilló y, casi religiosamente, besó los ojos de la joven mujer.

El campesino transeúnte que hubiese sorprendido la escena se habría encogido de hombros para, sonriendo, seguir su camino. Después de todo, hubiese pensado, una de tantas nubes de verano que descargan sobre cualquier matrimonio.

Y tendría razón. Ni siquiera faltaba el agua. Porque, en la noche clara se percibía exactamente, aquel hombre estaba llorando.

Montevideo, noviembre 1951 - enero 1952.